
STAR WARS
FANFICTION
Historia Original de I. DEL HORNO. 2009
LA ESPERANZA IMPERIAL. En portada: MARIA YAKOVENKO, H. FULTNEROVA and SERENA H. El autor recomienda leer la historia escuchando música de JOHN WILLIAMS.
LA
ESPERANZA
IMPERIAL

La Esperanza Imperial cubre un periodo de 30 años de 3 mujeres de la misma familia.

La historia comienza con el asesinato de lord Kawollian, padre de Ayllenia y gobernador imperial de Dantooine. Ayllenia había heredado una misteriosa enfermedad de su padre cuyo origen no se desvela hasta el tercer episodio.

La protagonista de la segunda parte será su prima, Eysenna, natural de Naboo y médico militar del ejército imperial. Un destino caprichoso guiado por el mismo Darth Vader la arrastrará a degustar el amargo dolor del lado oscuro.

La hija de Ayllenia, Eys, será la tercera figura principal de la obra. Aunque aparece desde niña, su papel en el destino de la galaxia no se desvelará hasta que comience la invasión de los yuuzhan vong.

STAR WARS

La Esperanza Imperial

Ignacio del Horno



LEYENDAS

Esta historia encajaría en la continuidad de Leyendas.

Título original: *La Esperanza Imperial*

Autor: Ignacio del Horno

Ilustraciones: Ignacio del Horno y Antonio Gil

Personajes en carne y hueso basados en:

Ayllenia Reinhart	M. Yakovenko
Eysenna Reinhart	H. Fultnerova
Eysena Garren	Serena H.

Publicado originalmente en

Publicación del original: 2009

 entre 2 años antes a 28 años después de la batalla de Yavin



Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

01.05.18

Base LSW v2.22

Declaración

Disclaimer:

Notas:

Esta historia fue escrita mucho ANTES del Episodio VII de Star Wars producido por Disney. Es estrictamente riguroso con el canon previo. Cualquier parecido con el despertar de la fuerza es mera coincidencia.

Sitio web dedicado a la historia, su génesis, ilustraciones y videos, en la siguiente dirección:

facebook.com/LaEsperanzaImperial

PARTE I
AYLLENIA



Episodio I: Ayllenia piloto Imperial

Los jedi se han extinguido. La galaxia vive bajo la dictadura del Emperador Palpatine y su fiel servidor Lord Vader.
La rebelión va cogiendo fuerza oculta en los mundos más inhóspitos y, las tropas imperiales que antes sólo tenían que preocuparse de mantener el orden, ahora se ven en desventaja en los mundos exteriores frente a la amenaza de criminales y contrabandistas.
El Gobernador Tarkin decidido a tomar medidas extremas ha iniciado la construcción de la estrella de la muerte.
En Dantooine, un antiguo padawan jedi gobierna de acuerdo a su código personal de conducta en abierta colaboración con el Imperio.

Dantooine

La lluvia, como era habitual en aquella región de Dantooine durante todo el año, caía con intensidad en el patio privado de las habitaciones de Ayllenia. La exuberante vegetación cuidada con amor y abundancia de agua durante décadas casi ocultaba un pequeño sendero empedrado cubierto de una alfombra de musgo.

Ser la hija de Lord Kawollian Reinhart, gobernador imperial del planeta a las órdenes del Moff Tarkin tenía sus ventajas y aquel fantástico cuarto de aseo era una de ellas.

En el centro del claustro, de acceso restringido a su firma genética en esas horas del día, podía hallarse un pequeño estanque que se mantenía siempre al mismo nivel y con el agua pura de la lluvia por medio de un complejo sistema de drenajes computarizados. A su alrededor, bellas estatuas de piedra representando soldados heroicos y bellas damas con elegantes vestidos en galantes situaciones.

En uno de los pedestales era donde guardaba sus delicados jabones y cosméticos naturales que, lejos de perjudicar el jardín además alimentaba a las plantas.

Para cuando llegaba al estanque siempre estaba ya empapada de pies a cabeza. Ayllenia había cumplido recientemente los 25 años (estándar) y resultaba evidente hacía tiempo que ya no era una niña. Un par de años atrás había cortado sus trenzas casi de raíz, luciendo un corte de pelo sexy pero funcional. El agua de la lluvia resbalaba como una película por su cuerpo desnudo al entrar al pequeño lago. Parecía indefensa. Su cuerpo no era demasiado atlético. Sus pechos apenas se alzaban sobre sus costillas aunque lo hacían orgullosamente. Su cintura y plano vientre denotaban claramente que aún no había tenido hijos.

Sin embargo, esta joven que comenzaba a enjabonar sus brazos era piloto estelar. Su padre le había regalado un caza ligero Scyk al cumplir los 15 años y, desde entonces, había entrado en combate contra piratas y criminales en al menos dos docenas de ocasiones. De hecho, si Ayllenia amaba algo más que la lluvia de Dantooine resbalando por sus cabellos eso era pilotar un caza estelar.

Quería ser como su madre. La joven detuvo su ritual para contemplar una de las estatuas. Una muy especial. Una en la que una mujer piloto de combate de Naboo era besada en la frente por un jedi: Sus padres.

Se llamaba Kallya Opadán y tuvo que pilotar un viejo caza Naboo N1 siendo muy joven cuando la federación de comercio atacó su planeta. Su padre en aquel tiempo era un padawan prometedor pero no de los que destacaban. Kawollian nunca llegó a convertirse en caballero jedi. Durante la guerra clon, el escuadrón de Kallya fue destinado a Dantooine como medida de emergencia para intentar contener la marea separatista en el planeta. Allí coincidió con su padre enviado para evaluar la gravedad de la situación.

Lo que sucedió después nadie pudo explicarlo. Kawollian cayó enfermo. Su piel palideció, en ocasiones sufría temblores y su conexión con la fuerza fue extinguiéndose como una vela. La orden jedi, enormemente preocupada no se atrevió a mandar a ninguno de los suyos por miedo al contagio. A pesar de todo, el joven padawan siguió luchando. Si alguien trataba de impedírselo aunaba los restos de control de la fuerza que le quedaban para apartarlo de su lado. Desde Coruscant, el consejo jedi percibía estas acciones como un dolor de gran intensidad. A continuación se arrastraba hasta la cabina de su Incom ARC-170 donde permanecía ausente varios minutos. Esta obstinación sedujo desde el primer momento a la oficial de vuelo Opadán, a la vez que levantaba la admiración de cuantos luchaban por contener la avalancha en Dantooine hasta la llegada de refuerzos.

Finalmente, un día se apagó la luz del todo. Al llegar de una misión de patrulla del frente cayó redondo antes de descender del todo por la escalerilla. Durante los 2 días que permaneció inconsciente, la joven de Naboo no se apartó de su lado si no había una misión que la obligase a volar.

Todos creían que moriría. Incluso el maestro Windu se acercó al planeta al sentir como se apagaba su luz en el conjunto de la fuerza. Quedó aterrado cuando le recibió a la entrada del espacio puerto apoyado en el hombro de Kallya que le ayudaba a sostenerse.

—He quedado cegado para la fuerza maestro.

—Deberías estar muerto —fue todo lo que Mace Windu pudo articular.

—No se acerque a mí. Lo que es evidente es que ya no seré nunca un jedi.

—Hemos pedido que le implanten un detector para que nadie de la orden se acerque a él —explicó la muchacha para dar un respiro a su compañero—. Cuando se recupere será un soldado como nosotros.

—Así es —murmuró con una cansada sonrisa—. Necesito luchar contra esta plaga.

Es mi destino…

—Puesto que ya no perteneces a la orden nada puedo imponerte. Ten cuidado con el camino de las sombras a pesar de todo amigo mío.

—¡Lárguese de una vez! ¿Quiere acabar como yo?

La joven le intentó calmar y dirigió una mirada implorante al maestro jedi que, con gran pesar volvió a su transbordador.

El maestro Windu regresó meses más tarde y tuvo un papel determinante en la batalla de Dantooine, siempre lejos del padawan en desgracia. Para entonces Kallya ya no volaba y lucía un más que evidente embarazo.

Windu ganó la campaña del planeta, pero Kawollian era el héroe. Marchó a la zona de lluvias perpetuas del planeta y allí siguió un destierro voluntario. Su humilde casa pronto se convirtió en un palacio cuando los habitantes de Dantooine, en reconocimiento a sus sacrificios le convirtieron en su gobernador y a su esposa, en su representante en el senado.

Ayllenia nació en el palacio de las lluvias. Su madre secretamente la presentó al maestro Yoda poco antes de la proclamación del Primer Imperio Galáctico. El veredicto fue unánime: Capacidad para la fuerza casi nula; pero al menos no estaba enferma como su padre y, aparentemente ni ella ni su madre portaban la misteriosa enfermedad.

La familia Reinhart conservó el control del planeta con la llegada del nuevo orden.

Wilhuff Tarkin, gobernador de los planetas exteriores había luchado en varias ocasiones junto a Kawollian y era una de las pocas personas hacia las que conservaba algo de respeto. Por otro lado, el padawan caído había demostrado gran habilidad a la hora de frenar la expansión de los hutt en el planeta. El imperio respetaba su mandato y nunca fueron visitados ni requeridos a presencia de Vader o del emperador. Todo contacto se realizaba a través de su madre. En el fondo Dantooine no valía mucho y Lord Reinhart mantenía la base imperial en perfecto estado de funcionamiento. ¿Qué necesidad había de hacer nada contra él? Su lealtad al imperio había sido probada hasta la saciedad. Era un antiseparatista convencido y, la rebelión, para él, era el mismo perro con distinto collar.

Ayllenia siempre se vio reflejada en aquella estatua. Al fin y al cabo era el vivo retrato de su madre a su edad. Los mismos pícaros ojos azules, sus cabellos morenos como el espacio profundo y una piel blanca como la nieve. Siguiendo el ideal de belleza de Naboo era casi perfecta. Y sin embargo Ayllenia seguía soltera. Como su padre, tenía el fuego de la guerra en la sangre y eso la alejó de unos cuantos pretendientes. El hombre de su vida debería aceptarla tal y como era. Una mujer que no iba a quedarse en casa mientras pudiera pilotar un caza estelar.

Quería tener hijos, muchos… y disfrutar de los placeres corporales con un hombre mientras aún era joven pero no iba a dejar que estos instintos la apartaran de su destino.

El destino… un concepto sin duda inculcado desde la cuna por la filosofía jedi de su padre.

—Todos tenemos una función en esta vida Ayllenia. En esta obra de teatro universal todos tenemos un papel protagonista y debes encontrar el tuyo cariño.

La lluvia amainó poco a poco mientras la joven concluía su baño. Sabía que la calma no duraría más que unos pocos minutos. Arqueó su cuerpo estirando los brazos cuando se puso en pie. El agua resbaló por sus curvas íntimas produciéndole una incómoda sensación de frío. Con los brazos cruzados sobre su cuerpo se dirigió a su habitación a vestirse a paso ligero por el camino de mullido musgo.

Hoy era un día importante. Le iban a comunicar en qué academia de la Flota Imperial la habían destinado para empezar su carrera militar.

—

Se sentía muy feliz. No hacía ni un año que su padre le había concedido rango militar en las fuerzas de seguridad de Dantooine y el Imperio ya se había fijado en ella. «Quizás con un poco de ayuda de papá», pensó para sí, «pero tampoco me parece mal».

Cómo odiaba el uniforme blanco de su puesto actual. A pesar de que lo cubría en parte con un chaleco de combate verde y el cinturón del que colgaba su arma corta, no podía evitar sentirse como si trabajara en pijama… y además de tan pegado le resultaba incómodo. ¡Qué ganas tenía de vestir el uniforme negro!

Le sorprendió ver un pequeño tumulto en la sala de recepciones. Había algo en el extremo de la enorme mesa central. Al verla acercarse, su madre salió de entre el grupo de personas y la tomó de la mano arrastrándola al interior.

—Mamá, ¿es mi…?

—Sí, hija es tu uniforme de la flota.

—Mira mamá, mi traje de vuelo. Estoy deseando probármelo. ¿Puedo?

—Creo que sería mejor que te pusieras el uniforme de gala. —Le sugirió poniendo ante su hija una guerrera negra con falda larga para ver como le quedaba—. Tu padre llegará enseguida y querrá verte.

A Ayllenia le faltó tiempo para tomar las ropas y correr a cambiarse de nuevo.

Plantada ante el espejo se giró varias veces para mirarse antes de calarse la gorra. En su pecho aún no había medallas ni los rectángulos azules y rojos que determinaban el rango. Pasó una mano por donde deberían situarse imaginando llevar ya una gran tableta.

—Almirante Ayllenia Reinhart —susurró con una sonrisa.

Entonces reconoció los motores de una lanzadera en aproximación final y salió corriendo al jardín arremangándose la falda. Efectivamente era la nave de su padre.

Todo pasó muy rápido. Dos naves civiles y sin identificar llegaron a toda velocidad y convirtieron el transporte en una bola de fuego con sus blásters en décimas de segundo.

La joven se cubrió instintivamente el rostro a pesar de la distancia que le separaba del lugar de la explosión. Lentamente miró hacia la plataforma de atraque parcialmente cubierta por llamas y escombros. Volvió el rostro hacia atrás al sentir que había llegado gente y apenas tuvo tiempo de apoyar su rostro en el hombro de uno de los guardias para romper a llorar.

Lord Reinhart y su comandante de seguridad estaban muertos. Todo apuntaba a que habían sido los hutts. Algunos testigos habían reconocido una de las naves como propiedad de uno de los cazarrecompensas que campan por las cortes de esas babosas.

Ayllenia ya no lloraba. Sólo sentía dolor y el único modo de liberarlo que conocía era hacer pagar a los culpables. La naturaleza incorruptible de su padre siempre había causado graves pérdidas a los negocios del crimen organizado galáctico. Ahora por fin,

habían encontrado el modo de deshacerse de él. Uno de los guardias requirió su presencia. Habían transcurrido varias horas desde el asesinato y la noticia se había extendido como la pólvora. El gobernador requería la presencia de la hija en la sala del consejo.

A pesar de todo lo que se decía de él, Tarkin siempre fue un hombre de refinada educación. Nada más entrar la joven en la sala se puso de pie fue a su encuentro y le apartó una silla para que tomase asiento.

—Si no fuera por los trágicos momentos que pasamos, alabaría lo bien que te queda nuestro uniforme, pequeña.

—Mi querido Moff, lo que pudiera quedarme de niña ha desaparecido esta tarde.

—Sin duda Ayllenia. Estoy preocupado por el futuro de Dantooine ahora que tu padre no está.

—¿No debería hablarlo con mi madre? Creo que es la senadora de este planeta.

—No me malinterpretes. No me parece que tu madre se encuentre en condiciones de mantener este tipo de conversaciones en este momento —comentó apoyando sus huesudas manos sobre la mesa en un gesto de proximidad—. Este planeta necesita una mano dura que haga frente a esas alimañas como hacía tu padre.

—¿Qué quiere decir?

—Voy a asumir el mando del planeta hasta que estés preparada para asumir el lugar que te corresponde.

—Sigo sin saber qué pasa con mi madre —repitió desafiante clavando una mirada agresiva.

El gobernador esbozó una enigmática sonrisa.

—Tu madre no está ya en forma querida para entrar en estas lides. Por supuesto, conservará su puesto en el senado y esta… llamémosla casa.

—Tendrá que disculparme. Estoy muy confusa aún. —La joven se levantó para mirar por el ventanal vuelta de espaldas a su interlocutor—. ¿Ya sabes a qué Academia asistirás?

—Aún no me lo han comunicado.

—Elige una. Yo me encargo.

—Quiero ir a Tatooine a hacer daño a esos malditos hutt —respondió volviéndose con furia—. Esa escoria no merece compartir nuestra galaxia.

El anciano militar se acercó a la joven a quien acarició los cabellos, complacido.

—Cuando te miro siempre me parece ver a Kawollian con el cuerpo de Kallya.

No podría haberme dirigido un halago mayor excelencia. Pero no se deje engañar, mi madre fue una mujer muy hermosa pero también era un fiero piloto.

Tatooine

Espaciopuerto de Bestine

—Se presenta la cadete Ayllenia Reinhart lista para el servicio.

El teniente Barzak, oficial a su cargo la miró con evidente desprecio.

—¿Es Vd. la hija de ese jedi de Dantooine?

—Sí señor, tengo el honor de ser la hija de Lord Reinhart y le rogaría mostrara el debido respeto hacia un superior suyo fallecido.

—¿Esa es su nave?

—Mi nave personal, sí.

—Suba a órbita. Le daremos unas coordenadas de convoys. Tenemos bastante piratería en el área. Si aparece alguno destrúyalo.

—Perdone señor. ¿Dónde puedo encontrar mi TIE Fighter?

—¿Está sorda recluta? Suba con su nave. No voy a arriesgar equipamiento del imperio con una mocosa que no va a durar un solo baile con esos asesinos.

La mirada de odio de Ayllenia hubiera congelado a un taun-taun pero el oficial ni se inmutó.

—Se arrepentirá de esto —le dijo antes de dirigirse a su caza ligero—. Cuando vuelva quiero mi TIE y Vd. pagará cualquier daño que pudiera sufrir mi nave.

—Vd. no va a regresar.

—Volveré. Se lo juro.

—

El pobre M3A1 de la dantooinesa no parecía el mismo cuando regresó a la base. La pintura roja apenas era visible por las quemaduras y fragmentos de chapa saltados del casco. Bajó por la escalerilla que le acercaron deslizándose sin apoyar los pies en los escalones. Se quitó el casco-máscara negro según se dirigía a paso acelerado a la oficina de su instructor. Mecánicos y otros presentes se arremolinaron tras ella a distancia prudencial.

Barzak la recibió en la puerta imperturbable cruzado de brazos.

—He vuelto.

—¿Y qué quiere? ¿Una medalla por cumplir con su deber?

—Quiero mi nave reparada. Quiero mi TIE como cualquier recluta y 52356 créditos como recompensa estándar por 5 Headhunters y dos cazas pesados.

—Tendrá su dinero y con él podrá reparar su nave.

—No me ha entendido bien. Reparará mi nave de su bolsillo.

—¿Cómo me va a obligar?

Ayllenia se acercó y golpeó a su superior con el casco en pleno rostro haciéndole caer al suelo.

—Estoy segura que al Moff Tarkin le encantará escuchar el trato que me ha dispensado… mi teniente.

No tuvo que volver a pedir la nave a la que tenía derecho y se reparó su nave a costa del erario del teniente. No obstante, el TIE de Ayllenia era el más viejo y el que en peor estado se encontraba de toda la unidad de adiestramiento. En cualquier caso, ella lo cuidaba con esmero. Pronto se especializó en escolta de cargueros en la órbita de Tatooine. Allí tuvo sus primeros encuentros con incursores rebeldes que intentaban desactivar los transportes para robar su carga. A los Z95, tan comunes entre los hostigadores del comercio, comenzó a sumar X e Y-Wings.

Pasaba el día en el espacio. Realizando de 4 a 5 servicios al día. Además, cada vez que se cruzaba una nave hutt, la atacaba invariablemente. Esta situación creaba malestar entre los mandos de Bestine que habían llegado a cierto nivel de convivencia con el hampa galáctica. Por fin se les ocurrió como quitarse de encima a aquella chiquilla molesta. Ayllenia fue ascendida a oficial piloto y, en virtud de su hoja de servicio, destinada al Escuadrón Storm. En esos momentos, encargados de luchar contra los corsarios de Lok, el satélite de Tatooine, que estaban finalizando un tratado de apoyo a la Alianza Rebelde.

—

Se dejó caer con la guerrera del uniforme abierta, pero con los pantalones y las botas puestas, en la cama de su casa de Bestine después de encender el Holocrón. La imagen de su madre se formó tridimensionalmente en su mesilla.

—Hola hija, me tenías preocupada. Llevabas mucho tiempo sin llamar.

—Mira mamá —le mostró orgullosa los dos cuadros de colores en la solapa de su uniforme—. Ya soy oficial y estoy en el mejor escuadrón del sistema.

—Tu padre estaría orgulloso. ¿Cuándo vas a venir a verme?

—No lo sé mamá. Estoy bastante ocupada.

—¿Con los hutt?

—Bueno ahora en realidad con los piratas de Nym.

—Ten mucho cuidado hija. Esos son corsarios no las vulgares sabandijas a las que te has enfrentado hasta ahora.

—Mamá, ¿la abuela también era tan pesada contigo durante las guerras clon?

—Mucho más Aylli.

—¿Cómo van las cosas por casa?

—Desde que falta tu padre Tarkin hace y deshace a su gusto. Me temo que no pinto ya mucho en el gobierno de este planeta.

—No te preocupes mamá. Sabes que puedes llamarme siempre que me necesites.

—Me gustaría que volvieras a casa…

—A mí también me gustaría pero sabes que no puede ser.

—Siempre fuiste una cabezota desde pequeña.

—Como papá.

—Tú lo has dicho, como tu padre.

—¿Dónde estás ahora mamá?

—Regresando de Corellia de una sesión extraordinaria. La senadora Organa nos ha reunido para comentar los rumores de que el emperador pretende disolver el senado.

—Leia otra vez —comentó con evidente disgusto—. ¿Crees que será cierto?

—La verdad es que ya no me importa hija. Desde que falta tu padre…

—Ascenderé hasta el puesto de Tarkin no temas mamá —bromeó desenfadada.

—Cachorrita ambiciosa —se rió su madre— para cuando llegues si llegas, seré uno en la fuerza con tu padre.

—Te quiero mucho mamá. Te prometo llamarte más.

—Eso espero jovencita y… empieza a plantearte darme nietos que ya tienes edad.

—Edad y ganas de ponerme a ello, mamá —sonrió con picardía.

—No tienes vergüenza Aylli.

—Hasta pronto mamá.

Apenas se apagó el holocrón, la joven cerró los ojos y abrazó una almohada sobre su vientre. Estaba tan cansada que no le importó estar medio vestida aún, ni tener la suave sombra de ojos verde aún sin desmaquillar. Así se quedó dormida hasta la mañana siguiente.

Se incorporó lentamente para quedar sentada en la cama con la cabeza gacha. Sus cabellos colgaban lacios y despeinados mientras dudaba si abrir los ojos o no. Tenía todo el aspecto de haber sido pisoteada por un Bantha. Sonó un pitido del Holocrón y alargó la mano para activarlo. Le habían dejado un mensaje durante la noche.

—Así que tú eres la famosa oficial Reinhart —comentó una desconocida voz de mujer.

—¿Quién demonios eres tú? —murmuró dirigiendo una somnolienta mirada al holograma.

—Supongo que te estarás preguntando quién soy yo. Soy la teniente Kasan Moor y estoy al frente del 128.

—Y a mí qué me importa —comentó dejándose caer de espaldas de nuevo en el lecho.

—Ha llegado a mis oídos que en tu unidad se dice que eres la mejor. No es nada personal pero, soy la mejor de los mejores…

—¡Zorra! —musitó saliéndole del alma.

—¿Qué te parece si te doy la oportunidad de medirte conmigo? ¿No te apetece un duelo con iones? La que desactive antes la nave de su oponente gana. Te espero mañana después del servicio en la órbita de Tatooine. Al fin y al cabo —sonrió la parpadeante imagen— no quiero matarte.

Ayllenia se alzó lentamente y se detuvo a mirarse en el espejo.

—Por las fauces de Sarlaac… estoy hecha un asco.



En su unidad todos conocían ya el desafío. Durante todo el día, sus compañeros de escuadrón la animaron e hicieron sus apuestas en las tabernas. No sólo en el hotel de Bestine, sino incluso en Mos Eisley y Mos Entha. La dantooinesa guardaba silencio. Le molestaba sobremanera porque en ningún momento había aceptado el reto. Mostró un gesto agrio durante todo el día. Horas después comenzó a cambiar de opinión. Este asunto era el tipo de bobada que quedaba en la mente de la gente. Si quería ascender rápidamente en la flota no podía negarse. La derrota supondría una gran humillación pero nada comparado con los rumores de cobardía si no lo hacía.

Cuando subió a la órbita, aquello se había convertido en una especie de circo. Varios Yates de lujo esperaban en las coordenadas adecuadas a que comenzara el espectáculo.

Con su Scyk, Ayllenia estaba pasando desapercibida, pues todos la esperaban con su TIE. En la radio la gente se impacientaba y se acordaban las últimas apuestas. En el centro del imaginario perímetro, aguardaba un TIE advanced similar al de Lord Vader pero de unas pruebas anteriores rechazadas, con los motores detenidos: Estaba en seria desventaja tecnológica, había oído hablar mucho de ese TIE. La teniente Moor lo había recogido poco menos que de la chatarra y había realizado cambios pagándolos de su propio bolsillo. Menos mal que al menos se había puesto el traje de vuelo de la flota o no podría maniobrar con la agilidad que iba a necesitar.

Escuchó como un compañero la reconocía. Y se acabó la paz del anonimato.

Según se acercaba las naves realizaban pasadas y cabriolas junto a ella y recibía mensajes en una infinidad de lenguas que la pusieron cada vez más nerviosa.

Al entrar en el perímetro se hizo silencio de radio. Acercó su nave hasta que pudo ver la negra figura de la teniente Moor en el interior de su caza.

—¿Por qué me lo pones tan fácil querida? —se escuchó la serena voz de Kasan.

—Déjate de bobadas. ¿Cuáles son las reglas?

—Nos alejamos 10000 clics y a partir de ahí vale todo excepto blásters, misiles y torpedos. Sólo iones. Quien desactive antes a su oponente gana.

—Comprendido.

Cuando el Interceptor se largó a toda velocidad, Ayllenia tuvo una extraña sensación, percibió claramente que su oponente se reía. La oía en su mente… pero la radio estaba en silencio. Intentó serenarse mientras se alejaba. Poco a poco la impotencia que había sentido todo el día dejó paso a una firme determinación de vencer. La furia y el miedo cedían conforme llegaba al punto de retorno.

Rápidamente fijó a su oponente con la computadora de vuelo. El XT/Ad era realmente rápido. La M3 era una nave bastante plana, con un gran motor en el centro y dos colas afiladas a ambos lados. Recordaba en cierto modo a los viejos diseños Nubian. El XT amagó evitar el enfrentamiento para cogerla por el flanco. Kasan se giró violentamente y ambas intercambiaron una salva. Una descarga azulada chisporroteó por el casco con una violenta sacudida.

—¡Gata salvaje! ¿Qué demonios llevas en esa lata? —comentó la teniente por radio.

—¡Me has dejado el escudo al 78%!

—No tengo muchos amigos con quien gastarme el sueldo.

El XT revoloteó a su alrededor y ganándole la posición la alcanzó de nuevo. Estaba a punto de sentenciarla cuando de la Scyk surgieron dos pequeñas llamaradas y el objetivo se escapó de pronto del alcance del TIE.

—También he instalado un booster —comentó burlonamente con su fuerte acento de Dantooine.

—Entonces no te quedará ya mucho escudo. Ha sido un placer querida.

El disparo falló por poco pues el caza ligero se escapó con gran habilidad. Esta vez fue Ayllenia quien ganó la iniciativa. A la cola del XT sometió a su oponente a un cañoneo continuado. La de Alderaan tenía los escudos bastante bajos y empezaba a preocuparse.

Aprovechando el menor radio de giro y su mayor potencia logró finalmente encararse.

Lo que sucedió a continuación fue difícil de ver por lo rápido que ocurrió. Ambas naves chocaron y se dispararon; como consecuencia del impacto, las dos quedaron flotando sin energía.

Pasó un tiempo hasta que recobró el sentido. Sus compañeros le llamaban insistentemente por radio. A su una alta el caza experimental se mantenía ingrávido.

—¡Ayllenia! ¿Me oyes? Tienes que salir de ahí.

—Flaian… —respondió aún algo atontada al reconocer la voz del nuevo recluta del escuadrón—. ¿Qué ha pasado?

—Tienes que largarte. Los hutt han salido a por ti tan pronto como habéis quedado sin energía.

—Los circuitos están sobrecargados —respondió doliéndose de la cabeza.

El XT se acercó poco a poco, con daños evidentes.

—Ayllenia. Tienes el generador de escudo echando chispas. Desconéctalo y deriva el circuito a los motores.

—Kasan…

—No hables y haz lo que te digo.

—Hecho.

—Ahora haz lo mismo con las armas y redirige la potencia al booster.

Un rayo rojo impactó en el ala haciendo girar la nave. El Dunelizard no pudo disparar más porque un T/F le pisaba los talones.

—Te he podido quitar este pero no podré con los demás.

—Salgamos de aquí ya.

La repentina aceleración la comprimió contra su asiento. Ni siquiera el XTIE podía seguirla con el impulsor a toda potencia. Vio como otros T/F se dirigían a la zona. Se habían salvado por los pelos.

La situación al llegar a tierra era algo tensa. El comandante deseaba reprender a su piloto pero no podía hacerlo en presencia de la líder del 128. Kasan descendió por la escalerilla del compartimento de vuelo de su XT. Al retirarse el casco pudo apreciar bien

su rostro. Era una mujer de rostro redondo y pelo castaño corto, algunos años mayor que ella, más bien gordita. Mostraba una amplia sonrisa pero con un ápice de contrariedad. Durante unos segundos se detuvo a mirar su nave antes de caminar al encuentro de su rival.

Flaian se apeó tan rápido como pudo. Las dos mujeres acababan de encontrarse en el centro del hangar y se estudiaban en silencio.

—¿Se encuentra bien mi oficial?

—Quítese el casco para hablar en tierra piloto —le reprendió Kasan con una mirada burlona.

—Sí, Garren —le cogió Ayllenia la mano dejándose llevar por sus sentimientos—. Gracias por estar ahí.

—Una intervención muy oportuna piloto.

—Gracias señora.

—¿Me dejas compensarte con una bebida? —se le insinuó en cierto modo—. ¿Nos acompaña Reinhart?



No supo porque lo hacía. Quizás para marcar su territorio frente a una mujer tan agresiva como ella misma, pero se cogió a la cintura del piloto antes de aceptar y permitió incluso que el recluta la rodeara con el brazo por el hombro.

Poco después los tres estaban sentados riendo y bebiendo en una mesa de la cantina como si fuesen amigos de toda la vida. Por las miradas, eran evidentes las intenciones de la teniente con Flaian y la admiración de este por los méritos de la comandante.

—¿De dónde eres Garren? —preguntó Kasan con voz melosa.

—De aquí mismo, de Tatooine. Mi familia ha vendido y reparado siempre evaporadores binarios para las granjas de humedad.

—No te imagino con una llave y cubierto de grasa —sugirió con picardía.

—Yo creo que sí te lo estás imaginando… —intervino Ayllenia apurando un sorbo de su bebida verde clara con evidente malicia. Kasan alzó una ceja aceptando la indirecta con naturalidad.

El joven con cierto sonrojo desvió la mirada mientras bebía. Durante unos segundos se entretuvo contemplando a la twi'lek azulada que bailaba en el escenario cubierta sólo por unas franjas de seda translúcida.

—No sé qué le veis los hombres a esas cabezas con colas de lagartija —comentó Ayllenia al darse cuenta de donde miraba.

—No está mirando sus lekkus amiga, sino lo que está debajo. Si nos vistiéramos así también nos miraría. Bueno, al menos a ti.

—¿A mí, por qué?

—Porque yo estoy gorda amiga mía —suspiró Kasan—. A nosotras nos quedan sólo las sobras que no queréis las guapas.

—Yo nunca me exhibiría del modo que hacen las twi'lek hembras. Lo encuentro humillante.

—Por un hombre que me guste yo bailaba desnuda…

Garren terminó la bebida de un trago y se despidió apresuradamente de ambas. Las dos mujeres rompieron a reír apenas salió.

—¡Pobre Flaian, lo has asustado!

—En fin… —suspiró Kasan—. Una pena. Me gustaba su…

—Sí, lo tiene bonito —concluyó Ayllenia—. Al final, ¿quién de las dos ha ganado?

—Los hutts no desde luego…

Me han dicho que mataron a tu padre.

—Sí, así es —reconoció con pesar.

—Te daré un consejo como amiga: No puedes ganar tú sola y al imperio no le interesa otra guerra con el Hampa. Ya tenemos bastante con la rebelión.

—Lo sé. Y es algo que me atormenta día y noche.

—¿Por qué no vas al cuartel y te quitas las penas esta noche con ese piloto? Te sentirías mejor.

—No es mi modo de hacer las cosas.

—Pues a mí me vendría muy bien. Me quedaría muy relajada.

—Supongo, que todo este circo no ha sido sólo para medir tu orgullo.

—¡Eh, que soy la mejor! Tengo que mantener mi reputación…

—Kasan…

—Vale, quería probarte antes de pedirte que te unas al 128.

—Te lo agradezco Kasan pero no puedo.

—Para mí sería muy fácil. Sólo tendría que pedir tu traslado.

No puedes odiar tanto a los hutt —le comentó pensativa—. Ni siendo un sith podrías hacerlo.

Te daré un consejo aunque no lo quieras: Sal de Tatooine: antes o después, Jabba te matará.

—Voy a destruir su organización. Ningún contrabandista, mercenario ni cazarrecompensas querrá trabajar para él si mantengo la presión en órbita.

—No seas idiota. En esta cantina mismax hay un mínimo de 10 personas que te matarían si Jabba pagase por tu cabeza. Está jugando contigo.

Ayllenia guardó silencio consciente de que era la verdad.

—Ven conmigo al 128. Yo dirigiría desde Gerrard V y tú desde la base auxiliar de Hanna en Chandrila. Tendrías un ala bajo tu mando… y tu propio T/F.

—No puedo traicionar la memoria de mi padre. Abandonando la lucha.

Los ojos de Kasan brillaron con la idea que se le acababa de ocurrir.

—¿Y si tu despedida de Tatooine fuese lo suficientemente espectacular?

—¿A qué te refieres? —respondió con creciente interés.

—Recientemente mi unidad ha capturado un bombardero del Sol Negro…

Ayllenia estalló en carcajadas comprendiendo la idea.

—¿Tienes idea de lo que pasaría si esa nave atacase las propiedades hutt en Tatooine?

—Yo estaba pensando en el palacio de Jabba…

La dantooinesa abrió los ojos como platos y suspiró profundamente:

—Sería algo de lo que mi padre se sentiría orgulloso, desde luego.

—Creo que puedes lograrlo. Con un poco de ayuda claro… Si pintamos tu nave y me la prestas, yo te acompaño para cubrirte. ¿Hay trato? —sonrió tendiéndole la mano.

—Puedes apostar por ello.

Tras estrecharle la mano Kasan se recostó en su asiento esbozando una maligna sonrisa:

—Hay una razón más por la que te desafié: Soy de Alderaan.

Ayllenia suspiró comprendiendo inmediatamente lo que quería decir. Antes de continuar se recogió la melena en una corta coleta.

—Y todavía no me habéis perdonado mi incidente con vuestra princesa cuando tenía 17 años…

—La abofeteaste delante de todo el senado y la llamaste traidora —explicó Kasan con una media sonrisa—. Quería darte un escarmiento.

—Supongo que en tu planeta le tenéis bastante aprecio.

—Eso es decir poco lady Ayllenia.

La dantooinesa comprendió inmediatamente la ironía con que había pronunciado su título oficial.

—¿Por qué tengo que dar explicaciones de mi comportamiento a una campesina alderaaniana?

—Tan arrogante como cuenta nuestra princesa…

—Vuestra princesa tiene ideas de lealtad más que dudosa hacia nuestro imperio.

Deberíais asistir más al senado.

—No soy más que una campesina. Vos misma lo habéis dicho…

—¿Qué pretendes Kasan?

—Nada —se estiró en su asiento—. Disfruto viéndoos tan insegura. Al fin y al cabo sois lady Ayllenia, la arrogante hija del gobernador de Dantooine.

—En mi planeta te hubiera mandado encarcelar por esa actitud.

—Sin duda, pero tenemos un trato.

—Me lo estoy volviendo a pensar.

—No seas malcriada. Sólo te estaba tomando el pelo.

—No me gustan ni esas bromas ni esas confianzas. Soy oficial de la flota y, en ausencia de mi padre, una dignataria imperial.

Ayllenia se había puesto en pie roja de indignación y le faltaba muy poco para enganchar a Kasan por la solapa del traje de vuelo. La jefa del 128 se puso en pie sin dejarse intimidar. Ayllenia parecía la viva imagen de la furia del emperador con su uniforme negro. Además como estaba muy cansada, y el ambiente de la cantina no ayudaba, tenía los ojos muy enrojecidos, lo cual le daba un aspecto algo siniestro.

—Te espero mañana después del servicio. Pinta tu nave.

—

Ayllenia salió sola del local. Le dolía la cabeza, los ojos le ardían y sólo quería irse a la cama a dormir. Por más inercia que voluntad dobló la esquina camino a su casa. Una sombra la sorprendió por el costado. Dio un pequeño salto llevándose las manos al pecho, sus reflejos en ese momento no daban para más.

—No se asuste mi oficial. Soy yo: el cadete Garren.

—Flaian —suspiró al reconocerle—. No vuelvas a darme un susto así en tu vida. ¿De acuerdo?

—Lo lamento señora. Estaba esperando fuera para hablar con usted.

—Está bien —aceptó sin detener la marcha—. Tiene de tiempo hasta que llegue a mi cama donde probablemente me funda con las sábanas de agotamiento. ¿Qué es tan importante?

—Verá. Yo… me resulta difícil. Quería pedirle que no se fuera con la teniente Moor.

—¿Conoce alguna razón para no hacerlo?

—Sí, señora —respondió armándose de valor—. Le echaríamos de menos. Yo especialmente.

La oficial se detuvo mirándole a los ojos sin creer lo que había oído.

—¿Puede repetirme eso?

El cadete tembló ante la hermosa morena que le miraba con la cabeza ligeramente ladeada.

—Le ruego me perdone si la he ofendido lady Ayllenia —dudó nervioso si repetir lo que había dicho.

—¿Lady Ayllenia? —sonrió divertida al comprobar que no sabía cómo tratarla de miedo que le tenía—. Cadete, ¿me está usted diciendo que le gusto?

—Desde que la vi por primera vez en las Holonoticias siendo un crío —se animó por la sonrisa de su superior.

—Yo tenía 14 años —comentó cada vez más divertida—. Usted debería rondar los…

—Tenía 11 señora.

—Bueno, pues han pasado unos añitos ¿no cree?

—Es aún más hermosa si me permite miladi.

Sintió que se sonrojaba y sintió un poco de vergüenza pensando que su interlocutor pudiera darse cuenta. Al fin y al cabo, ella era una dama y estaba acostumbrada a mantener la compostura y la distancia con elegante frialdad.

—Yo hubiera jurado que quien te gustaba era Kasan.

—¡Oh no, señora! Es una gran piloto y la admiro pero…

—Así que no quieres que me vaya —se le encaró con los brazos en jarras y una enigmática sonrisa.

—Lo lamentaría mucho ahora que por fin pude conocerla.

—Si te vas a casa ahora le pediré a la teniente Moor que te reclame a ti también —le dio la espalda prosiguiendo la marcha. El recluta tuvo que realizar una carrerita para alcanzarla tras unos segundos de shock.

—¿Lo haría de verdad señora?

—Tienes madera de piloto. ¿Por qué no llevarte conmigo?

—Gracias señora —se le abrazó efusivamente sin darse cuenta de lo que hacía.

—¡Garren! —le gritó al más puro estilo de dama ultrajada—. Vete a tu casa de una vez antes de que cambie de idea.

El piloto se largó como si lo hubiesen metido un chuba en los pantalones. Ayllenia se cuidó mucho de volver la mirada, aunque le hubiera gustado. Seguía igual de cansada pero ahora se sentía estúpidamente feliz. Iba a vengarse de los hutt y la habían piropeado como a una minera de Kessel. Al final el día no iba a ser tan malo.

—

Despertar

Aquella tarde había montado feliz en la nave pirata. Cuando llegaron a la zona donde se alzaba la fortaleza del hutt había caído la noche. Como esperaban salieron a interceptarlos un par de bajeles del desierto y 4 Dunelizards. El perfil en forma de rombo de la nave de Sol Negro era demasiado conocido para pasar inadvertido.

Recibieron el primer aviso de retirarse o abrirían fuego. Intercambiando una palabra clave, ambas mujeres se lanzaron al ataque. Las naves enemigas abrieron fuego de inmediato sobre las imperiales. Un caza hutt fue alcanzado por la primera descarga de Kasan.

—Me encanta el arma que le has puesto a esta chatarra.

—No es ninguna chatarra —respondió marcando su acento nativo por la tensión—. Me la regaló mi padre.

El escudo de Ayllenia parpadeó con un impacto ligero desde tierra. Pulsó el liberador de bombas y una única cuenta azulada de energía descendió a gran velocidad contra el suelo. El infortunado vehículo terrestre reventó lanzando las planchas de revestimiento en todas direcciones.

Aquella explosión despertó el momento del asesinato de su padre. Había sido igual de rápido… y de cruel.

—¿En qué estás pensando? —le gritó su compañera por radio.

Una nube de escombros la sacó de sus meditaciones.

—¿Quieres hacer el favor de concentrarte en los objetivos?

De pronto era consciente de que lo que estaba haciendo no le iba a devolver a su padre y se sentía muy desdichada. Aquel sabor salado… Bajo la máscara de su casco de piloto imperial estaba llorando. Eran sus lágrimas que caían al compás de las bombas.

En la fortaleza de planta circular las ventanas se habían cerrado con planchas de duracero. Era evidente que el hutt había tenido tiempo de sobra de ponerse a salvo y estaba magníficamente defendido por turboláseres pesados en las torres circundantes.

—Tira todo en una pasada a toda velocidad y vámonos a la órbita.

—¿A la órbita?

—Hay un destructor esperándonos. ¿No creerías que podríamos llegar a Bestine, no?

El bombardero aceleró al máximo mientras seleccionaba el lanzador para soltar toda la carga de una vez. Al ser una unidad ligera los daños en la enorme estructura serían ridículos. Esto no servía para ajustar las cuentas. Tendría que enfocar el asunto de otra manera en el futuro.

Un enorme resplandor y las dos pequeñas astronaves ascendieron prácticamente en vertical para escapar del planeta.

—Hagas lo que hagas. No dejes que te escaneen —le pidió Kasan, según el cielo pasaba a oscurecerse más y más conforme se acercaban al espacio—, Capitán Loenir. Aquí la teniente Kasan Moor del 128 escuadrón TIE, me acerco a su nave con dos aparatos civiles. Comienzo transmisión de identificación. Es posible que nos persigan.

—Tengo cloakshapes en los sensores de larga distancia.

—Pasa toda la potencia de las armas y escudos a los motores. Es necesario que no descubran donde vamos a atracar.

—Está bien reventaré la nave si hace falta.

—Teniente Moor. Preferiría que no atravesasen mis hangares de aterrizaje si es posible.

—No seas quisquilloso Loenir, estás haciendo un favor a una vieja amiga.

—No dudes que te lo pienso cobrar Kasan.

—Estoy deseando pagarte… —respondió la teniente con un tono más que informal.

En su cabina la dantooinesa sonrió ante la repentina luz de la situación…

—¿Kasan?

—No haga preguntas tontas oficial.

Entonces una voz se coló en la mente de Ayllenia. Algo completamente ajeno a ella y con voluntad propia. Se sintió a punto de perder el control de su cuerpo incluso.

Solamente cuatro palabras: «Muy bien, hija mía». La joven se estremeció asustada.

Tenía que ser algo relacionado con la fuerza pero no era posible, ella era casi tan insensible como su padre. Lo había dicho el maestro Yoda cuando era pequeña.

«Capacidad de interacción con la Fuerza casi nula». ¿Quién era aquella voz? ¿Por qué empezaba a sentir ahora estas cosas? Estaba muy asustada. Entretanto el rayo tractor de la bodega del destructor había capturado ya su nave y procedía a su aterrizaje automático. Detuvo el reactor e intentó olvidarlo todo.

Al bajar de la nave, la aguardaban la teniente con el capitán de la nave. Ayllenia se cuadró para saludar inmediatamente.

—Quítate el casco Ayllenia, te quiero presentar al capitán Loenir, comandante de esta nave y algo más que un buen amigo.

—¿Sólo eso Kasan? La teniente y yo nos casaremos en unos meses.

La alderaaniana esbozó una mueca de sorpresa para tomar el pelo a su compañera.

—Estamos agotadas Korrel. ¿Puedes dejarnos un camarote para descansar?

—Por supuesto pero tenía la esperanza de que tú y yo pudiéramos hablar «en privado». —Kasan correspondió con una amplia sonrisa comprendiendo sus intenciones.

—Si aguarda aquí un momento, le enviaré a alguien para que la acomode.

—

Colgó el traje de vuelo y el casco en dos perchas a tal efecto que había en la pared. El camarote era muy pequeño y unipersonal. Ayllenia lo agradeció porque en aquel momento no le apetecía estar de cháchara con nadie. La estancia estaba iluminada tan sólo por una tenue luz de emergencia sobre la puerta. Los camarotes de los destructores imperiales eran todos iguales, más grandes o más pequeños pero con la misma filosofía minimalista. Hacía calor. Sólo había estado una vez embarcada antes pero recordaba el mismo molesto calor. Se tendió en ropa interior sobre el camastro y deseó estar desnuda bajo la lluvia en su jardín privado como acostumbraba cuando aún era lady Ayllenia.

Cerró los ojos intentando centrarse en los recuerdos más hermosos de su adolescencia e infancia. Poco a poco le inundó la paz, como durante el combate con Kasan. Sintió de nuevo una presencia acariciando su alma en el interior de su cuerpo. Esta vez no era una voluntad opresiva y dominadora. El frescor que tanto amaba recorrió su cuerpo.

Sintiéndose en paz abrió los ojos. Había una figura difuminada ante sus ojos pero no le infundía temor alguno. Ni siquiera intentó moverse; con gran dicha en su corazón se dirigió a la visión: «¡Padre!».

La sombra acarició los cabellos de su hija haciéndolos vibrar en el aire como una suave brisa.

—El velo que nos aislaba de la Fuerza ha caído con mi muerte. Ayllenia, cuidate del dolor del lado oscuro.

—Pero padre, yo no sé nada de la Fuerza. Nunca fui entrenada.

—El futuro del Imperio depende de ti. Debes evitar el desequilibrio en la fuerza —respondió desvaneciéndose.

—No te vayas papá —se incorporó de golpe. Fue inútil. Estaba completamente sola. Durante unos instantes no apartó la mirada de sus piernas desnudas, cabizbaja, insignificante—. ¿Qué debo hacer? ¡Estoy tan perdida!

Retrocedió en la cama hasta apoyar la espalda en el ángulo que formaba la cajera de la litera. Recogió las piernas y las mantuvo juntas con los brazos para apoyar la frente en ellas. Todo se desmoronaba a su alrededor: su venganza la había dejado vacía y ahora resultaba que era sensible a la Fuerza. Quería poder contárselo a alguien pero no confiaba en nadie a bordo de la nave. Tampoco podía llamar a su madre pues seguro que escaneaban la comunicación. Estaba muy preocupada. ¿Cómo habían llegado estas nuevas capacidades? ¿Y quién era la otra presencia, la que había helado su corazón? ¿Por qué le había llamado hija también? No quería ser jedi, ni saber nada de la Fuerza. Negó con la cabeza entre sus brazos queriendo llorar. Entonces recapacitó, ¿acaso había cambiado algo en su vida? Nada de todo esto le impedía seguir adelante con sus planes de ser un buen oficial. Sonrió al pensar que su padre parecía en paz en la visión y se alegró por él. Con este pensamiento se recostó encogida de medio lado de espaldas a la pared. De sus labios una palabra suspirada antes de cerrar los ojos en paz: «Papá».

Su despertar fue tranquilo a pesar de que la sacudían por el hombro. Kasan estaba sentada a su lado en la cama mordiendo un bastón proteínico.

—¿Qué sucede?

—Más de lo que yo pensaba por lo visto —le respondió distante—. El Moff Tarkin te reclama en su demarcación. Por lo visto tiene un destino de alta prioridad para ti ya que no ha habido manera de que me enterase extraoficialmente.

—¿Cuándo ha llegado la orden?

—Hace 15 minutos. Si te sirve de consuelo, a mí también me han sacado de la cama… y con menos ropa que tú.

—Al menos me han dejado dormir un poco se frotó los ojos incorporándose.

—¿Un poco? Llevas 7 horas durmiendo querida.

—¿7 horas?

—Y un consejo «miladi»… en un destructor estelar, no es conveniente que una dama se quede medio desnuda sin cerrar la compuerta con clave.

Ayllenia que estaba cogiendo el traje de vuelo se volvió ruborizada:

—¿No habrá entrado alguien más mientras estaba durmiendo?

—La verdad es que estabas muy sexy… —se burló de ella—. No pensé que usaras ropa interior blanca.

—¡Por lo que más quieras Kasan! —se quejó ofendida mientras se enfundaba el mono de vuelo negro—. No seas tan frívola cuando hables conmigo: me desagrada.

—Lo sé —le alargó un bastoncillo alimenticio.

—Algún día… —se lo arrebató de la mano para llevárselo a la boca y comenzar a subirse el traje.

—Korrel ha recibido órdenes de dejarte en unas coordenadas donde recibirás una transmisión cifrada con tu nuevo destino. Mandaremos tu nave a tu madre en Dantooine en cuanto pasemos cerca.

Ayllenia cogió su casco y percibió una mirada triste en su interlocutora Al fin y al cabo era lo más parecido a una amiga que hasta ahora tenía en la flota.

—Me hubiera gustado asistir a tu boda.

—¿Quién te ha dicho que quiero a una engreída dantooinesa en mi ceremonia? —le respondió tendiéndole la mano para que la ayudara a alzarse del catre—. Además, te he visto en las noticias con vestido de fiesta y sé que odiaría cada minuto que estuvieras haciéndome sombra en mi día con tu cuerpo de porcelana.

—Espero verte pronto.

—Vamos a preparar tu TIE. No tenemos mucho tiempo antes del último salto.

—

Se sentía muy inquieta. Ya llevaba dos cambios de rumbo en sendas boyas de comunicaciones y no había encontrado ni rastro de vida en todo el trayecto.

La clave era también una de las más extrañas de cuanto le habían confiado hasta la fecha. Cuando se acercaba a un emisor, su transpondedor comenzaba a rotar los números de las coordenadas a una velocidad de vértigo antes de detenerse en la solución decodificada. Teniendo en cuenta que el soporte vital del traje era limitado, y que la nave no tenía capacidad de salto, no le hacía mucha gracia vagar tanto tiempo por el espacio sin rumbo fijo.

Al fin una voz humana zumbó en los auriculares de su casco.

—Caza TIE. Aquí la Estrella de la Muerte, le hemos detectado en nuestros sensores de espacio profundo. Transmita su código de identificación imperial o mandaremos a interceptarle.

—TIE Iota 342946 iniciando la transmisión —respondió decelerando para demostrar sus intenciones pacíficas. Observó con detenimiento su destino en el HUD. Aparentemente debía dirigirse hacia un pequeño satélite que emergía tras una luna muerta.

—Código correcto. Prosiga con su aproximación Iota 342946.

Entonces lo vio. Un punto desconocido que se acercaba por la popa. Sonó el primer pitido de aviso. La nave había sido identificada como un carguero del tipo Corelliano, o al menos esa era la información que más coincidía puesto que los datos sólo concordaban en un 78%.

Decidió volverse y escanear la nave en una pasada a gran velocidad. Aparentemente no se habían dado cuenta de su presencia aún.

—Iota 342946, aquí Estrella de la muerte. Nuevas órdenes: Atraiga al intruso hacia nosotros. No abra fuego. Repito, no abra fuego.

—Iota 342946 comprendido —respondió sobrevolando la astronave en forma de disco—, Millenium Falcon. ¡Curioso nombre! —murmuró al recibir los datos del rastreo.

La nave era más rápida de lo que creía. Evidentemente ya la habían visto y le estaban ganando terreno. Metió potencia de combate. Al levantar la vista quedó asombrada: el pequeño satélite era una gigantesca estación espacial de color gris. En su hemisferio superior presentaba una enorme abolladura circular en su diseño. Se preguntó qué función tendría aquel casquete esférico vaciado.

—Iota 342946. La tenemos en nuestro rayo de tracción procedemos a su aterrizaje automático. Lo ha hecho muy bien.

La nave intrusa luchaba infructuosamente por librarse del haz magnético. En unos minutos habían pasado de cazadores a cazados. Ayllenia respiró tranquila en su oscura cabina estirando los músculos mientras los mandos se movían solos durante la secuencia automática de atraque. Cerró los ojos y en su mente vio a los tripulantes de la nave. Había un hombre moreno, bastante guapo según su criterio y un wookie. Nunca le gustaron esas criaturas tan peludas, desde muy pequeña se sentía intimidada y débil en su presencia. También había un crío de 18-19 años con cabellos rubios. Estaban asustados. Podía percibirlo claramente… ¿Y el anciano? ¿Cómo no había reparado en él hasta ahora? ¡Había tanta paz en su interior! Se sintió reconocida y aceptada por él.

Conocida en esencia. Desnuda en cuerpo y alma. Se asustó tanto que perdió la conexión.

—No me gusta nada esto —comentó con profundo desasosiego mientras su caza tocaba pista suavemente en el hangar—. No quiero ser jedi.

Una escolta de stormtroopers la recogió inmediatamente para llevarla a una gran sala de reuniones. Con gran curiosidad dejó el casco sobre la mesa para contemplar la vista desde el enorme ventanal. La sala estaba en penumbras.

—Mi querida Ayllenia. Sabía que llegarías a donde te lo propusieras.

—¡Gobernador Tarkin! No esperaba encontrarle aquí.

—¿No vas a preguntarme que es este lugar? —sonrió enigmáticamente.

—¿Puedo hacerlo? —respondió esbozando una mueca de cierta perplejidad.

—Ahora que estás aquí ya no hay razón para conservar el misterio contigo. Hija mía, esta es la mayor estación de combate jamás construida. La respuesta a la gran búsqueda de tu padre de mantener la galaxia en paz y unida.

—Suena bien —respondió perdiendo la mirada en la actividad de las naves en el exterior.

—Más de lo que supones… Siéntate querida —le apartó una silla galantemente mientras él se dirigía a la otra punta de la mesa—. Esta estación alberga la capacidad de destruir un planeta entero en cuestión de segundos.

—La flota entera no sería capaz de lograrlo.



—Y sin embargo es posible —respondió pulsando un botón para activar un holograma esquemático de la Estrella de la muerte—. Durante todos estos años defendiendo el Imperio he comprendido que lo único que la gente comprende es el miedo. La simple existencia de esta estación sofocará cualquier posible rebelión. Pero como bien dices, hay muchos incrédulos. Es por ello que nos hemos visto obligados a realizar una demostración de fuerza en un sistema rebelde.

—¿Han destruido un planeta? —le preguntó la joven abriendo los ojos como platos.

—Fue preciso por el bien de todos. Insensatamente enviaron espías que robaron planos de esta estación con intención de sabotearla.

—¡Pero todos sus habitantes no serían culpables!

Wilhuff sonrió con maldad. Bajó el rostro unos segundos pensando la respuesta antes de cruzar las manos ante su rostro acodado en la mesa.

—¡Cuántas veces habré tenido esta conversación con tu padre! ¿No te das cuenta de todas las vidas que hemos salvado destruyendo Alderaan? Quizás incluso la tuya. Es una guerra, pequeña, y hay que asumir bajas para lograr la victoria.

—Comprendo señor —aceptó con tono dubitativo.

—No pareces muy convencida. No importa. Tu nuevo superior Lord Vader se encargará de que comprendas que ha sido lo mejor para todos.

—¿Lord Vader? —tembló intimidada por el nombre. Todo lo que sabía de él era que sus padres jamás le permitieron asistir a ningún lugar en el que estuviera presente.

—¡Pobre Ayllenia! Hoy vas de sorpresa en sorpresa. Sí, pequeña. Ha habido una baja en su escuadrón y él mismo ha solicitado tu ingreso.

—Pero, ¿por qué yo?

—Has servido bien al imperio. ¿No es suficiente? Deberías sentirte honrada.

—La verdad es que me siento abrumada más bien.

—No tienes nada que temer si mantienes el mismo comportamiento que llevas hasta la fecha. Por cierto, en estos momentos está ocupado con ese carguero que nos has traído pero en cuanto acabe seguro que querrá verte. Harías bien en asearte y ponerte el uniforme entretanto. No creo que vayas a volar más por hoy.

—Por supuesto señor.

El gobernador se levantó acompañándola hasta la puerta automática.

—Te ruego me disculpes si no te acompaño, tengo bastantes asuntos pendientes.

¿Qué tal se encuentra tu madre?

—Es una mujer fuerte gobernador.

—No sabes como me alegra oírte decir eso. Espero volver a verte pronto.

Ayllenia se cuadró realizando el saludo militar que fue correspondido con más formalidad que interés por su superior. A continuación se perdió por el corredor en busca del oficial de la cubierta que le había sido asignada. Estaba a punto de entrar cuando sonó la alarma y las puertas comenzaron a cerrarse automáticamente.

—¡Oh estupendo! —se lamentó al quedar atrapada. Apoyándose en la pared se dejó deslizar hasta quedar sentada en el suelo. Reclinó la cabeza y se dispuso a esperar. No sería mucho tiempo. Una de las compuertas se abrió y la cruzaron Lord Vader seguido de una escuadra de Stormtroopers.

—Haga el favor de levantarse del suelo y seguirnos —le ordenó el oscuro líder con su voz electrónica.

Ayllenia casi pierde el equilibrio al querer moverse tan rápido.

—Tenemos rebeldes abordo —le susurró un soldado de asalto.

—¿Es usted mi nuevo piloto? —les interrumpió el sith.

—Así es señor, Oficial Ayll…

—Sé cómo se llama piloto. Le convendría desenfundar su arma si no quiere que la maten. —Vader se detuvo un instante—. Bloqueen el acceso al hangar de este nivel. Soy necesario en otro sitio. Piloto, acompáñeme.

La joven entendía cada vez menos. La mera presencia de la mano derecha del emperador la anulaba, era una persistente sensación de insignificancia.

—El emperador ha puesto mucho interés en usted —se dirigió a ella sin desviar la mirada de su máscara—. Le interesa mucho su repentino despertar a la fuerza.

—¿El emperador lo sabe?

—Él conoce todo lo que sucede en la Fuerza y, últimamente ha estado generando perturbaciones de cierta intensidad.

—No era mi intención. Nunca desee este… —dudó a la hora de calificarlo— don.

No soy una jedi.

—Puede dar gracias de no serlo o estaría muerta —la amenazó vehemente—. Sé que presiente a mi antiguo maestro.

—¡El anciano! —comprendió de pronto la joven.

—No quiero que se acerque a él. Se encerrará en su camarote. Si sospecho que contacta con usted la mataré —le explicó apretando el puño—. No intervendrá bajo ningún concepto. Es algo entre él y yo.

Por unos instantes Ayllenia no podía respirar. Era como si algo invisible oprimiese su garganta. Se llevó las manos al cuello pero no encontró nada físico que la atenazara.

Entonces Vader, que seguía caminando abrió la mano y el aire volvió a sus pulmones con un silbido de angustia.

—No lo olvide, miladi —le advirtió demostrándole su desdén por su importancia social—. No acostumbro a repetir las órdenes.

Estaba de rodillas en el suelo, despeinada y agotada. Ahora comprendía todos los recelos de su padre pero ni siquiera se atrevía a pensar por miedo a que su nuevo comandante lo percibiera. Sus cabellos colgaban frente a su rostro mientras aún jadeaba.

Prácticamente arrastró una mano para recoger su pistola bláster caída y el casco. ¿En qué se había convertido su amado imperio? Aturdida se incorporó. Enfundó el arma y tras apartarse la melena tras los oídos volvió sobre sus pasos. De fondo ruido de disparos y el estruendo de sables láser chocando entre sí. Ni siquiera se volvió. Darth Vader había sido muy convincente.

Prisionera

Permaneció tendida en su litera hasta que otra oficial entró en el dormitorio. El cuarto estaba preparado para cuatro personas y, al haber sólo una vacante no pudo elegir. La recién llegada se le quedó mirando unos instantes antes de comenzar a desprenderse del traje de vuelo.

—Me suena tu cara. ¿Eres la nueva del escuadrón de élite, no?

—Soy lady Ayllenia Reinhart de Dantooine —respondió sin emoción cubriéndose los brazos sobre la frente tendida boca arriba.

—¡Vaya! Es un honor miladi. Yo soy Esserea del 326 escuadrón de TIEs. Soy de Coruscant.

—Encantada —respondió sentándose en la cama—. ¿Quién más duerme aquí?

—Saola, mi compañera de vuelo que está de permiso en casa, y Alise del 421. Una tía un tanto rara.

Esserea era una oficial como ella, de redondeadas formas pero muy atlética. Su peinado era muy corto y tan sólo el flequillo era algo largo para darle un cierto toque femenino.

Las raíces de sus cabellos eran bastante oscuras lo que evidenciaba que su rubio platino no era natural. Se enfundó los pantalones de un salto.

—¿Vienes a cenar? Ahora que ha terminado el jaleo ya habrán abierto la cocina otra vez.

—¿Qué ha sucedido?

La rubia miró alrededor antes de susurrarle la respuesta:

—Dicen que la princesa se ha escapado.

—¿Qué princesa? —preguntó Ayllenia con gran interés.

—¡No tan alto boba! —le reprendió antes de proseguir—. Teníamos a la princesa Leia abajo en las celdas. Me han contado que había robado algo muy gordo.

—Leia —suspiró negando con la cabeza.

—¿La conocías? —preguntó comenzando a abrocharse la guerrera—. Yo que tú no lo diría por ahí. Puede causarte problemas.

—Supongo que ya los tengo aunque hace tiempo que no coincidimos.

—Ten mucho cuidado con lo que dices delante de Lord Vader. Ha matado a gente sin necesidad de tocarla.

Ayllenia se puso en pie tocándose inconscientemente el cuello.

—¡Vaya, no lo sabía! —se acercó preocupada al ver la enorme marca roja en el cuello de la nueva—. Perdona Ayllenia no tenía ni idea… ¿Por qué te ha hecho eso?

—No importa —sonrió circunstancialmente—. Si estás lista, tengo un poco de hambre.

—Si por supuesto. Sígueme.

Era curioso lo que se podía recordar simplemente con tocarse el cuello. Llevaba meses en aquella celda. Una celda que no era fría porque sin calefacción en aquella base moriría sin remedio. El recuerdo y dormir se habían convertido en su ocupación favorita. Cerró los ojos y volvió a vivirlo todo. Las naves rebeldes atacando la Estrella de la Muerte. Las verdes luces cegadoras de los bláster como relámpagos en su oscura cabina. La frialdad del sudor goteando por su cuerpo bajo el traje de vuelo en la tensión del combate.

Aquel día en Yavin IV se concentró sobre todo en los Y-Wing. Solían partirse por el cuerpo central y uno de los motores solía alejarse girando antes de explotar en una nube de chispas.

Pensaba que la batalla estaba ganada cuando la estación voló por los aires. Sin base a la que huir aterrizó en Yavin donde fue capturada rápidamente por soldados rebeldes.

La mirada de odio de Leia durante el juicio pantomima a que la sometieron por traición a su república inexistente. Se negó a hablar durante el rápido proceso pero aquel joven, el mismo que vio en la nave el día que llegó a la estación, Skywalker, parecía percibir muchas cosas de las que pensaba. Fue él quien sugirió prisión vigilada en una base de alta seguridad en lugar del habitual campo de prisioneros.

Y allí estaba ella: en Hoth, aunque le costó semanas saberlo. La soledad había agudizado su percepción y el conocimiento de la Fuerza exponencialmente. Ahora le resultaba muy sencillo influir en la mente de algunos de sus guardianes. Tanteaba el terreno con cuidado, escondiendo sus trucos en su belleza femenina como un inocente flirteo. Un coqueteo muy fácil de disimular cuando fallaba el truco mental.

A escondidas movía objetos pequeños cortas distancias canalizando la fuerza. Se sentía totalmente conectada con su padre, cuya sombra la enseñaba a perfeccionar sus habilidades. Ya no tenía miedo de Vader, ni de que algún día los rebeldes se hartaran y la fusilaran. No temía a nada ni nadie.

Era consciente de que podía escapar cuando se lo propusiera pero, ¿a dónde?

¿Dónde podría ir en un planeta helado repleto de rebeldes? Tenía que esperar su oportunidad. Tampoco estaba mal en la celda y no había riesgo de que engordase demasiado con las raciones que le daban.

El mayor problema era Skywalker. Podía sentirlo en la base como una llamarada en el frío helador del planeta y sabía que él también la presentía en todo momento. Había ido a visitarla en varias ocasiones. Las conversaciones eran siempre bastante breves, con largos silencios de escudriñamiento mutuo. Al principio, cuando Ayllenia no dominaba sus capacidades, se sentía violada en lo más íntimo. Skywalker era torpe en comparación con Darth Vader pero era evidente que había recibido cierto nivel de entrenamiento.

Durante la primera visita, se sintió invadida en su intimidad durante cinco interminables minutos. Finalmente el héroe rebelde se decidió a hablar:

—Estás llena de dolor y resentimiento.

—¿Para saber eso necesitabas violarme a través de la fuerza? Creía que era del dominio público.

—¿Por qué luchas contra nosotros? Tu padre era jedi y tú podrías llegar a serlo.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? —se levantó para agarrarse a los barrotes enojada—. Os aliáis con delincuentes y contrabandistas. Alzáis medio imperio contra el otro medio. ¿Quién eres tú para darme lecciones? ¡Malditos seáis todos los rebeldes!

Luke bajó el rostro sin responder a las acusaciones. Se volvió para retirarse.

—No creo que fuera eso lo que hubiera respondido tu padre —comentó antes de irse.

—¡No tienes ni idea de cómo era mi padre! —gritó Ayllenia con rabia—. ¿Me oyes?

¡Mi padre jamás se mezcló con escoria como vosotros!

—Cálmate preciosa —le sugirió el guardia ajustando su bláster a aturdir—. No quisiera tener que ponerte a dormir.

Echo Base, Hoth, un lugar donde nunca pasaba nada… hasta aquella mañana. La alarma llevaba sonando varios minutos. Ayllenia parecía dormida sentada en su catre en la esquina de su celda. En realidad estaba concentrada. Lo estaba observando todo a través de la fuerza. Abrió a distancia la funda del bláster del guardia. En unos segundos la pistola voló hacia su mano y disparó. El vigía cayó fulminado según se daba la vuelta.

La joven se compadeció por un instante del enemigo caído. Disparó al cerrojo y abrió la puerta. Era su oportunidad.

En una sala oscura a bordo del gran superdestructor en órbita, Lord Vader informaba al emperador de su intención de desembarcar en Hoth.

—La flota ha sido descubierta mi señor, pero ningún rebelde escapará a nuestro bloqueo. La base rebelde está protegida por un campo de fuerza. He enviado nuestros AT-AT y ST para que se encarguen del generador y poder proceder al desembarco.

—Bien, Lord Vader. Espero con ansiedad las noticias de vuestros progresos.

—Hay algo más mi señor. El hijo de Skywalker y la de Reinhart están en el planeta.

—Traerás al hijo de Skywalker a mi presencia.

—La hija de Reinhart se ha hecho fuerte, mi señor. Su furia es poderosa pero la contiene.

—La hija de Kawollian no me interesa, es débil y sentimental. Dispón de ella como gustes. Ahora aniquila a esa escoria rebelde. Mátalos a todos. Sin excepción.

—Así se hará mi señor.

Los cascotes del muro al ser volado volaron frente a la esquina en que se había parapetado. Ahora estaba perfectamente equipada. Había entrado fácilmente en el almacén sin vigilancia y se había procurado ropa polar y varios detonadores termales.

Salió corriendo hacia la grieta pero se tuvo que detener en seco. Una enorme criatura de blanco pelaje y aspecto hostil obstruía la salida.

—¡Joder qué mala suerte! —se lamentó comenzando a correr perseguida por la bestia. Gracias a dios, ella era más rápida, y la bestia le perdió el rastro en perjuicio de algún desafortunado rebelde al que pudo oír gritar.

Era evidente que estaban bajo ataque. El suelo temblaba y caían escombros del techo.

Pensó que lo más apropiado era infiltrarse en los hangares e intentar hacerse con una nave. Los soldados rebeldes corrían todos en dirección opuesta. De pronto una mano la enganchó firmemente por el hombro. Era un sargento de comandos. Un veterano que lucía un gran mostacho.

—¿Dónde crees que vas soldado? Tenemos que defender el campo de fuerza.

—Me esperan en la plataforma de despegue —respondió nerviosa.

—¿Quién es tu oficial al mando? —la interrogó convencido de que pretendía desertar.

Ayllenia se tranquilizó y respondió con seguridad:

—No necesitas saber quién es mi oficial al mando. Tengo permiso para acceder a los hangares.

El rostro del rudo suboficial tembló antes de repetir lo que Ayllenia le había introducido en la mente. Sus dedos se aflojaron y la joven se alejó corriendo entre las tropas.

Al llegar se ocultó a observar entre un par de grandes contenedores. Se estaba llevando a cabo la evacuación del personal no esencial con gran orden. Los cazas monoplazas estaban todos ocupados esperando para escoltar a los transportes y no quedaba ni un solo speeder en condiciones de funcionamiento. Quizás podría infiltrarse en algún transporte pero eso no le serviría de nada. Decidió que lo mejor era esperar a que acabase la batalla y tratar con los vencedores.

Fue testigo inerte de toda la operación de fuga de Echo Base. No fue hasta la irrupción de los soldados de asalto intentando evitar la fuga del Halcón milenario, que salió de su escondite. Se bajó con serenidad la caperuza de piel para ser reconocida con facilidad y caminó despacio hacia Lord Vader.

Podía percibir su ira por haber perdido la nave con absoluta claridad.

—Me alegro de verle excelencia —saludó Ayllenia seductoramente desafiante.

El puño de Vader se alargó hacia ella intentando estrangularla a través de la fuerza. La joven alzó con dificultad la palma de su mano para finalmente sonreír.

—Eso ya no funcionará, mi señor.

—No tengo tiempo para perder contigo.

La espada de luz roja del señor oscuro relampagueó en su mano antes de ser lanzada contra la exprisionera. Girando ágilmente sobre si misma, la joven la cogió al vuelo por la empuñadura apagándola.

La respiración mecánica de Vader fue todo lo que se podía escuchar durante unos segundos.

—Vete a Endor y que te den un destino allí —aceptó finalmente el lord sith—. Tengo cosas más importantes de que ocuparme.

—Por supuesto, milord —aceptó con una gentil reverencia.

Ayllenia se guardó el sable y procedió a abandonar la base escoltada por dos guardias de asalto.

—

Luke estaba exhausto tendido en el suelo de una pequeña isla de uno de los pantanos de Dagobah. A su lado, Yoda, el maestro jedi aceptaba este pequeño descanso en su entrenamiento.

—Maestro, Ben, decía que yo soy el que traerá el equilibrio a la fuerza pero está esa otra chica, la imperial.

—A quien te refieres no comprendo —respondió jugueteando con la punta del bastón en unas hierbas al pie de un gran árbol.

—Hay una prisionera que capturamos tras la batalla de Yavin, la hija del gobernador Reinhart de Dantooine. La fuerza es poderosa en ella.

—¿La hija de Reinhart, a Ayllenia te refieres?

—Sí. ¿La conoces?

—A la hija de Kawollian conocí cuando un bebé nada más era. A la fuerza insensible, extraño lo que me cuentas me resulta.

El joven se sentó y pudo ver la preocupación y la tristeza en el rostro de la anciana criatura.

—¿Cómo era su padre cuando era jedi?

—La historia de Kawollian en nada te interesa. Tu propio camino debes trazar.

—Por favor maestro, me intriga esa muchacha.

—Sufre mucho la pequeña Ayllenia. A la ira conduce su dolor y a un paso del odio y el lado oscuro está.

—Su fondo es bueno maestro, yo creo que si volviera a verla…

—A nadie verás hasta que tu entrenamiento completo sea. El lado oscuro de la fuerza no debes subestimar. Fácil es para el emperador manipular a quien preparado no está.

—¿Cómo lady Ayllenia?

—Su futuro claro no está. En cualquier caso, preocuparte no debe. En paz debes quedar, lo que sabes o que crees que sabes has de olvidar. El camino de Ayllenia totalmente ligado al imperio está. Si este triunfa, sobrevive o sucumbe, asunto de ella solo será.

—Entonces me tendré que enfrentar a ella también además de a Vader y al Emperador.

—Preguntas, preguntas… —le golpeó con su diminuto bastón—. Los jóvenes nada de lo que decimos los viejos escucháis. Correr más necesitas. Lo que sabes olvida de una vez.

—

La luna Santuario no era el destino que ella esperaba. Es cierto que por su actuación en la batalla de Yavin y su fuga de la celda de Hoth había sido ascendida a capitán pero, aquel destino a oficial de operaciones en aquel remoto campamento en la selva sonaba más a un destierro que a otra cosa. De Endor no sabía más que lo que le contaban los mapas y que había algo muy secreto en el sector DX435 en el que tenía que mantener constantemente una pareja de TIEs patrullando. Sus pilotos además, tenían prohibido contar nada de lo que viesen al personal en tierra. Al menos, la humedad de aquel planeta le resultaba muy agradable ya que le recordaba a su hogar.

Su regreso de entre los muertos había sido algo del todo inesperado. Su madre incluso le había oficiado un funeral dándola por muerta. Fue toda una alegría para la veterana senadora cuando recibió la llamada de su hija desde el destructor estelar que la trasladaba.

Nadie más había sobrevivido a la tragedia. Sólo Vader y ella. De los miles de hombres y mujeres de la estación nadie más vivía para contarlo. Quería pensar que alguno de sus compañeros de los TIE se había salvado rindiéndose pero no tenía constancia de ningún caso. En todo su cautiverio no consiguió averiguar si había sobrevivido algún imperial más. La posibilidad de que los rebeldes los hubiesen aniquilado o abandonado a morir en el espacio le hervía la sangre. Quizás alguno más consiguió llegar al planeta y fue más hábil para evitar la prisión.

Ahora tenía un mando sobre varios escuadrones, incluidos varios prototipos de los nuevos Interceptores TIE (T/I). En cualquier caso, no todo había empeorado, su madre había recuperado el control de Dantooine tras la muerte de Tarkin, al menos nominalmente, y ella volvía a tener un amigo. Un joven piloto que conoció en Tatooine cuando tan sólo era un cadete, el teniente Flaian Garren.

Quizás algo más. Era el único que conseguía llenar algo el enorme vacío de su interior, siempre atento y dispuesto. Nunca le había pedido nada y por eso le había besado.

Ahora no sabía si alegrarse o arrepentirse.

Llamaron a la puerta de su habitación en el búnker. La estancia de metal estaba a oscuras salvo por la tenue iluminación que ofrecían los leds del panel de mando de la puerta. Poniéndose en pie se acercó a pulsar el botón que abría la compuerta hacia el lateral.

—Hola Flaian.

—No tenías buena cara cuando abandonaste la sala de operaciones. ¿Te encuentras bien? —le acarició los cabellos y la mejilla a sabiendas que no había nadie más en el corredor.

—No es nada. Sólo estoy un poco cansada —reconoció apartando la mirada sin querer darle importancia.

—Claro. Y por eso estás a oscuras encerrada en tu habitación completamente uniformada.

—¿Por qué te preocupas tanto por mí?

—Sabes bien la respuesta: porque te quiero.

Ayllenia sonrió dejándose abrazar como una niña a punto de llorar. La puerta se cerró tras ellos. El teniente le sacaba la cabeza a su superior y ella se sentía protegida en sus brazos.

—Voy a dar la luz Aylli.

—No, por favor —se acurrucó aún más en su abrazo—. No quiero que me veas llorar.

—¿Qué os hicieron esos rebeldes miladi?

—Ya no soy la misma Flaian. ¿Recuerdas que me preguntaste por qué llevaba un sable laser? Me estoy convirtiendo en un jedi como mi padre. Veo y oigo cosas ocultas. Hago cosas que jamás habría soñado.

—¡Los jedi traicionaron a la antigua república! La guerra no terminó hasta que todos fueron eliminados.

—Lo sé —aceptó entre lágrimas—. Y estoy muy asustada.

El teniente encendió la luz y la joven corrió a ocultar su rostro tendiéndose boca abajo en la cama.

—Sólo te lo preguntaré una vez Ayllenia. ¿Eres una jedi?

—Creo que sí —respondió dirigiéndole una mirada fugaz.

El soldado la alzó con sus poderosos brazos obligándola a mirarle a los ojos.

—Si alguna vez intentas traicionarnos te mataré.

—A ti nunca —se le lanzó a los brazos pero él la rechazó dándole la espalda.

—¿Cómo ha podido pasar? La más leal de los leales…

—¡El imperio es mi vida! —suspiró con tristeza.

—Mentiras jedi. La historia al respecto es muy clara.

—Vader lo sabe e intentó matarme —reconoció por fin—. Dos veces y yo se lo impedí. Por eso me mandó aquí.

—¿Lord Vader intentó matarte y no pudo?

La joven asintió cabizbaja.

—El sable de luz es suyo.

Flaian acercó sus labios a los de Ayllenia para degustar un beso con sabor a lágrimas.

Ella agradeció la confianza quedando a disposición de algo más pero el teniente abandonó la sala tras acariciar su rostro.

Se levantó a apagar la luz de nuevo secándose las lágrimas. Apenas cayeron las penumbras el fantasma de Kawollian se hizo presente ante ella.

—No sé si estoy preparada para lo que me espera padre.

—El destino del imperio está en tus manos hija mía. No en las de Vader ni en las del emperador.

—Entonces el imperio está perdido.

—No estás sola en tu destino. El hijo de Skywalker y tú sois las piezas fundamentales de esta galaxia.

—¡Luke! —comentó cansada—. Está convencido que no hay salvación fuera de la Alianza Rebelde…

—Él solo tiene una pieza del puzzle. Sin ser uno con la fuerza no puede comprenderse la complejidad de todo lo que está sucediendo.

—¿Soy una jedi padre? ¿Traicionaré a los míos?

—Los jedi no traicionaron a la república hija. Sin embargo, no tenía sentido prolongar la lucha. El emperador había ganado y yo debía protegeros. El imperio es el orden y la paz. Eso es innegable.

—En el fondo sabía que todo era mentira… —comentó hundida en su pesar— lo supe cuando destruyeron Alderaan.

—La Alianza rebelde es una fiera salvaje hija mía. Sus miembros rebosan de odio.

En tus manos está proteger a los que viven bajo la autoridad imperial y salvarlos de la carnicería que se avecina.

—¿Qué debo hacer?

—Eso, querida, es decisión tuya. Yo no puedo intervenir ya.

—

Estaba desayunando en el comedor con la tropa a la mañana siguiente cuando se le acercaron dos exploradores con cara de circunstancias.

—¿Desean algo? —les preguntó limpiándose los labios con la servilleta al ver que ninguno de los dos se atrevía a hablar.

—Verá señora. Se trata del capitán Mergaw. Nadie le había visto desde anoche y el teniente Ore nos mandó a buscarle al amanecer.

—¿Y por qué no me está informando el teniente?

—Hemos encontrado al capitán brutalmente asesinado y el teniente está lanzando una operación de castigo.

—Entiendo —aceptó Ayllenia con naturalidad—. ¿Cuántos efectivos ha dejado para defender las instalaciones?

—Un par de escuadras.

La oficial escupió el café que tenía en la boca absolutamente sorprendida. Se puso en pie como un rayo.

—Teniente Garren. Proceda con las operaciones del día. Asumo el mando temporal de la base hasta que se envíe un sustituto para Mergaw. Soldado, lléveme hasta su teniente.

—Señora, no puede ir sin armadura, es peligroso.

—Pues tráigame una inmediatamente, maldita sea.

Era la primera vez que se colocaba una armadura de combate y le costó más tiempo del que hubiera deseado. No pudo evitar mirarse en el espejo antes de colocarse el casco. La armadura de «biker scout» era realmente cómoda y ligera. Finalmente desestimó el casco. Si algo le pegaba en la cabeza la iban a dejar sin sentido igual con o sin casco. Se ciñó el bláster y el sable y salió corriendo del búnker.

Los exploradores le aguardaban con una Aratech R. C. 74 Z de más. Sin pensárselo dos veces salieron a toda velocidad esquivando árboles en busca del extralimitado oficial.

El olor a humo era ya bastante molesto antes de llegar. Había una auténtica batalla campal. Dos AT-ST martilleaban un poblado indígena, destruyendo las chozas en tierra y en los árboles mientras en el suelo los soldados llevaban a cabo una operación de más que dudosa eficacia.

Un par de motojets estaban inservibles y, entre los muertos también se contaban algunos soldados imperiales. Ayllenia desmontó enfurecida y conmocionada por la tragedia.

Una flecha rozó su cabello para ir a clavarse a un árbol. Buscando continua cobertura buscó al responsable de aquel caos.

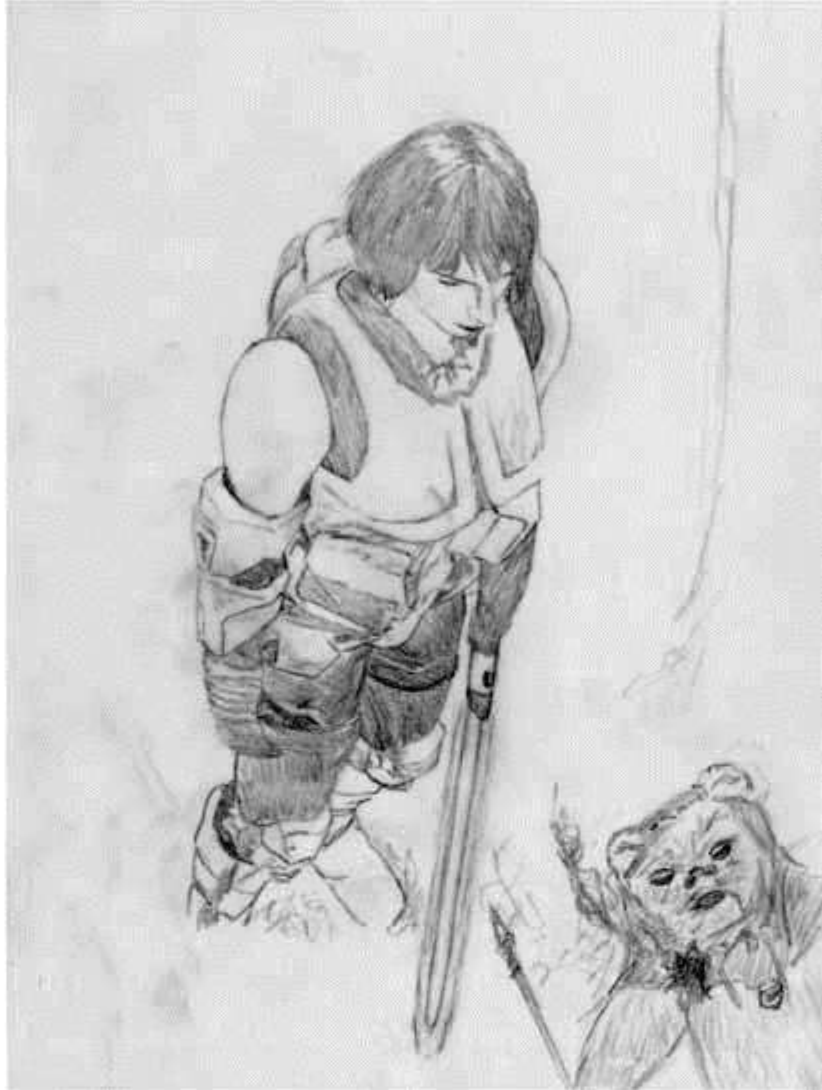
—¡Reinhart! No esperaba verla aquí. He decidido que era hora de …

La furia de Ayllenia estaba centrada en cortar la respiración del teniente que se debatía ante la posibilidad cierta de morir asfixiado.

—Va a sacar a las tropas de aquí inmediatamente y defender la base. ¿Ha quedado suficientemente claro?

Ore asintió con la cabeza. Parecía que se le fueran a salir los ojos de las órbitas.

—Acabo de asumir el mando teniente. Ordene retirada.



Los soldados que les acompañaban no se atrevieron a pronunciar palabra cuando el teniente cayó a tierra intentando recuperar el resuello. Mientras tanto, un sargento allí presente transmitió la orden de retirada.

—Huir ahora nos costará muchas vidas, señora —quiso aclarar el suboficial.

—Yo les daré algunos minutos.

Ayllenia se puso en pie desafiante encendiendo el sable de luz de Vader. Los soldados retrocedieron para reagruparse en torno a los transportes y los AT-ST. La oficial caminó hacia el frente desviando alguna flecha o piedra ocasional con su arma.

Se hizo un gran silencio. Sentía cientos de ojos clavados en ella y una horrible mezcla de dolor y odio. Miró a su alrededor, decenas de ewoks de todas las edades y condiciones yacían sin vida sobre la hojarasca del bosque.

—¿Queréis marcharos ya? —gritó sin volverse para dar la orden.

En cuanto las tropas se pusieron en marcha comenzaron a aparecer más de aquellos primitivos seres de entre la maleza. Ni ella misma sabía porque demonios se había quedado allí. Estaba rodeada pero se sentía muy tranquila. Por un instante pensó que se había vuelto loca de remate.

Un ewok cargó hacia ella con una lanza de punta de piedra en ristre. Apenas le señaló con la punta de sus dedos salió volando en dirección opuesta ante el espanto de los de su raza que corrieron a ocultarse de nuevo. Guardó el sable y tomó un matojo ardiendo.

Con serenidad prendió la ropa de uno de los soldados muertos y avivó las llamas con la fuerza. En silencio realizó la misma operación con las otras 5 bajas.

Los ewoks habían vuelto a salir. Estaban recogiendo a sus heridos y llorando a sus muertos. Una de aquellas criaturas, con un gran bastón y elaborada capucha la observaba a corta distancia.

Se miraron a los ojos. Su mente era fuerte pero aún así Ayllenia le transmitió un mensaje: «Si volvéis a atacarnos será mucho peor». Tuvo la seguridad de que lo había comprendido cuando la criatura asintió realizando un gesto con su mano libre ante sus ojos negros brillantes.

Ningún ewok tuvo valor de atacarla cuando les dio la espalda para subir a la moto. Los lamentos de los nativos aumentaron de nivel conforme se acercaba al vehículo. Eran como el cruce entre el llanto de un bebé y el gemido de un animal. Una vez más, rebelarse contra el imperio había producido dolor a todos. Era necesario que la galaxia comprendiera la lección que su padre la había inculcado desde la cuna.

Encendió el contacto y volvió a la base. Había llegado el momento de tomar el puesto que le correspondía. En la siguiente patrulla subiría ella misma, quería saber qué se estaba cociendo.

—

Tomó el mando del tercer relevo a bordo de un T/I. Apenas entró en el sector asignado comprendió la importancia de lo que allí sucedía. Un sector permanentemente vigilado en una ruta de frecuentes accidentes espaciales por causa de la supergravedad de Endor.

Era el único lugar donde se podía ocultar algo tan enorme: Una segunda Estrella de la Muerte en fase de construcción.

Otro contacto apareció en la pantalla, uno pequeño. Probablemente contrabandistas o traficantes de esclavos. Las órdenes eran claras: atacar y destruir. Sin previo aviso.



Ayllenia se maldijo por haber subido justo en ese momento. Las órdenes, se lamentó para sí, estaban justificadas. Si se conocía la ubicación del proyecto la flota tendría que acudir a defenderla dejando la galaxia a merced de los rebeldes. Los TIE fijaron el objetivo. La nave intrusa intentaba establecer comunicación al verse perseguida tan agresivamente.

—Lo siento —comentó para sí apretando el pulsador de la palanca.

Al principio los láseres verdes crearon pequeñas explosiones. Cuando atacó la número 2, la nave desconocida se convirtió en una nube de polvo incandescente en expansión.

—Amenaza suprimida, señor —informó su compañero por radio.

—Proseguimos con la misión.

Después de aquella experiencia, la dantooinesa ya no quiso volver a tomar parte en las operaciones. Pasaron los meses y no se enviaron reemplazos para cubrir las bajas sufridas en la batalla contra los ewok. Su relación con el teniente Garren también se estancó. Algo importante estaba por suceder y sería decisivo.

La hora del destino

No fue como cuando llegó a la primera estrella de la muerte. Una presencia terrible nublaba toda la estación. Ya la había sentido una vez, el día que bombardeó el palacio de Jabba. Con el conocimiento que ahora tenía de la fuerza ahora creía saber de quién se trataba.

Fue llevada inmediatamente a presencia de Lord Vader. Se escudriñaron de arriba abajo en silencio en cuanto se encontraron frente a frente.

—¿Es ese el uniforme de nuestras tropas en este sistema? —inquirió la sorda voz del lord sith reparando en sus pantalones verdes de camuflaje.

—No creo que me hayan hecho abandonar mis deberes para discutir la idoneidad de mi vestuario.

—No tiente a su suerte Reinhart —la amenazó verbalmente—. No se imagina la alegría que me produciría limpiar mi nave de su estúpida presunción aristócrata.

Veremos si es usted tan valiente en presencia del emperador.

Vader percibió con alegría el escalofrío que recorrió el semblante de la joven capitán.

En cualquier caso, hacía mucho tiempo que su máscara electrónica había ocultado para siempre cualquier expresión de su rostro.

—Sígame, el emperador no es un hombre paciente precisamente.

Caminaron en silencio por los corredores del núcleo de la estación hasta llegar al turboascensor que llevaba al salón del trono. La antecámara estaba repleta de guardias carmesíes. Las puertas se abrieron ante el señor oscuro. El emperador sentado en un trono frente a un ventanal despidió a su escolta.

—Bien Lord Vader. Podéis partir a cumplir vuestra misión. Acercaos querida.

Si la voz de Darth Vader era intimidatoria, la del emperador Palpatine producía auténtico terror. El emperador permanecía encapuchado en su túnica negra. Ayllenia se detuvo a su lado sin atreverse a mirarle directamente al rostro.

—He seguido con mucho interés sus progresos capitán. Especialmente sus nuevas… capacidades.

—Me gustaría poder decir que me sorprende majestad.

—Sí —prácticamente tosió una carcajada—. Tu desarrollo ha sido excepcional para no haber tenido quien te instruyera. Te has ganado mi admiración Ayllenia, por eso he decidido acogerte bajo mi tutela.

—Disculpe mi señor —le tembló la voz al dirigirse a la sombra— pero no deseo progresar en este aspecto de mi vida.

—¿Qué no deseas ser mi aprendiz? —Ayllenia retrocedió aterrada al ver por fin el rostro de Lord Sidious. Sus ojos amarillos rebosaban de odio hundidos en su arrugado y macilento rostro—. Tienes a tu alcance el poder absoluto. Te ofrezco poder cumplir el sueño de tu padre y ¡tú, pequeña estúpida, lo rechazas!

—No deseo ser jedi.

—¡Los jedi no son nada! —gritó enfurecido—. Lo que yo te ofrezco es mucho más de lo que un jedi fue jamás. Aprende el camino oscuro del sith.

—No, mi señor, no —se resistió tapándose el rostro infantilmente con ambas manos para regocijo del señor oscuro.

—Ya has dado los primeros pasos Ayllenia. ¿No recuerdas lo que sentiste cuando te vengaste de los hutt? ¿Y cuando casi estrangulas aquel teniente en la Luna Santuario? Te hubiera gustado hacerlo. ¿Cómo crees que has podido tratar de igual a igual a Lord Vader? Acepta tu destino. Sólo tienes que pedirme que te enseñe el lado oscuro y a través de mis enseñanzas serás libre.

Estaba inmovilizada por el terror. Pudo escuchar los pasos de Palpatine acercándose.

Unas manos ásperas y endurecidas apartaron los brazos con que se cubría el rostro.

—Sólo tienes que dar un paso y el miedo desaparecerá, mi pequeña.

Sin poder apartar la mirada de aquellos ojos envilecidos balbuceó su respuesta:

—Soy un soldado. No quiero aprender nada fuera de mi profesión.

El emperador mudó su rostro en decepción soltando sus muñecas con violencia.

—Entonces, morirás como tal.

Llamó a la guardia de un grito y estos se pusieron a los flancos de la joven.

—La capitán Reinhart permanecerá en sus dependencias hasta que podamos darla un destino de combate. Si tantas ganas tiene de morir, muy pronto cumpliremos sus deseos. Antes de lo que ella se imagina —explicó mostrando su putrefacta sonrisa maligna.

—

No era una celda pero dos guardias de asalto controlaban todos sus movimientos. Estaba satisfecha de sí misma. Aún no conocía las posibles consecuencias pero se había mantenido fiel a sus principios. No le habían quitado las armas ni le habían maltratado, de lo que deducía, por las horas ya transcurridas, que no la iban a ejecutar.

Había pensado mucho pero empezaba a aburrirse de estar tumbada. Se había soltado la guerrera del uniforme y el botón del pantalón para estar más cómoda. Además, debido a las lámparas, empezaba a hacer calor. Con el índice derecho jugueteaba con los bordados de la copa del sostén. La convivencia con Flaian le había devuelto un poco de la

coquetería perdida al ingresar en el ejército. Aquella prenda de encaje negra era una buena muestra de ello. La puerta se abrió de pronto y ella se apresuró a cubrirse.

—Capitán, debe presentarse inmediatamente en el hangar. El emperador en persona ha solicitado que acuda con su caza a proporcionar apoyo a las instalaciones del escudo que están bajo asalto en la Luna Santuario.

—Está bien —aceptó abrochándose de nuevo la ropa—. ¿Oposición aérea?

—Sólo son un puñado de rebeldes y primitivos. No creo que tenga problemas.

Al llegar a la plataforma principal se cruzó con Lord Vader que descendía de una lanzadera con un prisionero poco habitual: Skywalker. No pudo evitar que la curiosidad la detuviera para observarles mejor.

—Volvemos a encontrarnos miladi.

—Parece que esta vez los papeles se han invertido —aceptó serena.

—Estoy seguro de que tiene sus órdenes capitán —les interrumpió Darth Vader.

—Aparentemente no soy el único que necesita ser vigilado —añadió Luke reparando en los guardias que la acompañaban.

—Ya hemos perdido suficiente tiempo.

—Volveremos a vernos Ayllenia.

Estaba segura de ello. Volvería a encontrarlo y sentía que sus días de enemigos habían terminado. Cuando salió al espacio nada indicaba que hubiera una batalla en marcha.

—Control de escudo, TIE Sigma 1 entrando en vuestra zona con órdenes de proporcionar a poyo.

—Aquí control de escudo. El búnker está seguro pero nuestras fuerzas están siendo objeto de una ofensiva general. Confirmada la presencia de comandos rebeldes.

—Recibido. Me dirijo a defender la base aérea que es nuestra instalación más débil.

La piloto cambió un par de clavijas del sistema de comunicaciones mientras realizaba la corrección de rumbo.

—Garren. Ponme al día del estado de las instalaciones.

—Capitán, la cosa está muy fea. Hemos perdido algunas unidades en la plataforma.

Estamos en vuelo pero no somos de mucha utilidad con estos árboles.

Necesitamos refuerzos o perderemos la base.

—Voy a bajar a tierra. Manteneos en vuelo mientras podáis. Si no sabéis nada de mí cuando estéis en «bingo» subid a la estación en órbita.

—Aylli no seas loca. Es una plaga de bichos lo que hay ahí abajo.

—Es mi destino Flaian.

El piloto la llamó insistentemente por la radio pero no contestaba. Pronunciando una maldición se lanzó a barrer con sus blásters verdes la plataforma donde descendía el Interceptor. Los demás supervivientes imitaron la maniobra por la cual, la comandante pudo tomar tierra sana y salva. Pudo ver claramente como se encendía su sable de luz apenas tocaba tierra y corría hacia los ascensores que la trasladarían al nivel del suelo para entrar en las fortificaciones.

Las puertas del búnker habían sido voladas y no se veía ningún soldado imperial en el exterior. Se oían disparos lejanos en el bosque y en el interior de las instalaciones.

Según salió del elevador comenzaron a lanzarse contra ella ewoks con lanzas y una lluvia de piedras. Sintiendo sin pensar: Así se lo había explicado su padre desde que comenzó a entrenarla desde el otro mundo. Al llegar a la puerta volvió el rostro hacia atrás unos segundos. Su camino estaba cuajado de ewoks muertos o agonizando. Ni un solo proyectil la había rozado tampoco.

El fluido eléctrico había sido cortado. La luz del sable iluminaba tenuemente los pasillos a su paso. Hubo de pasar sobre varios cadáveres. Algunos rebeldes pero en su mayor parte imperiales, sobre todo pilotos de su unidad que no eran rivales para los comandos entrenados. Siguiendo el sonido de los disparos llegó hasta las proximidades del comedor. Sin duda los supervivientes estaban atrincherados en los accesos a los dormitorios. Los rebeldes, por tanto, se encontraban al doblar la esquina. Sintió que debía darles una oportunidad y les gritó que arrojaran las armas y se rindieran. Como era de esperar no obtuvo respuesta.

El comedor se había convertido en un campo de batalla con los rebeldes ocupando puestos de control a cubierto sobre el corredor de las habitaciones. Con el sable en la mano era un blanco perfecto. Un rayo salió inmediatamente de la oscuridad directo a su cuerpo. Para sorpresa de todos lo desvió con la única ayuda de la palma de su mano.

—Es vuestra última oportunidad. Rendíos.

Las armas rebeldes convergieron sobre ella. En unos segundos de caos había terminado todo. Ayllenia apagó la espada y se llevó la mano al brazo izquierdo. No pudo verlo pero era evidente por el dolor que sentía que era una quemadura láser. Al final resulta que no era invencible. Tanteó buscando una silla en la oscuridad sintiéndose un poco mareada por el dolor. Tan sólo se escuchaban unos débiles gemidos de fondo.

—Restableced la corriente y cerrad las puertas —se dirigió a sus compañeros segura de que la escuchaban—. Todo ha terminado.

No se movió de la silla en los cinco minutos que tardaron en restablecer la seguridad en el búnker. Al volver la luz pudo ver la magnitud del desaguisado. Tenía la parte superior del antebrazo ennegrecida y la ropa quemada. Le dolía como no recordaba en su vida.

El teniente Ore se acercó con la pistola en la mano a uno de los rebeldes que aún quedaban vivos retorciéndose de dolor por las heridas recibidas.

—No lo haga Krauban —le ordenó Ayllenia cansada—. Ya no tiene sentido.

—¿A qué se refiere señora? No lo entiendo.

—¿Están los heridos atendidos?

—El doctor está en ello. Por cierto, debería verle ese brazo.

—Sí, más tarde —aceptó bajando el rostro—. Cuando acabe con los nuestros que continúe con ellos.

—¿Con los rebeldes?

Ayllenia se levantó tambaleándose y un soldado se apresuró a sostenerla cogiéndola bajo los brazos.

—Gracias soldado. Ayúdeme a llegar a comunicaciones. Ore, pídale al «Doc» un parche de bacta y un calmante —sonrió circunstancialmente—. No me encuentro muy bien.

—Enseguida señora.

—Krauban…

—A la orden capitán.

—… lo ha hecho muy bien.

—Gracias señora. Es un honor viniendo de usted —respondió el teniente lleno de orgullo por el cumplido.

Si no se sintiera tan mal hubiera gritado aún más alto cuando el bacta hizo contacto con la quemadura. El teniente le aplicó sin pérdida de tiempo el neutralizador de dolor con la pistola inyectora en un lateral de la base del cuello. Inmediatamente apareció un pequeño moratón en el punto de aplicación. La medicina de efecto ultrarrápido mitigó la intensidad del dolor que conmocionaba a la oficial.

—Muchas gracias teniente. Póngame con el mando planetario. Tenemos que saber el estado de la batalla.

El suboficial de transmisiones lo intentó varias veces pero no logró establecer contacto.

—No sé qué sucede señora. No contesta nadie.

—No es posible. El control del escudo está allí. Insista.

—Es inútil señora. Tampoco responde el transpondedor automático. Es como si…

—… como si lo hubiesen volado —se le hizo la luz de lo que sucedía. Apartando al cabo se abalanzó sobre el micrófono.

—Flaian, ¿me oyes?

—Le oigo capitán, qué sucede.

—Sube a la órbita rápido. Van a atacar la estrella de la muerte.

—¿Atacar? ¿Quién? Las patrullas nos habrían avisado.

—Habíamos perdido el centro de comunicaciones. Nuestras patrullas estarán muertas para estas alturas.

—Está bien Aylli, —respondió descuidando el protocolo—. Voy para allá. Cierro.

—Tengo que llegar a mi nave.

—Señora, no está en condiciones de luchar con ese brazo.

—Aún me queda otro. Teniente, si todo va mal —apoyó su mano sana en su hombro— necesitaremos que conserve esta plataforma. ¿Puedo confiar en usted?

—Ahora que ya no hay más comandos tengo efectivos suficientes para conservar el perímetro frente a esos primitivos.

—Hágalo. Estamos en sus manos.

El brazo herido le colgaba casi inútil cuando subió a su interceptor. Nadie se atrevió a repetirle que se quedara en tierra. Cuando llegó al sector restringido la batalla estaba en

su punto álgido. La estrella de la muerte, aparentemente inconclusa se defendía a plena potencia. Los restos de grandes naves flotaban ingrávidos en la inmensidad del espacio.

Descolgada de su unidad y con pocas posibilidades de encontrarlos en aquel monumental jaleo decidió dejarse llevar por sus sentimientos y se lanzó tras tres naves de extraño diseño a las que nunca se había enfrentado que se dirigían como ella a la batalla.

Al fijar una de ellas como objetivo se descargó la información a su computadora de vuelo: Slayn & Korpil B-Wing.

—Cuidado con esas «T»s —zumbaron sus auriculares—. Son más duras de lo que parecen.

Pronto pudo comprobarlo. Ante la sorpresa de Ayllenia, los escudos del primer blanco resistieron los disparos concentrados de la primera salva. La escuadrilla intentó cambiar de rumbo pero la rigidez de su formación no les permitió reaccionar suficientemente rápido. La nave enemiga estalló y sus fragmentos alcanzaron a las otras dos. El interceptor de la dantooinesa prácticamente podía dar vueltas alrededor de los infortunados rebeldes y pronto despachó a los tres.

El brazo le dolía horrores y de no ser por sus capacidades jedi no hubiera tenido fuerza suficiente en el brazo para pilotar a esa velocidad.

—Perseguid a ese transporte corelliano —pidió ayuda una voz conocida: Esserea, su fugaz compañera en la primera Estrella.

Muy cerca de la estación identificó rápidamente el blanco escoltado por naves rebeldes.

No debía ser una nave normal pues iba demasiado rápido para ser una nave de serie.

Iban directos a infiltrarse por las esclusas de las conducciones de la estación. Se unió a la persecución a la par de su compañera de armas y otros dos TIE. Entonces tuvo un mal presentimiento. Una tristeza tan intensa que se sintió impelida a soltar los mandos temporalmente.

—¿Sucede algo, Ayllenia? —al reconocer el transpondedor de su nave—. Te estás quedando atrás.

—No entréis ahí. Va a suceder algo terrible.

—No voy a permitir que se carguen de nuevo mi base. No volverán a tenerme huyendo durante meses en un planeta salvaje.

Flaian la sacó de su trance navegando frente a su cabina.

—¡Arranca inmediatamente los motores Aylli! ¡No puedes quedarte ahí!

—Está bien. Cubramos que no entre nadie más.

—A la orden capitán. Destacamento de Endor reagruparos en nuestra posición.

Demos una lección a esos X-Wing.

Los supervivientes del 482 y el 596 se desplegaron en escalón formando una gran «V».

Como una inmensa bandada de cuervos barrieron el espacio hacia la flota rebelde. Las bajas por ambos bandos eran espantosas.

—Capitán, una lanzadera abandona la estación. Es muy extraño.

Entonces Ayllenia sintió como si le arrancasen el alma. Gritó lo más alto que pudo rompiendo a llorar. Hubo una gran explosión y luego, el silencio. La segunda Estrella de la muerte había dejado de existir.

Epílogo

Condujo a los supervivientes de vuelta a Endor. Los destructores habían huido tan rápido que no les habría dado tiempo de embarcar. En su mente solo había sitio para aquella lanzadera que vio escapar poco antes de la explosión. Sin hablar con nadie entró en el búnker a cambiarse de ropa. A pesar del calmante, el dolor del brazo que le colgaba medio inútil le resultaba bastante molesto al desprenderse del traje sustentador de vida espacial. El teniente Garren entró sin pedir permiso sorprendiéndola a media tarea.

—¡Flaian por dios! —se lamentó la oficial contrariada—. Entra o sal pero cierra la puerta.

—Te conozco bien —se acercó pulsando el botón de cierre— cuando callas es que vas a hacer algo.

—No tiene nada que ver contigo —respondió con una mueca de dolor—. Si quieres hacer algo por mí, ayúdame a quitarme este maldito mono.

Ayllenia se sintió inquieta al quedarse en ropa interior frente a su pareja. Dada la gravedad de los hechos recientes decidió fingir que no le importaba. El teniente se agachó para ayudarla a enfundarse los pantalones de camuflaje. Se apoyó con su brazo sano en su espalda.

—¿No te parece que tengo derecho a preocuparme por ti?

—Lo que me queda por hacer no lo hago solo por mí.

—¿Y qué hay de nosotros? ¿De qué nos servirá si te matan?

—La camisa por favor —le pidió con la mirada baja.

—¡Mírate ese brazo! No puedes ni moverlo y pretendes salir ahí fuera.

Con gran dolor intentó meter el brazo herido por la manga.

—No seas boba —le arrebató la camisa arrancando la manga—. Mete el brazo ahora.

De espaldas a ella preparó dos tiras con la parte arrancada para hacerle un cabestrillo.

Ella no dejó de mirarle a los ojos mientras le sujetaba el brazo en posición de reposo. En silencio le ayudó a vestirse la guerrera.

—Volveré pronto —le explicó intentando robarle un beso.

—Ya te besaré si vuelves —replicó el teniente retirando el rostro.

Con el corazón más herido de lo que se podía imaginar Ayllenia abandonó el búnker y se adentró en el bosque en una 74Z.

Una lanzadera imperial había salido de la Estrella de la Muerte poco antes del fin. Esa nave estaba también en la Luna Santuario. Su propio destino tenía que ver con aquella nave. Se deslizó como un rayo entre los árboles, a gran velocidad, hasta encontrarla guiándose por la fuerza. Frenó en la misma rampa sin tomar ninguna precaución. La noche estaba a punto de caer. A escasa distancia había una gran pira de leña y, sobre ella

tendida, una figura oscura, temida y conocida en toda la galaxia. El responsable de su muerte velaba respetuosamente al caído.

Apeándose con serenidad caminó hasta ponerse junto al joven Skywalker.

—¿Qué buscas aquí Ayllenia?

—Una tregua. Vuelvo a casa. Quiero que la Alianza Rebelde se mantenga lejos de Dantooine. Cesad esta guerra sin sentido.

—¿Por qué os obstináis en continuar la lucha?

—¿Cuántos más tendrán que morir hasta que comprendáis que no queremos que nos salvéis de lo que somos? —respondió con cierto enojo.

—No habrá paz hasta que la opresión imperial cese en la galaxia.

—Si venís tras de mí os haré pagar por cada asesinato desde que comenzó esta absurda guerra. ¡Y estoy harta de tanta muerte estéril!

—Me pides una promesa que no me corresponde.

—Entonces informa a quienes tomen ese tipo de decisiones.

Respetuosamente, la imperial tomó el sable láser de su cintura y lo depositó respetuosamente junto al cadáver.

—Nunca me perteneció —entonces percibió una perturbación en la fuerza—. ¡Vuestro vínculo… es tan fuerte!

—Era mi padre —le respondió con pesar.

Ayllenia se dirigió despacio hacia su motojet dispuesta a irse sin poder evitar pensar en su propia historia reciente.

—Miladi, —la llamó para detenerla unos instantes—. ¿Qué vais a hacer ahora que habéis aceptado que sois una jedi?

—Nunca quise serlo. Espero casarme, ser madre y mantener el modo de vida que me legó mi padre.

—Os deseo que seáis muy feliz con la hija que esperáis.

La oficial sonrió un poco avergonzada al darse cuenta que había percibido su secreto a través de sus sentimientos.

—Gracias —añadió con dulzura—. Yo también lo deseo.

Dedicó una última mirada al señor oscuro según su hijo prendía fuego a la leña con un bláster. Entonces cayó en la cuenta de que no tenía cómo volver a casa. Regresó con humildad.

—¿Puedo pedirte un favor?

—¿Qué deseas Ayllenia?

—Esta nave. Permitid que nos vayamos en paz.

—Cógela. Lo dispondré para que podáis partir por la mañana. Ahora por favor, desearía estar solo.

Montó en la nave y salió a toda velocidad. Estaba deseando contarle a Flaian lo que por fin, había dejado de ser un secreto: que tendría una niña y que él sería el padre.

Episodio II: Fortaleza



La segunda estrella de la muerte ha sido destruida y Lord Vader y el emperador han desaparecido con ella.
Preocupada por su mundo natal, Ayllenia regresa al palacio de las lluvias donde nace la hija que concibió con Flaian Garren en la base de Endor.
Aprovechando el vacío de poder se autoproclama gobernadora como lo fue anteriormente su padre. La guerra continúa y la tregua pactada con Skywalker agoniza frente a los planes expansionistas de la Nueva República y la ambición de los aspirantes al trono imperial.

Dantooine

Sólo alguien muy poderoso habría podido acercarse tanto antes de percibirla en la fuerza. A pesar de todo, si pretendía sorprenderla había fracasado.

La puerta de la balconada se abrió sola y el frío viento exterior comenzó a ondear el camisón blanco de Ayllenia. Una figura oscura se dibujó al contraluz de los relámpagos de la tormenta exterior.

—Tiene una bonita casa miladi pero el clima de este planeta es un asco.

—¿Quién eres y qué quieres? —preguntó desafiante.

El extraño, que por la voz era evidentemente una mujer, entró despreocupada sentándose en uno de los divanes de la amplia habitación. El fuerte aparato eléctrico le

permitió ver por fin el rostro de la intrusa: Una mujer completamente empapada, vestida de negro de arriba abajo, enfundada en un mono ajustado de brillante cuero, una capa negra al estilo sith y un sable láser al cinto. Sin embargo lo que más destacaba era su melena pelirroja y sus brillantes ojos verdes.

—Parece mentira que la niña pueda dormir con el escándalo que tenéis siempre ahí fuera.

—Nos gusta la lluvia —respondió con sequedad plantándose frente a ella con los brazos cruzados.

—Me llamo Mara y tenía curiosidad por conocerte.

Un sable de luz de estilizada y alargada empuñadura voló hasta ser empuñado por la joven madre. La hoja se extendió al instante iluminando la estancia con una temblorosa luz amarilla.

—Fuera de mi casa.

Mara se puso en pie caminando hacia la ventana divertida.

—¿De qué lado estás? —comentó—. Llevas un sable de centinela jedi y apenas eres capaz de contener el torrente de furia de tu interior. ¡Eres patética Ayllenia!

—Dejadnos en paz. Este planeta es leal al imperio pero no queremos tener nada que ver con los sith. ¡Apestas a lado oscuro!

—Si hubieras aceptado la oferta del emperador, si hubieras seguido a los rebeldes al interior de la Estrella de la muerte como era tu deber… pero querías vivir. Te creías muy importante porque esperabas un hijo. Y preferiste que muriera mi maestro. Eres tan débil que me das asco.

Mara se puso en guardia tras su sable morado dispuesta a atacar. Ayllenia permanecía serena con el sable extendido hacia atrás como prolongación de su brazo. Había logrado transformar la ira en paz. La mera idea de defender a su bebé había sido la catalizadora de su calma. La sith esperaba un ataque, había sentido su furia creciendo. ¿Cómo se había desvanecido tan rápido? ¿Por qué no la atacaba? Las cosas habían cambiado mucho desde la muerte de su maestro y era la primera vez que sentía miedo.

La dantooinesa sintió su vacilación y apagó su arma, sin saber muy bien porqué su oponente también lo hizo.

—Eres la hija del emperador —concluyó Ayllenia—. Tus sentimientos hacia él son muy fuertes aún.

—Y los cobardes traidores como tú me habéis destrozado la vida.

—No te equivoques. Yo no soy tu enemigo. Si buscas un culpable, hazlo en la Alianza Rebelde. Si yo muero, el remanente imperial perderá también este planeta. Te lo garantizo.

—Volveremos a vernos miladi —salió a la terraza encapuchada—. Y entonces de nada le servirán su dialéctica ni su entrenamiento jedi…

La joven madre caminó por el frío enlosado para cerrar las puertas. A continuación tomó a la pequeña, que se revolvió un poco, y se sentó con ella en brazos en la enorme cama vacía. Echaba de menos a Flaian. Solo compartió con él aquel lecho dos noches

cuando nació Eysena. Al contrario que ella, no había abandonado la flota. La guerra civil estaba más virulenta que nunca. Estrechó al bebé contra su pecho asumiendo con tristeza lo que la fuerza le había revelado ya hacía tiempo:

—Estaba equivocada al pensar que podía volver a casa —le comentó al bebé con tristeza—. Vamos a tener que escondernos una temporada. Pero, ¿dónde?

—

El palacio de las Lluvias hacía años que ya no era el mismo, desde que sus dos más preciadas joyas lo abandonaron con sólo una nota de despedida. Lady Kallya la leía a menudo «Querida madre», decía el amarillento mensaje, «La guerra nos ha alcanzado mucho antes de lo que pensaba. Confío el gobierno de Dantooine a tus sabias manos una vez más. Os ruego que no me busquéis. Me voy con lágrimas en los ojos pero la vida de mi hija es lo primero. Por favor, pídele a Flaian que me perdone».

Garren había ahogado sus penas en el campo de batalla y, según los rumores, en el fondo de una botella de brandy corelliano. Su odio a la Nueva República era más que conocido. Todo lo que había sucedido era por si culpa.

Como cada vez que terminaba un servicio pasó por el planeta a preguntar a su suegra si había alguna noticia. Tras cinco años, su fe en encontrarlas estaba a punto de desaparecer.

Lady Kallya le recibió en la galería acristalada. Convenientemente amortiguada, no se escuchaba nada del espantoso aguacero que golpeaba el corredor que discurría por los frondosos jardines. La anciana se cogió del brazo de su hijo político, visiblemente afectada por la edad y los acontecimientos de los últimos años.

—Me alegra volver a verte Flaian, hacía muchos meses que no me visitabas.

—Hemos estado ocupados en una operación de mantenimiento de fronteras.

Supongo que no ha habido ninguna novedad miladi.

—Supones bien —suspiró la senadora—. Mi hija, como buena jedi, sabe cómo desaparecer. Han pasado ya cinco años y ningún rastreador ha sabido encontrarla.

—He pedido la baja temporal en la flota. Voy a tomar el mando de la búsqueda personalmente.

—No sé hijo. Siempre he dudado sobre este asunto. Parecía tan asustada en su última nota…

—Son mi mujer y mi hija, y pienso encontrarlas… aunque sea lo último que haga.

—Se prudente hijo mío. No sabemos nada del peligro que las amenazaba.

—Quien quiera que sea, le mataré —respondió apoyando su mano sobre la de la anciana para infundirle confianza.

La gobernadora asintió cediendo al deseo de volver a ver a su hija perdida.

—¿Dónde vas a empezar a buscarla? Hay tantos mundos que rastrear.

—Creo conocer a Ayllenia lo suficiente para afirmar que será un planeta con abundancia de agua y donde menos se sospeche que pueda estar. ¡Maldita sea! —se paró en seco—. Por eso no la hemos encontrado: está en la Nueva República.

—No lo creo. Aylli odia profundamente a los rebeldes.

—Haría cualquier cosa por su hija. Estoy convencido que está en alguno de sus mundos.

—¿Eres consciente de lo que te pasará si te cogen esos rebeldes?

—Han pasado cinco años. No puedo quedarme cruzado de brazos por más tiempo.

—Me han comentado que bebes en exceso.

El capitán imperial aceptó el comentario con pesar pero sin negarlo.

—Era muy duro no poder hacer nada. Creía que podía acelerar el tiempo así. Ahora tengo una razón para dejarlo. ¡Cómo amaba Aylli esta lluvia! —cortó la conversación inconscientemente.

—

Chandrila

Una risa infantil rompió la melodía de los animales nocturnos en aquel remoto bosque.

Una niña de unos 5 años, con los ojos vendados, se descubrió un ojo para dirigirse a su madre que la observaba con una sonrisa radiante.



—Casi me da —rió la niña refiriéndose a la bola de entrenamiento que flotaba frente a ella. En su mano un pequeño sable de luz verde zumbaba como un cable en una tormenta.

—Laina, no seas tramposa y prueba otra vez.

—Sí, mamá.

Ayllenia observaba complacida como su hija, sin ver absolutamente nada, detenía por instinto cada descarga del entrenador. Su pequeña no conocía su nombre, ni siquiera el suyo propio. Vivían de lo que podía cazar en una cabaña en el bosque. Alejados de las grandes ciudades y tratando sólo lo necesario con los demás habitantes del planeta. Para ellos, se llamaba Sora y era una refugiada de guerra. No tenía familia, ni amigos. La destrucción de Alderaan le proporcionaba una cortina de humo muy adecuada.

Había tenido que refugiarse en la boca del lobo, el planeta que más odiaba de todos:

Chandrila, la cuna de la rebelión. La mismísima canciller Mothma era de aquí.

Había abandonado sus condecorados uniformes y galones. Ahora lucía sencillos vestidos. A sus casi treinta años, su cabello volvía ser largo y liso, aunque ocasionalmente lo recogía en unas trenzas que enrollaba en un elaborado moño.

—Mamá, tengo hambre. ¿Podemos parar?

—Claro cariño.

—¿Iremos luego a las ruinas a buscar tesoros?

—Ni lo sueñes señorita. Es muy tarde para que los niños anden por ahí de paseo.

—Por favor mamá… y me lees una de las historias tan bonitas de las paredes.

—A cenar, vamos.

La niña entró corriendo en la casa seguida por su madre. Las ruinas a las que se refería eran una antigua necrópolis jedi, de los albores de la vieja república, que se extendía a varios kilómetros de distancia. Del tamaño de una ciudad, estaba compuesta por un recinto amurallado con varios cinturones en diferentes estados de conservación. Los edificios, de piedra labrada, eran mausoleos erigidos en memoria de antiguos caballeros.

Ayllenia había pasado muchas horas recorriéndola, con su bebé a la espalda primero, con su hija de la mano después. Allí encontró las piezas que necesitaba para el arma de su hija, el entrenador y otros tesoros que guardaba celosamente, como la diadema la primera mujer que ingresó en la orden jedi muchos siglos atrás o un anillo del siempre enigmático Lord Revan, que tras caer su máscara sith se descubrió también que era una mujer.

Ir a Gan-Illá, así era el nombre de la ciudad memorial, era una aventura en si misma. A Eysena le encantaba ir entre las piernas de su madre a gran velocidad cogida al estribo de la RC 74Z, la misma que usaba en Endor durante la guerra. A menudo se burlaban de algún gran predador que intentaba alcanzarlas o cazaban la cena con el bláster montado en la parte inferior del chasis. Madre e hija estaban intensamente unidas.

—

Coruscant

La había seguido desde que salió del trabajo en el cuartel general. No fue problema reconocerla a pesar de los años. El hecho de ir acompañada por Wedge Antilles, archiconocido objetivo de la flota imperial, fue de gran ayuda también. La había llevado en un speeder abierto hasta un edificio que supuso su hogar, donde se separaron con un beso en la mejilla.

Se le revolvió el estómago ante la escena. Moor había sido un ejemplo de conducta y superación para todos los pilotos de TIE. No se veía capaz de ignorar su traición pero debía hacerlo.

Tenía que esperar unos minutos. Instintivamente echó mano de la petaca de licor del bolsillo de su chaqueta. Dudó mirándola unos instantes pero al final cedió y pegó un trago. Ignorando la precaución, se dirigió a la puerta por la que había desaparecido la antigua oficial imperial.

Llamó al interfono y respondió la serena voz de Kasan.

—Deseo ver a la señora Moor. Es un asunto importante.

—¿Quién es?

—No recordará mi nombre. Nos conocimos en Tatooine.

La compuerta se deslizó unos centímetros, lo justo para poder ver los ojos de la piloto fisgando a su visitante.

—Me suena su cara pero no le reconozco. ¿Qué quiere?

—Hablar de mi esposa: lady Ayllenia de Dantooine.

Kasan abrió la puerta por completo. En su mano refulgía un bláster cromado.

—Pasa dentro pero no hagas tonterías.

Apenas se cerró la puerta le apuntó con el arma al pecho.

—Habla y sé rápido.

—Mi mujer lleva desaparecida 5 años y la estoy buscando.

—¿Qué te hace pensar que yo sé algo de ella?

—Antes de… su deserción, me consta que ella le apreciaba.

—No sé nada de ella desde que la mandaron a Endor… Es curioso, hace apenas dos días que tuve esta misma conversación en el Radiant.

—¿Qué es el Radiant?

—Un bar en el sector consular, bastante elegante ahora que lo pienso.

—¿Puedo preguntar con quién mantuvo la conversación?

—No permitiré asesinatos en Coruscant.

—Sólo quiero saber por qué la buscan y quién.

—Quiero tu palabra de imperial que no lo matarás.

—No lo mataré, aquí.

—Era un comerciante rodiano, parecía un noble… Sí, claro.

—¿Qué sucede?

—Eres aquel cadete novato de Bestine…

—Buena memoria. ¿Sabe dónde puedo encontrarle?

—Últimamente lo veo mucho por allí. Te lo advierto imperial, si levantas una mano contra él, irás a prisión.

Flaian se volvió, dándole la espalda dispuesto a irse.

—¿Qué fue de aquel capitán de destructor con quien se iba a casar?

—Ayllenia te lo contó —sonrió circunstancialmente—. Murió. Menos de un año después de casarnos.

Sin decir nada abandonó el edificio dejando a Kasan con una tormenta de sentimientos confusos. Le apetecía una copa más que nunca y, por una vez, no sería un obstáculo para cumplir su misión.



—

Los establecimientos del sector consular no tenían mucho que ver con las oscuras cantinas de pie de calle, nada que ver con las subterráneas. La estancia, amplia y luminosa ofrecía cómodos asientos y elaboradas mesas de cristal a la nueva aristocracia de Coruscant. Haciendo de tripas corazón, se internó entre los numerosos uniformes rebeldes tomando asiento en una esquina solitaria.

Inmediatamente, una twi'lek de delicados rasgos y aún más exquisitos vestidos se acercó para tomar asiento a su lado. En aquel lujo, el servicio a la mesa era, llamémoslo especial.

—Normalmente nuestros clientes eligen siempre las mesas centrales para que todo el mundo les pueda reconocer. Tú sin embargo, has venido derecho a la más alejada para ver sin ser visto.

—¿Hasta dónde llegan tus funciones? —preguntó mostrándole en la mano unos miles de créditos.

La twi'lek mostró una sonrisa maravillosa alargando la mano sobre la de Flaian.

—Estoy a tu completo servicio… el resto del día.

—De acuerdo. Entonces tráeme una copa. No importa lo que sea.

La alienígena se encaminó a la barra moviéndose lo más seductoramente que sabía.

Garren apenas la miró unos segundos. El tiempo que tardó su voluntad en imponerse sobre el instinto animal. Fue buena idea traerse aquellos créditos capturados a aquellos contrabandistas el mes pasado. Sin duda le iban a abrir muchas puertas.

La asistente exhibió generosamente el escote de su vestido al servirle la bebida. Era plenamente consciente de lo que hacía como quedó claro al cruzar una mirada con Flaian. El color de su piel había sido artificialmente alterado para asemejarse a la de una hembra humana ligeramente bronceada. Un hermoso tocado la coronaba trenzado con las cintas que adornaban sus lekkus.

—Estás casado —comentó dando un trago a su propia bebida—. Apenas me miras.

—Eres una chica muy lista.

—Me has pagado mucho para no llevarme a la cama. ¿Qué es lo que buscas?

—¿Cómo te llamas?

—Valerai.

—Quiero que te estés aquí conmigo pasándotelo bien y que me respondas cuando te pregunte.

—¿Las preguntas van aparte de lo que me has pagado?

—Si las respuestas me agradan.

La twi'lek se acercó en disposición cariñosa y recostó su cabeza en su hombro.

—No me molestaría que me tocases —le susurró al oído. Flaian la tomó bajo su brazo y continuó bebiendo.

Pasaron varias horas y Valerai empezó a acusar síntomas de embriaguez. Por el contrario el imperial se mantenía bastante sereno. Flaian creyó llegado el momento de iniciar su investigación.

—Valerai, quisiera hacerte unas preguntas.

—¿Seguro que son preguntas lo que quieres? —le sonrió poniendo la mano de su cliente en su cadera.

—Estoy buscando un comerciante rodiano.

—¡Qué mal gusto! —le interrumpió acariciándole el pecho de su camisa.

—Uno que ha estado haciendo últimamente muchas preguntas.

—¿De qué tipo?

—De las molestas.

—Buscas a Zebrok. Es ese de la barra.

—¿Qué puedes contarme de él?

—Tiene dinero —sonrió muy sexy—. Y sus fuentes de ingresos son… discutibles.

—Puedes irte cuando quieras —se levantó para acercarse al comerciante.

—Me has pagado lo que gano en varios días y yo sé respetar los tratos. Te puedo venir bien más tarde —comentó con gran sensualidad.

El rodiano estaba vigilado de cerca por un guardaespaldas noghri que se interpuso enseguida al ver aproximarse al desconocido. Valerai se abrazó a su espalda como si de una joya de su ropa se tratara. Con apenas un gesto de su amo, el noghri se hizo a un lado sin perder detalle de los recién llegados.

—No te conozco —comentó el rodiano en su idioma natal.

—Sin embargo ha llegado a mis oídos que buscáis a una persona.

—Todos buscamos a alguien —le respondió en común— señor…

—Frendar.

—¿Por qué no le dice a la chica que vaya a arreglarse mientras hablamos de negocios?

—Me temo que me ha cogido cariño —denegó su sugerencia ante la satisfacción de su consorte.

—Respecto a esa persona que busco, ¿cómo sé que su información es buena?

—Porque yo la conocí durante la guerra.

—¡Qué interesante! ¿Puedo preguntar dónde?

—En Endor. Era mi jefe de escuadrón de TIEs.

Pudo sentir el escalofrío que recorrió a la twi'lek ante el devenir de la conversación pero sus caricias mientras hablaba no cesaron.

—En realidad a mí no me interesa esa persona. Estoy haciendo un favor a un amigo. No sé si me entiende.

—Creo que sí.

—Digamos que mi amigo no frecuenta ambientes tan elegantes. ¿A lo mejor estaría usted dispuesto a reunirse con él en un lugar algo más austero?

—Siempre y cuando sea un local público —sonrió Garren.

—Vamos señor Frendar, ¿por quién nos toma? Soy una persona respetable. Si tiene la bondad de acompañarme, estoy seguro que mi amigo se alegrará de verle.

—¿No le parece un poco precipitado?

—En absoluto. Por favor, no se muestre tan desconfiado. A Rhyrrshk —comentó señalando al noghri— le ponen muy nervioso las personas que no confían en los demás.

—Vete a tu casa Valerai —aceptó dándole unos créditos de propina.

—Le ruego me disculpe pero, la señorita debe acompañarnos también. Es un tema muy delicado y usted insistió en que se quedara.

Con un gesto de asentimiento le echó su levita por los hombros a la twi'lek y le dedicó una medio sonrisa tranquilizadora para mitigar su miedo, evidente en su mirada.

Les habían vendado los ojos por lo que no tenían ni idea de donde se encontraban. En realidad Flaian tenía una ligera idea porque olía a humedad. Debían estar en algún local

de la ciudad subterránea. Al descubrirles los ojos se encontraron rodeados de rodianos armados. Se encontraban en un despacho bastante amplio. Frente a ellos un alienígena dorado de la misma raza que los guardianes cruzó las manos sobre la mesa dando su beneplácito para que el comerciante y el noghri abandonaran la estancia.

—De modo señor Frendar que usted está al tanto de nuestra pequeña operación. El cómo lo ha logrado no me interesa demasiado.

—Parece que tampoco mucho la información que pueda ofrecerle.

—Al contrario —le rebatió el jefe rodiano— me interesa sobremanera pero esta es una operación complicada y no me gusta dejar cabos sueltos. Le voy a dar a elegir, o me lo cuenta todo, y luego le matamos, o nos «demuestra» que es digno de acompañarnos en la tarea.

—¿Por qué me da la impresión de que ninguna de las opciones es totalmente satisfactoria?

—Lo es para nosotros señor Frendar. Verá. A los rodianos desde pequeños nos apasiona la caza. Mis hombres están un poco aburridos por la falta de acción.

Sobreviva y le permitiré acompañarnos.

El oficial miró a su alrededor haciendo un conteo aproximado de los presentes.

—Veinte contra dos no me parece un trato justo.

—La chica no sobreviviría. Es mejor para ella que acabe aquí.

La twi'lek se abrazó con fuerza al humano asustada por la sentencia de muerte a que tan tranquilamente la había condenado el jefe de clan.

—Ella viene conmigo.

—Como desee. Mis hombres disfrutarán el doble pero durante menos tiempo. Sin embargo —cerró los ojos meditando un segundo—. Ya que ha decidido darnos una ventaja, no sería justo por nuestra parte si no correspondiésemos de algún modo.

Tomando una DL18 de un cajón se acercó a sus «huéspedes» para entregársela.

—Si consigue llegar vivo a la superficie, vuelva a verme y estaré encantado de escucharle.

—La verdad es que se me han quitado las ganas de trabar amistad.

—No lo vea como algo personal. En mi negocio, tengo que ser precavido. Tiene 5 minutos hasta que salgamos. Buena suerte. —Añadió con jovialidad.

Tomando a Valerai de la mano salieron del local a una oscura y estrecha calle subterránea de luces temblorosas.

—Lo mejor sería que nos escondiésemos —suplicó la dama de compañía.

—Nos atraparían enseguida. Esos rodianos son expertos cazadores. Estoy seguro que mientras estábamos en la oficina nos han escaneado de arriba abajo en sus aparatos de búsqueda. Podrían oler tu ropa interior a quince manzanas de distancia. Debemos movernos lo más rápido posible…

La improvisada pareja comenzó a correr por las galerías. Sus ropas contrastaban ampliamente con las de los moradores del inframundo que los miraban pasar sin

demasiado interés. Ni siquiera un gesto de sorpresa o alarma al ver la pistola en la mano de Garren. Era algo demasiado habitual en aquellos lares.

—Cinco minutos es mucha ventaja. ¿Crees siquiera que podrán alcanzarnos? —jadeó la twi’lek.

—Ellos no van a pie preciosa —sonrió circunstancialmente sin aminorar—. ¿Cómo te encuentras?

—Me cuesta seguirte pero estoy bien. La profesión de bailarina exige mucho entrenamiento.

—No sabes lo que me alegro. Vamos por aquí. Atravesaremos por algún edificio.

El callejón no tenía salida pero había varias puertas a los ruinosos edificios que lo conformaban. Mientras el humano tanteaba una de las puertas, Valerai se dobló sobre sus rodillas para descansar. En ese preciso instante, una descarga de energía hizo saltar fragmentos del muro sobre su cabeza.

Según gritaba la twi’lek asustada, Flaian se volvió descubriendo una cabeza que apuntaba una carabina parapetado tras una swoop.

Disparó lo más rápido que pudo con la fortuna de alcanzar al vehículo en el reactor. La moto y el rodiano saltaron a 2 metros de altura envueltos en llamas antes de caer al suelo en fragmentos.

—Tenemos que salir de aquí ya —musitó dando una patada a una de las puertas que se abrió de par en par.

Valerai, exhausta entró corriendo tambaleándose en el cochambroso edificio. Tras vueltas y vueltas de interminables pasillos salieron a un patio inmundo donde se calentaban una pandilla de delincuentes juveniles en torno a unos barriles con hogueras.

—Mirad qué tenemos aquí —comentó uno de ellos clavando los ojos en la twi’lek y su vestido hecho jirones—. Dos Durnis perdidos.

—Nos están persiguiendo. ¿Podéis ayudarnos?

—¿Y por qué habríamos de hacer eso? —se levantó una muchacha zobrak con media cabeza rapada y larga cabellera verde.

—Por 500 créditos por cabeza.

—Tío, si llevas 5000 créditos encima te mato ahora mismo para quitártelos.

—Te durarían poco. Al clan rodiano que nos persigue no les gustaría que les quitases su presa.

—Supongo que podríamos daros un bláster.

—Por 5000 créditos podría comprar un ejército de niñatos como vosotros en condiciones normales… —regateó Flaian.

—Sí, pero no estáis en condiciones normales —escupió la chica del pelo verde—. Yo soy la reina de esta banda y digo que por 5000 créditos te doy un E11 imperial en buen uso.

—Tranquilo. Yo negociaré —le aconsejó Valerai con un aplomo nada normal.

—No tengo ese dinero. Además, ¿de que nos serviría otro arma en manos de una bailarina?

—Recuérdame que luego te cuente el resto de la historia —sacó de entre su ropa un par de miles de créditos de los que le había pagado en el Radiant— 2000 por el E11 y 1000 más por cada detonador termal o granada que nos puedas proporcionar.

—Granadas no tenemos pero sí podrían ser dos E11, por 5000.

—Trato hecho —respondió extendiendo la mano para que Garren contribuyera al pago.

—Te he pagado 5000 en el Radiant.

—¿Y no hice mi trabajo? —respondió la twi'lek mostrando su verdadera forma de ser—. Contribuya capitán.

—¿Quién te envía? —obedeció dándole la diferencia.

—Un superior suyo al que no se le escapó el hecho de que varios miles de créditos de la república se extraviaran en una de sus redadas.

La twi'lek preparó el arma con satisfacción ante la atónita mirada de los delincuentes.

—Me sentía desnuda sin un bláster.

La zobrak la miró de arriba abajo con desdén comprobando lo poco que le cubría por ciertas zonas los restos del vestido:

—Tía, ¡es que vas desnuda!

Valerai la ignoró por completo sonriendo a su compañero.

—Ahora ya podemos presentar batalla. Deberíais abriros chicos.

—Es un buen consejo, Sornia —se dirigió uno de ellos a la chica del pelo verde.

Flaian siguió a la twi'lek al interior de uno de los bloques a través de una ventana rota.

—Si vamos a atacarles me gustaría saber al menos para qué fuiste entrenada.

—Soy una espía. Estoy cualificada para sabotaje y combate de primera línea.

Quería ser stormtrooper pero mi comandante dedujo que con mis encantos este puesto me venía mejor.

—Jamás he visto un soldado de asalto no humano.

—Han cambiado muchas cosas desde la muerte del emperador… ¡Silencio! —susurró fisgando a hurtadillas entre los cristales rotos—. Mira.

Un grupo bastante nutrido de sus perseguidores se abría camino por el patio corriendo de cobertura a cobertura.

—Saben que estamos esperándoles aquí. No hay sorpresa posible.

—Entonces disparemos un rato y retrocedamos.

La enorme cadencia de tiro de las armas de asalto imperiales, sorprendió a los rodianos que en aquel momento se encontraban avanzando. Dos de los cazadores cayeron mientras los demás respondían con fuego de carabina y armas cortas. La intensidad del fuego les obligó a buscar cobijo a ambos lados de la ventana.

—Aquí estamos muertos —gritó la twi'lek para hacerse escuchar entre el estruendo.

—Retrocede. Yo te seguiré en unos segundos —respondió asomando el arma para disparar casi a ciegas.

Era imposible mantener la posición. No le había dado mucho tiempo a Valerai para alejarse pero el combate estaba al rojo vivo.

Apenas abandonó la habitación una esfera metálica entró volando por la ventana y cayó rebotando por la habitación. Flaian supuso inmediatamente el sonido como el de una granada y se lanzó al suelo tras una pila de piedras de una pared derruida. El edificio tembló por la explosión seguida por una lluvia de cascotes de pequeño tamaño.

Valerai entró dispuesta a disparar pero al verle en el suelo se apresuró a ir en su ayuda.

—¿Te encuentras bien?

—Más o menos. ¡Vamos!

Cubriéndose uno a otro fueron retrocediendo a través de las habitaciones. Entretanto, en el patio, el jefe de clan asistía con oculto desánimo al lamentable espectáculo de sus subordinados, sucios y humillados, llevándose a los heridos. Un trío de ellos proseguían la persecución pero el resto se habían quedado atrás asegurando la zona. Se escuchó el tableteo inconfundible de los subfusiles imperiales y luego el silencio. Con resignación y temiéndose lo peor, se llevó el comunicador al rostro para intentar contactar con el grupo perseguidor: No hubo respuesta.

—¿Qué desea que hagamos mi señor? —le preguntó su segundo.

—Acabar con esta carnicería sin sentido. Traed un speeder para hablar por megafonía.

En lo más recóndito de las ruinas Valerai estaba sentada en una esquina de una habitación vacía con el arma entre las piernas. Se encontraba exhausta pero no perdía de vista la única puerta. En la esquina siguiente, se encontraba Flaian, tan cansado como ella y con un corte en la frente por el que manaba un hilo de sangre.

—Mi jefe es un chiss, un oficial de la flota. No sé su rango pues nunca me ha visitado de uniforme.

—¿Cómo sabes que es de la flota entonces?

—Porque luché junto a él contra los rebeldes en los mundos exteriores durante la guerra…

La voz del jefe de clan reverberando interrumpió su conversación:

—Es increíble lo que han logrado con sólo un bláster señor Frendar. Me ha impresionado. No es necesario que continúe la exhibición de sus habilidades. Le ofrezco un trato, se une al grupo y nos proporciona la información sobre la marcha.

—¿Qué opinas? —le preguntó el humano.

—No me fío de él.

—Yo tampoco …pero quiero encontrar a mi mujer y a mi hija.

—Ni que decir tiene que le pagaríamos bien señor Frendar… y a la chica también.

—Voy a salir.

—Espera —le detuvo la bella espía—. Eres mi misión y voy donde tú vayas.

—Te lo advierto Valerai: no te interpongas entre ellas y yo.

La twi’lek asintió con la cabeza y preparó de nuevo el arma para el combate.

—De acuerdo señor Frendar. Le sigo.

SoroSuub Yacht 3000 Erda’Nog.

Había que reconocer que el jefe de clan Taryann sabía vivir bien. El Erda’Nog era la nave en la que vivían los rodianos cuando se encontraban fuera de su mundo natal.

A consecuencia de la pequeña escaramuza había varios camarotes vacíos. En uno de ellos alojó a los nuevos reclutas. Era una estancia bastante amplia y luminosa con tres camas empotradas en las paredes. La única decoración, un holocuadro que representaba secuencias de caza en Rodia. Valerai se encintaba el lekku izquierdo con la misma delicadeza que una humana se peinaría una larga melena, quizá más. Para su especie, los apéndices de la cabeza eran algo casi místico: Están conectados con las funciones cerebrales, con ellos tienen cierta percepción de las fluctuaciones de la fuerza e incluso podían llegar a comunicarse con suaves movimientos.

La twi’lek había cambiado su vestuario por uno más adecuado compuesto por unos pantalones oscuros con una franja blanca en la costura lateral y un top de piel endurecida que le proporcionaba cierta protección contra armas de vibrofilo.

Flaian estaba perdido en sus pensamientos mirando al techo tendido en una de las camas sin prestarle atención.

—Sea lo que sea lo que buscas —comentó la humanoide muy discreta para no desvelar en voz alta lo que ya sabía— te preocupa bastante.

—Te lo contaré algún día cuando no haya gente escuchando.

Valerai sonrió plenamente consciente de que había micrófonos en la sala.

—Lo que no entiendo era cómo pudiste prestarte a los servicios del Radiant.

—Soy una hembra twi’lek. Desde pequeñas nos educan en la sumisión a las castas dominantes y a los machos. Yo fui vendida por mi familia en cuanto comenzaron a formarse mis curvas.

—Eso es horrible.

—Sí, lo es —afirmó desviando la mirada al espacio—. Te quedas completamente sola. Ya no le importa a nadie si vives o mueres y, en el fondo, tú misma te vas muriendo poco a poco.

—Lo siento mucho Valerai. No tenía ni idea… —se disculpó sentándose en el lecho.

—No es culpa tuya, ni de nadie… Mi mundo es así, pero Thrawn lo va a cambiar todo.

—¿Thrawn?

—El chiss del que te hablé —se le iluminó el rostro al nombrarle—. Es un hombre muy inteligente, noble y valeroso.

—¿Estás segura que hablamos de un chiss?

—Él es diferente —respondió con cierto enojo—. Él me liberó de mi vida de esclava. Daría mi vida por él.

—A mí me pasa algo parecido por mi mujer.

—¿Sabes qué le sucedió?

Flaian negó con la cabeza haciéndole entender con la mirada que no quería proseguir la conversación en aquel lugar. La sensible alienígena comprendió inmediatamente y ambos guardaron silencio. Con delicadeza desplazó su lekku adornado hacia la espalda.

—Cuando era niña mi piel era azul —comentó mirando sus manos—. Tuve un amo humano que me cambió el color al de una humana de raza blanca con inyecciones retrovirales de adn de tu especie. Ahora tengo hasta lunares como vuestras mujeres e incluso debo depilarme las piernas y axilas. ¡Una twi'lek con pelo! —se lamentó con resignación.

—¿Cómo pudiste soportarlo?

—El odio te ayuda a vivir pero, con el tiempo, hasta eso se atenúa y solo queda el vacío. Tengo buenos recuerdos de mi infancia en Ryloth… pero todos están truncados por el día en que me vendieron sólo por ser mujer. Nunca volveré a casa. No podría soportarlo. —En los ojos de la espía brillaba una lágrima plateada.

—¿Por qué me cuentas todo esto Valerai?

—Porque puedo sentir tu corazón tan roto como el mío.

Orna Taryann entró en la estancia flanqueado por una escolta de dos guardias que quedó fuera guardando la puerta cuando esta se cerró. Un gesto de indiferencia se dibujó en el rostro de la twi'lek que se volvió hacia el ventanal. El rodiano, ignorándola por completo, se dirigió directamente a Garren que le aguardaba en pie con los brazos cruzados.

—Creo que es hora de que intercambiemos información señor Frendar ¿Dónde cree usted que puede encontrarse nuestra amiga en común?

—No le he oído hablar de dinero aún.

El alienígena dorado emitió una serie de sonidos que reconoció fácilmente como una carcajada de un rodiano.

—Recibirá lo mismo que cada miembro del clan. Creo que es un trato bastante justo.

—No si yo aporto la información que ellos no pueden dar.

—No olvide mi querido amigo que el contrato es mío. Usted no conoce a quien paga y pretendo mantener las cosas así. Hagámonos un favor y dejemos de perder el tiempo. ¿Dónde está Lady Ayllenia Reinhart?

—No lo sé.

—Por favor, no sea tan obvio: Nadie lo sabe… pero usted sabe dónde empezar a buscar, ¿o no?

—Será un lugar con historia jedi… y con grandes bosques. Yo apostaría por Yavin.

—Bien, es un dato muy interesante. Mi clan ha recorrido estos años la mayoría de los mundos exteriores, incluido Yavin. Los que nos quedaban como Mustafar, Tatooine, Hoth,… son planetas bastante inhóspitos.

—Lo cual nos deja Coruscant, Onderon y Chandrila. —Valerai le dirigió una mirada alarmada—. En la capital es demasiado conocida. Alguien la habría reconocido.

—Sí. Estoy de acuerdo. No pierdo nada por probar su recomendación. Mandaré a la mitad de mi clan a Onderon y usted vendrá conmigo a Chandrila.

—¿Cree prudente dividir sus fuerzas? —le interrogó intentando ocultar la preocupación de que la encontrasen en el otro planeta y no estar allí para salvarla.

—No se preocupe por eso. Usted cobrará igual, la encuentre quien la encuentre.

Recuerde siempre que yo estoy al mando de esta caza.

—Por cierto, —intervino la twi'lek— ¿para quién trabajamos?

—No me tomes por tonto muchacha —refunfuñó el rodiano abriendo la puerta para irse—. Ese secreto es lo único que os mantendrá a mi servicio.

Apenas se quedaron solos, Flaian caminó hacia la ventana con expresión angustiada.

Sacó del bolsillo el brandy y dio un trago.

—¿Qué has hecho? —le susurró la twi'lek con evidente preocupación en su rostro.

—Tenía que darle algo. Tiene que confiar en nosotros si quiero llegar al que ha puesto precio a la cabeza de Aylli.

Valerai le abrazó para darle fuerzas. Sabía que no era consuelo pero no podía hacer más por él.

Hanna: Chandrila

No le gustaba pero había tenido que dejar a su hija en casa unas horas al cuidado de un androide de educación que había adquirido recientemente a cambio de la mitad de las pieles que había cazado durante la anterior temporada.

Eysena estaba acatarrada y necesitaba medicinas para bajar la fiebre. Tomando la motojet había cruzado los bosques hasta llegar a la capital del planeta. Le hubiera gustado lucir un vestido y llegar en un speeder elegante pero debía mantenerse fiel a su tapadera. Nunca creyó que fuera posible pero echaba de menos que los hombres la mirasen al pasar con un vestido elegante.

Llevaba el uniforme negro de debajo de la armadura de explorador de Endor. Sobre el mono de una pieza, una simple chaqueta de cuero marrón, un bláster a la cadera derecha y la espada de luz camuflada bajo la manga. Aunque pudiera parecer que su look llamaría la atención, lo cierto es que en la Nueva República se imponía cierta moda llamada *«post-imperial»*, imitando los uniformes y costumbres de los años pasados.

El centro médico estaba cerca del espacio-puerto y del bazar. Sintiéndose un poco culpable tras conseguir los medicamentos, acudió a los puestos a comprar un regalo para compensar a su hija por dejarla medio día con un robot «palizas».

El día era soleado y el mercado estaba lleno de vida. Ayllenia lucía su mejor sonrisa, feliz de poder romper unos minutos su aislamiento forzado. Un piloto de la república se situó a su lado cuando miraba las muñecas que vendía un artesano ithoriano.

—¿No estás un poco crecidita para jugar aún con muñecas?



Ayllenia se sorprendió de no sentir odio, de hecho se estaba ruborizando y sonreía:

—Es para mi hija que está enferma —respondió sin mirarle directamente.

—¿Bromeas? No tienes edad para ser una madre.

—Sí, que la tengo… teniente —respondió peinándose la larga coleta lisa sobre el hombro izquierdo—. Y marido…

—Yo no cogería ese —le aconsejó tomando su mano con suavidad— es más bonito el chubba.

Ayllenia comparó ambos muñecos tomando uno en cada mano. La verdad es que el bantha que había tenido en la mano tenía una cara horrible.

—Acepto su sugerencia —se dirigió al ithoriano—. Me llevo el chubba y el peko-peko.

El rebelde le detuvo la mano una vez más cuando se disponía a pagar.

—¿Se va a convertir esto en una costumbre?

—Permítame que se lo regale a su pequeña enferma.

—No va a conseguir usted nada, ¿lo sabe verdad? —comentó guardando los muñecos en la mochila.

—Me basta con que me diga como se llama su hija… y usted.

—Mi hija se llama Laina y mi nombre… no es asunto suyo.

La expresión de Ayllenia se mudó en preocupación al observar la mirada de su interlocutor.

—¡Qué extraño! Un clan rodiano aquí en Chandrila. Normalmente no viajan aquí en grupo si no buscan problemas.

Apenas fijó la vista en el grupo que salía del puerto lo vio.

—No Flaian, ¿por qué? - Aterrorizada retrocedió dos pasos antes de salir corriendo entre la multitud.

Los rodianos percibieron enseguida el tumulto y salieron tras ella. Afortunadamente la 74Z estaba muy cerca y le dio tiempo a saltar sobre ella y salir a máxima velocidad entre los disparos de pistola.

Flaian apenas la había visto unos segundos, insuficientes para poder hacer nada para ayudarla. Una horrible sensación de duda y culpa se adueñó de su alma. Necesitaba un trago más que nunca. Con la mano temblorosa sacó la botella de la chaqueta. Valerai se cogió a su brazo pidiéndole con la mirada que no lo hiciera.

Uno de los cazadores se acercó a Orna y le susurró algo al oído.

—Creo que estamos sobre la pista buena. El vendedor dice que tenía una hija pequeña enferma: Aina, Maina o algo así, le cuesta retener los nombres humanos. Dígame señor Frendar, ¿le ha dado tiempo a verla? ¿Cree que era ella?

—Se parecía mucho desde luego.

—¿Se parecía o era ella? —le presionó endureciendo el tono de la pregunta.

—Era ella.

—¿Qué le pasa ahora señor Frendar? No me diga que le están entrando remordimientos.

—Déjeme en paz. Quiero ese dinero. ¿Les he traído hasta aquí no?

—Pues no se pierda la caída del telón. Daremos una vuelta por aquí.

Averiguaremos donde se esconde y saldremos tras ella. De este planeta ya no se escapa. Beba algo —se rió en su cara—. Parece pálido…

—

Los ojos de la twi'lek estaban perdidos en los clientes de la barra. No quería ver como, vaso tras vaso, Garren iba bajando el nivel de una botella de brandy de Corellia.

Estaban sentados a una mesa circular y ninguno de los dos pronunciaba una palabra. Ni siquiera miraron al extraño que se acababa de sentar con ellos. Era un humano con uniforme de la flota de la Nueva República y, al principio se sintió desconcertado por la nula atención que le dispensaron.

—Quiero hablar con usted… porque usted iba con esos rodianos, ¿no?

—Y qué si fuera así —comentó Valerai con desgana ante el silencio de su compañero.

—¿Sabe hacer algo más que beber?

—En estos momentos lo dudo.

—Yo estaba hablando con aquella chica morena cuando empezó el tiroteo.

Flaian apartó el vaso y la botella de un manotazo volviendo a la realidad.

—¿Dónde está mi mujer? —se tambaleó en la silla emitiendo un horrible olor a alcohol con sus palabras. Valerai se incorporó para situada tras él mantenerlo erguido en la silla.

—Te ruego que le disculpes. Normalmente no es así.

—Mirad. No sé quiénes sois pero si no dejáis en paz a esa chica o a cualquier otro pacífico habitante de la república os aseguro que os pondré a toda la FSC (Fuerza de Seguridad de Chandrila) a perseguiros.

—Sé que después de lo que ha pasado hoy resulta difícil de creer pero queremos ayudarla.

—¿A tiros?

—¿Por qué tendríamos que contarte nada?

—Porque estoy a punto de meteros en la cárcel.

Flaian rompió en una ridícula carcajada dado su estado.

—Cállate. Por hoy ya has hecho bastante el ridículo —le ordenó la twi'lek apretando sus hombros. La cabeza de Flaian cayó como si se hubiera quedado dormido, absorto en sus divagaciones etílicas—. Tanto la chica como nosotros somos imperiales. Hace cinco años alguien la amenazó y se escapó con su hija sin dejar rastro.

—Continúa.

—Verás, esa chica, es difícil de explicar…

—Prueba. Tengo una mente muy abierta.

—… es lady Ayllenia Reinhart, la gobernadora imperial de Dantooine.

—¿Bromeas? ¿La Leia oscura de Endor? ¿La cazadora de hutts?

—Maldito rebelde —balbuceó Flaian antes de ser sacudido una vez más para que se callara.

—No hemos venido a montar jaleo. Sólo queremos saber quién la persigue y eliminarlo para que pueda volver a casa.

—No es nadie de la Nueva República. Eso seguro.

—Eso no lo sabemos. Lady Ayllenia no es muy popular entre vosotros los rebeldes —el chandrilano sonrió provocando el enojo de Valerai—. ¿He dicho algo gracioso?

—No nada, me hace gracia que sigáis llamándonos rebeldes…

—No nos descubras te lo ruego. Sin nosotros están acabadas.

—No creo que ese borracho vaya a servir de mucha ayuda.

—No estaría en este estado si no estuviera desesperado. Es uno de los mejores oficiales de la flota pero está pasando una mala racha.

—Deberíais dejar este asunto en manos de la FSCh.

—Aylli es una jedi… no necesita policías —balbuceó Flaian antes de eructar.

—¿Qué ha dicho?

—No sé. Está como una cuba.

—Ha dicho algo de los jedi.

—Mi mujer es la única verdadera jedi de la galaxia —repitió intentando alcanzar la botella.

—Entonces creo que sé dónde irá a refugiarse.

En un descuido Flaian cayó al suelo comenzando a vomitar.

—Por lo más sagrado Garren —se lamentó la twi'lek intentando ponerle en pie.

—Vamos. Ya le reanimaremos por el camino. Iremos en mi speeder.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Valerai perpleja.

—Esa chica…, lady Ayllenia, parecía una buena persona a pesar de lo que he oído de ella durante años y, antes o después, tendremos que aprender a vivir juntos rebeldes e imperiales.

—

Ayllenia frenó en seco ante la puerta para entrar corriendo en la casa. No hizo ni caso del androide que le salió al paso cuando se abalanzó sobre la cama a abrazar a su hija.

—¿Qué pasa mamá? —se frotó los ojos la niña al despertarse— ¿por qué lloras?

—Es que mamá se pone triste de verte malita cariño —le respondió forzando una sonrisa antes de volver a estrecharla con fuerza—. Tienes que tomarte las medicinas que te traigo porque nos vamos a ir de excursión.

—Pero mamá, estoy muy cansada —protestó sin muchas fuerzas.

—Si me permite la injerencia, la pequeña ama, no parece encontrarse en condiciones de …

—¡Haz el favor de callarte D9! —estalló la madre con gran nerviosismo—. Laina cariño te tienes que tomar un vasito de esto y te voy a poner una inyección y ya verás qué bien te vas a sentir. Iremos a Gan-Illá y allí jugaremos con los muñecos que te he traído.

—¿Me has traído juguetes?

—Claro cielo. ¿Creías que mamá se había olvidado de lo valiente y buena que eres?

La lógica del androide estaba a punto de reventar. Lo que oía iba contra sus principios de preservación de la salud de sus amos. Tras procesar varios ciclos de simulación llegó a la conclusión de que debía insistir en el asunto con la mayor delicadeza posible.

—Le ruego me disculpe de nuevo mi ama —se inclinó sobre Ayllenia que preparaba la pistola inyectora con la solución de bacta y antibiótico— el efecto de los medicamentos es limitado en una primera dosis sobre el paciente. Sería recomendable…

—D9, ¿crees que haría algo en contra del bienestar de mi hija?

—No, mi ama per…

—Entonces —le interrumpió abruptamente aplicando la medicina en el brazo de la niña que se quejó con un gemido ahogado—. No intentes resolver un problema del cual no conoces todos los datos iniciales. ¿Te ha dolido mucho mi cielo? —le peguntó a la niña besando el lugar de la inyección.

—Sólo un poquito.

—D9, trae caramelos para Laina. Y ahora cielo tienes que tomarte esto. Sabe muy malo pero te voy a dar un dulce luego.

La niña estaba ya montada en la motojet esperando para partir. Se encontraba un poco cansada pero los síntomas habían desaparecido temporalmente por efecto de los medicamentos. Ayllenia había entrado en la casa con el sable en la mano. Sólo quedaba un detalle para no dejar pistas.

—¿Ha olvidado algo mi ama? —preguntó el robot con inocencia.

—Lo siento mucho D9, de verdad.

Ahogado en el estruendo de chispas, el androide cayó al suelo serrado en diagonal desde el cuello al flanco derecho. Sus ojos luminosos se apagaron lentamente en su rostro de metal ante la triste mirada de su dueña. Ya no había pistas de a dónde había huido.

—

Orna el dorado sostuvo unos segundos la cabeza del androide.

—Señor, tenemos su comunicación.

El jefe de clan la dejó caer para tomar el holograma en la mano. La oscura figura de su patrón aguardaba a ser informada.

—Hemos hecho grandes progresos en las últimas horas excelencia. Estamos en los bosques en Chandrila en la casa donde se ocultaba. Se hacía pasar por una cazadora llamada Sora.

—Recordad que no deseo que comience la caza sin estar yo presente. ¿Las habéis apresado?

—Aún no, miladi, pero hemos encontrado un androide destrozado con datos de su destino. Parece ser que pretende ocultarse en las ruinas de Gan-Illá. Por cierto, señora, el humano y la twi'lek han desaparecido.

—Ya arreglareis cuentas con ellos más tarde, mandadme la posición, me reuniré con vosotros allí.

Mara se descubrió el rostro de su capucha sith apenas se cortó la comunicación. El holocrón parpadeó un par de veces indicando la recepción de las coordenadas. Su venganza estaba a punto de cumplirse. Conocía el nombre de Gan-Illá, el emperador ordenó bombardearla y era una zona prohibida durante su reinado, que Ayllenia se refugiara allí no era más que una prueba más de su traición.

—

Gan-Illá

Estaba agotada de cargar con su hija por tanta escalinata y corredor, en el exterior era de noche pero eso poco importaba pues ya se encontraban a varias decenas de metros de profundidad. Había descubierto la entrada por casualidad, un día que enseñaba a su hija la capacidad de la fuerza para desplazar elementos inertes. La luz emitida por la linterna sujeta por cintas a su brazo bailaba al compás de sus pasos. La gran mochila a su espalda le estaba rompiendo los riñones.

Para su sorpresa llegó a una amplia sala con una suave iluminación química azulada. Se detuvo perpleja, la construcción sin duda era mucho más antigua pero aquellas lámparas de trillium depurado no podían tener más de 50 años, ya que era la vida máxima de su carga.

Con mucho cuidado despertó a Eysenna para que aguantase de pie unos segundos mientras extendía una manta para que se tumbase. Poniendo la mochila como almohada, la envolvió cuidadosamente besando su mejilla maternalmente al concluir. Sintiéndose momentáneamente segura se dispuso a explorar la habitación.

En la pared del fondo, había un sepulcro de piedra con un panel electrónico en aparente buen estado. Por las inscripciones y los motivos externos, allí había un twi’lek enterrado. Pulsó un botón y un holograma a tamaño natural apareció en el centro de la sala.

—Si has activado este mensaje es porque tu nivel de midiclorianos es suficientemente alto como para que puedas ser un jedi.

—¿Quién es, mamá?

La madre la mandó callar con un gesto para que prestase atención.

—Mi nombre era Aayla Secura, maestra jedi y general de la República. Fui asesinada por mis propias tropas por orden del gran canciller Palpatine cuando luchábamos contra los separatistas en la jungla de Felucia. Aunque no morí en el momento, acabé falleciendo por mis heridas. Mi deseo hubiera sido que mi espada de luz hubiera sido llevada al templo jedi pero, como desgraciadamente sabrás, fue destruido. En mi sepulcro encontrarás también junto a mi cadáver un datapad. En él he consignado mi vida desde que era niña, y la de cuantos he tenido el placer de conocer en la orden. Estos dos objetos son todo mi legado.

Cuida de ellos maestro… Ayllenia.

La imperial retrocedió un par de pasos asustada. Lo que había creído un holograma ya no era tal, se había transformado en una clara visión de la fuerza. La jedi twi'lek desapareció en una reverencia. El sarcófago comenzó a abrirse sólo descubriendo el interior iluminado. El cadáver de Aayla era hermoso. Se diría que tan sólo estaba dormida. Espléndidamente conservada a pesar de los años. Tomó ambos objetos de sus manos cruzadas sobre su vientre. Entonces el cuerpo de la maestro jedi desapareció cayendo sus ropas lentamente en el vacío.

Ahora comprendía, la jedi había estado esperando su visita todos estos años en estado de suspensión. Cumplido su propósito, se había hecho uno con la fuerza.

—

Llevaban horas rondando entre los escombros sin resultado y que fuera noche cerrada tampoco ayudaba mucho. Entonces escucharon el sonido de varios vehículos hacia el Norte. Sigilosamente se aproximaron a la zona. La cabeza de Flaian estaba a punto de reventar. A pesar de que había dormido unas horas en el vehículo y de la dosis masiva antitoxinas que le habían administrado tenía una resaca de campeonato y, lo que era peor, le habían quitado la petaca y se moría por echar un trago.

Una figura encapuchada guiaba a los rodianos por la ciudad. Parecía seguir una especie de hilo invisible. Finalmente llegó a un montón de rocas que movió con un solo gesto con una facilidad pasmosa descubriendo unas escaleras.

—¡Un sith! —se lamentó Flaian en voz baja—. ¿Qué os he hecho Aylli?

Como si le hubiera oído, el jedi oscuro descubrió su rostro volviéndose al lugar donde se escondían. Su melena pelirroja brilló a la luz de la Luna, sus ojos verdes rebosaban odio.

Los rodianos comenzaron a descender las escaleras y la mujer los acompañó.

—¿Quién es esa? —preguntó el rebelde.

—Sin duda la persona que estábamos esperando —respondió Valerai sin dudar— «La mano del Emperador».

—No hay tiempo para charlas. No debemos perderles.

Madre e hija permanecían abrazadas contra la pared con los enemigos formando un semicírculo alrededor.

—¿Por qué tenía que hacerlo tan difícil miladi? Ahora la pobre niña tendrá que presenciar su muerte antes de caer también. ¿No va a decir nada?

—¿Para qué? Termina lo que has venido a hacer.

—Creo que mataré a la niña primero. De ese modo seguro que te levantas a luchar, cobarde. No tuviste valor de entrar en la estrella de la muerte tras los rebeldes y ahora ni siquiera eres capaz de defender a tu hija.

Su nuevo amigo estaba a punto de darles el alto cuando los imperiales ya estaban disparando. Tras la ensalada de rayos subsiguiente, tan sólo la hija adoptiva del emperador quedaba en pie.

—Sabía que la muerte del emperador te había afectado pero no esperaba esto de ti.

—¡Valerai! —pronunció su nombre con desprecio—. Debí suponer que Thrawn seguiría metiendo las narices donde nadie le ha invitado.

—El Imperio sigue existiendo y él es el más capacitado para asumir el mando.

—No esperaba otra cosa de la «mujer» que le calienta la cama.

El sable amarillo brillante de Ayllenia zumbó al desplegarse según se ponía en pie.

—¿Qué estás haciendo Ayllenia? —preguntó Flaian.

—Asegurarme que Eysena tiene un futuro sin miedo.

—Eso no es necesario —explicó el rebelde—. La juzgaremos e irá a prisión por todos sus crímenes.

—¡Infelices! —les despreció Mara poniéndose en guardia tras su sable morado.

—No intervengáis, no podéis hacer nada.

—Pero yo sí —comentó una grave voz a sus espaldas. Unos resplandecientes ojos rojos, fruto del contacto con el oxígeno, surgieron de la oscuridad—. He colocado cargas en los túneles Mara. Una señal mía y moriremos todos aquí abajo.

La twi'lek caminó serena hasta su lado aceptando de buen grado que la abrazase por la cintura. El chiss era bien conocido en el círculo cercano al emperador por no realizar amenazas en vano.

—¿Es esto lo que quieres Ayllenia? ¿Otra prórroga? ¿Cuánto tiempo lograrás esconderte esta vez?

—Tu tiempo ha pasado Mara. Tu estupidez ha afectado al comportamiento de un oficial de mi flota, has distraído a mi mejor agente y en cierto modo eres la culpable de que hayamos perdido Dantooine.

—¿Mi… casa? —balbuceó Ayllenia entre lágrimas—. ¿Y mi madre?

—Hubo un levantamiento instigado por unos comandos rebeldes. Lady Reinhart se las arregló para llegar a Muunilinst. En cuanto a ti Mara, si no quieres que te declare proscrita en el espacio imperial será mejor que dejes de intervenir en este asunto.

—No te atreverás a matar a tu concubina twi'lek.

—Por el gusto de matarte a ti, ella misma pulsaría el botón —respondió sereno y frío pasando el detonador a Valerai.

Ayllenia recogió sus cosas apresuradamente pero sin guardar el arma, aprestando a la niña para que fuera a brazos de su padre. Acababa de colgarse la mochila de un hombro cuando un disparo alcanzó a la twi'lek en pleno vientre. Un rodiano que aún estaba vivo había disparado. De los dedos de Ayllenia surgieron unos rayos azulados que lanzaron al moribundo contra la pared. Sus ojos brillaron de un amarillo intenso antes de volver a ser azules como de costumbre. Un gesto de tristeza se dibujó en sus labios.

Amargura por no haber sabido contenerse. Sin embargo aquello convenció a su oponente de su poder.

—Tu cuerpo no se ha consumido como el de mi maestro al lanzar rayos —comentó apagando el arma.

—Si supieras cómo me está doliendo por dentro…

En brazos de Thrawn, Valerai agonizaba. Apenas le quedaba un hilo de respiración.

Eysena se acercó y puso la mano en la quemadura.

—Te duele mucho —comentó la niña—. Mamá, ven. Cúrale como cuando me caigo y me hago daño.

—No puedo hacer nada cariño.

—No te preocupes, yo te curaré. —Eysena puso sus manitas sobre la herida y la fuerza fluyó a través de ella.

Valerai abrió los ojos y sonrió. Mara había aprovechado el momento para salir huyendo por el túnel.

—Me has traído de vuelta pero no ha sido suficiente —les dijo antes de que la tos la interrumpiera.

—No hay tiempo que perder, te llevaré a un tanque de bacta.

—Mi liberador —se dirigió la moribunda al almirante alienígena—. Te hubiera amado incluso si hubiera sido tu esclava.

Valerai, la twi'lek con piel humana volvió a perder el sentido. Thrawn salió corriendo hacia la salida con su amada en brazos.

Marido y mujer se fundieron en un abrazo. Flaian acarició los cabellos de su hija que no entendía nada de lo que estaba pasando.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó desde el abrazo al chandrilano.

—Tenía curiosidad por saber si le había gustado el chubba.

—Laina, él es tu padre.

La niña le miró de arriba abajo y se cruzó de brazos enfurruñada.

—¿Dónde has estado tanto tiempo?

—Eysena, mi vida —fue todo lo que pudo decir alzándola en su brazos.

—Me llamo Laina —protestó la niña para diversión de los presentes.

Ayllenia sonrió, cerrando los ojos en silencio. No entendía nada de lo que había sucedido en los últimos días. Lo había perdido todo pero había recuperado la paz y su familia.

Episodio III: Furia



Son tiempos de desesperación para quienes creyeron en el Nuevo Orden.
El Imperio no es ni sombra de lo que una vez fue.
Las luchas internas tras la muerte del Emperador han minado la lealtad de los sistemas que quedaban fieles.
La Nueva República ha crecido hasta el punto en que sólo tres planetas forman ya lo que se llama el «Remanente Imperial».
Sin embargo, una amenaza común ha decidido volver desde más allá del borde exterior, una antigua raza que se hace llamar «Yuuzhan Vong».

Muunilinst

No fue fácil para Eysena crecer en un ambiente tan enrarecido. Desde que tenía uso de razón recordaba a sus padres saliendo a luchar a uno u otro sistema. Lo que más le dolía era que el enemigo, a menudo, no era exterior a su patria. Estas luchas intestinas le habían robado la compañía de sus padres demasiadas veces. No le había faltado el cariño de su abuela para suplir su sentimiento de pena pero, a sus 20 años Eysena estaba furiosa con la época que le había tocado vivir. Había ingresado en la academia de oficiales, donde se aburría en extremo aunque era la primera de su clase. Su héroe era Lord Vader. Admiraba profundamente que un humilde esclavo de Tatooine pudiera haber forjado algo tan glorioso como el viejo imperio. Además, dada su conexión en la fuerza, se sentía profundamente ligada a él.

A su madre no le agradaba demasiado esta devoción a un lord sith pero en el fondo, nunca perdió la esperanza de que su hija retomara los sueños de su abuelo y tuviera el éxito que ella no supo alcanzar.

Eys no era un sith, no podía serlo, porque a pesar de no saber controlar sus sentimientos siempre había sentido un profundo respeto por la vida. Era joven y estaba confusa. Solo tenía una cosa clara en su mente, quería restaurar el imperio de su abuelo, convencer a toda la galaxia que era lo mejor para todos y desterrar para siempre los subterfugios políticos que tanto daño habían causado al Remanente. Si era preciso estaba dispuesta a autoproclamarse emperatriz. En cuanto alcanzase el rango necesario regresaría a Dantooine a reclamar lo que por derecho le pertenecía a su familia. Si era preciso saltaría por todos los malditos mundos restableciendo el orden.

En sus sueños adolescentes no quería ser consciente de la realidad. Por desgracia no era tonta y la terrible realidad la atormentaba. No era precisamente la jedi más dotada de la galaxia.

Si no se la conocía bien, Eysena daba un poco de miedo. Llevaba su pelo castaño en una alborotada melena corta con un flequillo tan largo que casi le tapaba los ojos. Cuando no vestía el uniforme solía ir con ropas oscuras, casi siempre negras, y una cazadora de piel, como las de los pilotos rebeldes, con las insignias arrancadas y su nombre sobre el pecho derecho en una placa escrita en aurabesh. Solo se ponía vestidos en ocasiones muy especiales y acontecimientos familiares. Sabía que le quedaban bien pero rehuía de ellos ante extraños. Era más que consciente que con ellos la mayoría de los hombres no le miraban a la cara y se sentía muy molesta.

En su habitación solo había una imagen de alguien externo a su familia. Junto al espejo había colgado una holoimagen de Jaina Solo. Cada mañana cuando se sentaba a arreglarse las pestañas y pintarse un poco los ojos miraba la foto sonriente de su «rival» en la Nueva República. La hija de Han Solo y Leia Organa era tres años menor que ella pero sus méritos y aventuras habían llegado hasta los confines de la galaxia. Estaba realmente celosa, a ella ni siquiera le habían permitido entrar en un escuadrón de caza aún.

La verdad es que Eysena era una jovencita muy guapa, aunque ella se considerase más fea que Jaina. Su cuerpo ya era el de una mujer adulta. Su complexión era atlética pero eso no había afectado a sus curvas, algo más voluptuosas que las de su madre a su edad.

Los gestos eran sin duda de Ayllenia, la forma de andar, la voz, la forma de mirar pero cuando sonreía era claramente hija de Flaian, su padre, que tristemente había fallecido con toda su tripulación en una terrible batalla espacial a los pocos años de rescatarla de Chandrila. Era muy triste que la misma historia de su madre se repitiera en cierta manera en ella. Jamás superó quedarse huérfana de padre tan pronto.

Las memorias de Aayla, encontradas en Gan-Illá, fueron su consuelo y, su sable su tesoro. Su madre se lo confió al cumplir los quince años. Fue un gesto muy importante

pues cambiaba su espada limitada de niña por un arma auténtica. Un arma además, de gran valor histórico y sentimental.

Era un día especial, la conmemoración del establecimiento del primer imperio galáctico, y todos los cadetes gozaban de dos días de permiso. Estaba arreglada para una noche de juerga con sus compañeros cuando la interceptó su madre en la puerta.

—Me alegro que estés vestida. Tenemos poco tiempo.

—Mamá, creía que estabas de misión diplomática o algo así.

—Y acabas de entrar en ella —le respondió con preocupación—. Vamos, el tiempo apremia.

—¿Se puede saber qué puede ser tan importante? Si no fueras mi madre se diría que me estás secuestrando.

—Entramos en guerra hija.

El estómago le dio un salto de la impresión. Sin oponer más resistencia verbal acompañó a su madre hasta el speeder que les esperaba. El chofer, un sargento de la flota les llevó sin pérdida de tiempo al espacio-puerto donde embarcaron solas en un pequeño transporte YT1200.

Ambas permanecieron atentas a las maniobras en cabina hasta que Ayllenia conectó la velocidad de hiperespacio. La hija se estiró en la butaca con cierta insolencia propia de su edad.

—Bueno, ¿me vas a explicar ahora dónde vamos y que está pasando?

—¿Qué sabes de los yuuzhan vong?

—Que esos cabrones les están dando una paliza a los malditos rebeldes.

—Es mucho más que eso —le explicó haciendo un esfuerzo por no reprender el lenguaje de su hija—. Están destruyendo los mundos que se les resisten y alterando por completo los que conquistan. ¡Eysena, han conquistado Dantooine!

La voz de la veterana Ayllenia había temblado por la emoción como no lo había hecho desde que habló en el funeral en memoria de las víctimas del «Reeducador», el destructor clase Victoria II de su marido.

—Entonces, ¿vamos a Dantooine, volvemos a casa?

—Aún no, pero vivo para ver el día en que me acompañes por las calles de la ciudad de las Lluvias. Vamos de incógnito a Coruscant.

—¿De incógnito tú mamá? Toda la galaxia te conoce.

—Bueno —sonrió Aylli—. No he salido en las noticias del núcleo desde antes de que nacieras… En cualquier caso, si todo va bien y no nos detienen antes de poder reunirnos…

—¿A quién vamos a ver?

La madre exhibió una gamberra mueca de desagrado antes de responder que iban a conferenciar con la senadora Organa-Solo.

—¡Pero mamá, si os odiáis desde que erais crías!

—Pues tendremos que hacer una tregua. Necesitamos los recursos de la República o al final también nosotros caeremos.

—Pero nuestros mundos son auténticas fortalezas. ¿Tan grave es la situación?

—Podemos resistir más que ellos pero no vencer. Además, —le guiñó un ojo a su hija— es la ocasión que he estado esperando estos 15 años. Recuperaremos nuestro hogar, tú y yo.

Eysena sonrió dejándose deslizar en su asiento para colocar los pies sobre el tablero de mandos del copiloto. Comprendía perfectamente la intención de su madre. Al volver a Dantooine como liberadores de los vong, la población se daría cuenta al final que no había salvación fuera del imperio. Una idea brotó de pronto entre sus pensamientos.

—¿La abuela sabe que me llevas a este fregado?

—Si lo supiera estaría persiguiéndonos en su viejo N-1.

—Quiero mucho a la abuela pero no me lo hubiera perdido por nada.

Ayllenia le devolvió una sonrisa comprensiva en silencio. Entendía perfectamente como se sentía su hija, pues ella misma había sido así a su edad. Claro que, en aquellos días, su cómplice había sido su difunto padre Lord Reinhart.

—¿Crees que me encontraré con Jaina?

—Eysena —le ordenó su madre tajantemente—. Te prohíbo que discutas con la hija de Leia. Sé que sois diametralmente opuestas y no nos podemos permitir que las negociaciones fracasen.

—¿Por qué Leia? Deberíamos hablar directamente con el canciller.

—Estas conversaciones son secretas. Ni su gobierno ni el nuestro nos apoyan aún.

Sin embargo, podemos preparar el terreno para facilitar un encuentro. Además, ¿crees que Borsk Fey'lya se reuniría con dos jedi para que lo manejemos a nuestro antojo? Por eso vamos a hablar con Leia.

—No creo que seamos malditos jedi.

—¡Vaya con la cachorrita! Ser jedi no implica obligación de defender la República, sino lo que tú consideras que es lo correcto. ¿Acaso no te lo he repetido desde que mamabas de mi pecho, señorita?

—Sí, mamá —repitió Eysena mostrando cierto hartazgo—. Sólo quería hacer ver que no tenemos nada que ver con los del Templo de Skywalker. Si ni siquiera les dejan tener sentimientos ni emparejarse… Yo me volvería loca.

—Tampoco es que tú seas una conquistadora consumada…

—Eso es asunto mío. ¡Los hombres que me cruzo son tan decadentes y patéticos!

—Aún son críos Eysena.

—Pues que vuelvan cuando maduren. Yo no estoy para perder el tiempo…

—Cuando te cruces el que debes, «desmadurarás» de golpe, ya verás.

—



El encuentro tuvo lugar a bordo del transporte privado de la princesa de Alderaan en órbita al planeta capital. El transporte imperial acopló las esclusas con un fuerte sonido metálico al accionarse los generadores magnéticos que mantenían ambas naves unidas.

Madre e hija fueron recibidas en la misma compuerta por su anfitriona. Leia detuvo con un gesto a sus guardaespaldas que se disponían a registrarlas para despojarlas de cualquier arma.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada fría y orgullosa. Por primera vez desde que se conocieron, Leia retiró la vista. Estaba demasiado preocupada para esos juegos.

Caminaron por la nave en silencio hasta llegar a una sala de amplios ventanales con una gran mesa alargada en torno a la cual se sentaron.

—¿Tu hija? —Intentó romper el hielo la rebelde—. Me recuerda mucho a ti.

—Sí, se llama Eysena. ¿Qué tal los tuyos? —intentó fingir normalidad.

—Bien, bien —respondió eligiendo con cuidado las palabras—. Veo que te llegó mi mensaje sin problemas.

—Es evidente o no estaría aquí. Dejemos de jugar Leia, las dos sabemos que si la situación no fuese tan grave no hubiera habido manera de reunirnos en la misma habitación.

—Me alegra que lo comprendas. El futuro de la galaxia pende de un hilo. Nuestras fuerzas por separado no son suficientes. Están dejando vuestros sistemas para el final por la fuerza de sus defensas pero todos sabemos que cuando nosotros caigamos, seréis los siguientes… y vosotros sois menos que nosotros.

—Supongo que comprendes que no tengo autoridad alguna para negociar tratado alguno.

—Ayllenia —la interrumpió Leia cansada—. Ninguna de las dos somos nuevas en esto. Lo que busco es tu palabra de que harás lo posible para que el gran almirante Pellaeon se reúna con el canciller y firmen una alianza de defensa contra nuestro enemigo común.

—Vuestro canciller es considerado un gran idiota entre los nuestros.

—Entre nosotros también. Sin embargo es nuestro líder democráticamente elegido y sólo él tiene la capacidad de firmar tal armisticio. No dejes que nuestras viejas rencillas se interpongan al futuro de nuestros hijos —casi le suplicó mirando a Eysena a los ojos.

—Haré lo que pueda Leia. Sin embargo, quiero adelantarte que exigiremos que si el imperio libera algún sistema sin intervención de la República, nos lo anexionaremos inmediatamente.

—¡Eso es intolerable y lo sabes! —replicó la alderaaniana intentando controlarse—. El pueblo de Dantooine echó a los tuyos por su propia mano. El planeta no te pertenece.

—El planeta no, pero su gobierno sí.

Lady Reinhart y su hija se levantaron al unísono camino de la puerta.

—Se razonable Ayllenia. No es momento de exigencias sino de cooperar. No pongas en boca del Gran Almirante las condiciones que tú impondrías.

La dantooinesa se detuvo sintiendo un poco de vergüenza. No podía forzar así la situación.

—¿Nos vamos mamá? —le preguntó su hija un poco perpleja al ver su mirada perdida.

—No, Leia tiene razón. Me he excedido —le acarició el rostro sonriendo antes de volverse—. Está bien. Lleguemos a un acuerdo digno sin exigencias ni concesiones.

—¿Cómo piensas convencer a Pellaeon?

—¿Y tú cómo piensas sofocar el motín contra el senado?

—Estás bien informada —sonrió consciente de que la situación de ambas era complicada—. Eysena, ¿por qué no vas a que mi hija te enseñe su nave? Tengo entendido que eres buena piloto.

La madre resopló al sentir en la fuerza las ganas de su hija de encontrarse por fin con su «rival». Las negociaciones parecían amistosas pero Eysena tenía mucho que aprender y prefirió que se quedase a su lado. Sintiéndose un poco intimidada por la inferioridad numérica, la dignataria rebelde llamó a su hija para que asistiese a la reunión. Tras ciertas horas y algunos momentos de tensión la secreta conferencia se disolvió y las naves se separaron con destinos opuestos.

—

Ayllenia sabía llegar al ambicioso corazón del almirante. A pesar de ser un hombre al que detestaba, la oportunidad en bandeja de recuperar algunos sistemas perdidos atacando la retaguardia de los vong fue suficiente para impulsarle a firmar, al menos inicialmente, una alianza con la República.

La situación política de Coruscant había terminado por estallar durante el viaje de regreso. El ejército se había sublevado y proclamado a Leia Organa Solo cónsul plenipotenciario de la República. El camino hacia una nueva Alianza estaba despejado.

Pellaeon estaba preocupado por el papel que Lady Reinhart había jugado a sus espaldas. Como asesino de su anterior superior, se temía que la dantooinesa estuviera preparando su propio derrocamiento. Por eso, cuando le pidió unas legiones y naves de escolta, para una acción ofensiva, se las concedió sin reserva.

Con los vong controlando las rutas hiperespaciales, lo más posible sería que las interceptasen y se la quitaría de encima de un modo muy tranquilo y honorable.

No fue así. La audaz acción de Ayllenia cogió por completa sorpresa al ejecutor Nom Anor. Las legiones imperiales aterrizaron sin contratiempos en la región selvática de la zona de lluvias perpetuas… pero aquel ya no era el planeta que la general Reinhart recordaba de su juventud. El enemigo había iniciado el proceso de terraformación según sus aberrantes criterios.

Afortunadamente le habían proporcionado abundante equipo pesado, aunque antiguo, incluidos varios desfasados AT-AT y ST.

Mientras las tropas de a pie se reorganizaban, despachó exploradores en sus speeder con misión de localizar cualquier instalación enemiga. Le hubiera gustado poder contar con el apoyo de unidades orbitales de construcción para edificar una base pero la flota de transporte había huido a toda velocidad para evitar ser cazados como patos. Eran una fuerza poderosa pero estaban solos e iban contrarreloj. En la mente de todos flotaba el recuerdo de lo sucedido en Sernpidal.

Eysena era uno de aquellos exploradores. Aquel ya no era el idílico planeta que su madre le había descrito desde niña. Había repugnantes plantas carnosas con arterias palpitantes por doquier, insectos a millones y afiladas rocas de estilo coralino. Ya no tenía ganas de liberar aquel lugar, solo sentía ganas de destruir aquella aberración.

De pronto percibió un tenue dolor pero de gran extensión, como el que siente un ser anestesiado al que están operando. Lo extraño era que percibía muchos seres en ese estado. Según el mapa hubo cerca un poblado dantari. Detuvo la moto y, aplastando escarabajos y otros bichos que surgían a su paso, se dirigió hacia la fuente del dolor.

Lo que vio al llegar la llenó de espanto y repugnancia.

Los dantari eran una especie de proto-humanos, una especie de hombres primitivos que vivían en chozas alrededor de hogueras. Eysena observó desde su escondite con los binoculares. Las carnes de los infortunados dantari mostraban enormes heridas abiertas por las que asomaban enormes esquirlas coralinas. El color de su piel había cambiado a un enfermizo tono grisáceo. Parecían muy atareados yendo y viniendo de lo que sin duda debía ser un edificio orgánico de los invasores.

—Madre, ¿me recibes? —activó la radio la exploradora.

—Adelante Eys, ¿qué sucede?

—Estoy en la antigua aldea dantari de mi sector. Está pasando algo raro. Esos seres no son normales.

—¿Puedes ser un poco más específica?

—Parecen haber sufrido algún tipo de intervención quirúrgica. Percibo su dolor pero no sus voluntades, como si fuesen autómatas.

—¿Hay fuerzas enemigas?

—Aparentemente no. Sólo esos cuerpos sin mente y un edificio extraño.

—Sigue observando hasta que lleguen los refuerzos. Voy a mandarte una patrulla para que asaltes el edificio. Eys, habrá que matar a todos los esclavos y capturar algún vong ¿Te ves capaz de hacerlo?

—Mándame esos diez hombres y verás.

Había transcurrido media hora cuando llegaron los soldados en unas sobrecargadas motojets y un AT-PT. La joven explicó la situación y planeó un ataque de emboscada por el cual, el vehículo de combate cargaría por el centro en una maniobra de distracción cuando hubieran rodeado la aldea en dos grupos diametralmente opuestos.



Acarició el sable de Aayla mientras esperaba la comunicación de que estaban todos en posición. No le gustaba la idea de tener que matar a los dantari, reflexionaba mientras se desprendía del casco de la armadura y lo dejaba sobre el asiento de su montura. Sin embargo, en el fondo sabía que era lo mejor para ellos, sus almas hacía tiempo que habían abandonado sus cuerpos.

—Señora, la escuadra lambda informa que están en posición.

Eysena asintió en silencio mientras el sargento stormtrooper, transmitía la orden de atacar.

Poco a poco, el ruido mecánico del transporte blindado golpeando el suelo con sus patas fue creciendo en volumen. La aldea estalló en un aullido infernal emitido por las

gargantas de los dantari. Un vong desprovisto de armadura salió a lo que debía ser la entrada de aquel edificio viviente. Los soldados cargaron.

Los esclavos no eran rival para las tropas imperiales a pesar de ser cientos. Se lanzaban a un combate cuerpo a cuerpo al cual nunca llegaban, excepto contra Eysena. Se habían convertido en auténticos seres irracionales, ni siquiera intentaban coger un arma.

Atacaban con lo que tuvieran en ese momento en la mano. Al llegar al edificio, la mitad de las unidades se quedó fuera intentando contener la avalancha mientras los demás iniciaban el asalto.

Con gran eficacia fueron avanzando por salas y corredores relevándose. Tenía toda la apariencia de ser una especie de laboratorio. Había salas de cultivo, ¿plantas?, horrorosas, salas de despiece… Si porque las carnicerías que presenciaron no eran autopsias, eran auténticos mataderos de todas las especies del planeta y de la galaxia.

Finalmente, en el piso de arriba, en lo que parecía una macabra mezcla entre templo y sala de tortura se encontraron frente a frente con dos vong. Recordando las órdenes, los soldados les rodearon apuntándoles con sus armas pero sin abrir fuego.

—Rendíos y se os respetará la vida —se adelantó Eysena con el sable en guardia baja.

Los vong ya eran horribles de por sí pero, uno de ellos, el de la armadura de cangrejo vonduun mostraba abundantes cicatrices y mutilaciones, sobre todo en el rostro.

—Un guerrero Shai, nunca se rinde —respondió esgrimiendo su anfibastón.

A pesar de que la armadura le protegía de la descarga de los bláster, la violencia de los impactos de tantas armas a tan alta cadencia le hizo trastabillar y tras varios pasos inestables cayó al suelo. Viéndole en esa situación, la joven ordenó detener el fuego. Se acercó corriendo al enemigo caído y, atravesó su cráneo con la espada de luz a través del hueco para los ojos del casco.

Lejos de asustarse, el otro vong mantuvo una actitud altiva. Parecía mucho más anciano y, aunque parecía desarmado, sin duda mucho más peligroso.

—Ha muerto honorablemente. Le envidio —comentó el científico.

—¿Eres el responsable de todo esto?

—Sólo soy un siervo de la purificación.

—De la tortura querrás decir, lo que habéis hecho con los dantari es un crimen.

—Fueron elegidos —explicó con su voz cavernosa— para conocer la verdad a través del dolor. Eran los más dignos pues no habían caído en vuestras aberraciones tecnológicas.

—Registradle e inmovilizarlo para interrogarle.

Cuando se acercaba el soldado un bicho bajó por la manga del científico que se lo lanzó a la cabeza. En un movimiento reflejo Eysena le amputó el brazo con su sable.

El horrible insecto había atravesado el casco y estaba devorando el rostro del infortunado soldado de asalto. Cuando los gritos cesaron, había muerto, el sepulcral silencio solo era roto por la siniestra risa del yuuzhan vong. La horrible criatura parecía disfrutar no sólo del dolor causado sino del suyo propio.

Eysena horrorizada levantó su sable amenazante.

—Me pidieron que te llevara vivo pero no en qué condiciones —dejándose llevar por su miedo le cercenó el brazo que le quedaba y ambas piernas. Luego tomó su pistola y disparó en el agujero de la cabeza del soldado. Un sonido repugnante confirmó que había alcanzado al insecto asesino. Desde fuera confirmaron que los esclavos dantari parecían haber perdido la voluntad de lucha y permanecían inmóviles, como muñecos a la espera de órdenes. La batalla había terminado.

—

Tú fuiste, un stormtrooper.
Te abandonaron, a tu suerte.
Luchaste contra rebeldes
Y brindaron, por tu muerte.

Todos tus amigos, quedaron allí
No sabes por qué vuelves.
Llegas a casa, solo para encontrar
Que nada es como antes.

Os trataron como a cobardes
Os sentenciaron, como culpables
Las voces de los caídos
No permiten, que descanses […]

«Regreso del frente». Ret'Efry Mosk. 12 DBY

Conocía muy bien la canción que silbaba su madre cuando fue a verla a la tienda de mando. La había hecho esperar mientras decidía las líneas de avance con su estado mayor. «Regreso del frente» fue el mayor éxito musical de la historia del Remanente Imperial. La compuso un soldado que sirvió a las órdenes de su madre. Reflejaba el vacío que sintieron las tropas ante el descorazonador panorama de los años siguientes a la batalla de Yavin, el rechazo de los que habían quedado en casa y la imposibilidad de readaptarse a un mundo que los había dejado atrás como piezas de museo. La canción era bastante larga pero algunas estrofas fueron censuradas en tiempos de Thrawn y nadie se atrevía a cantarla entera.

Ayllenia parecía cansada pero logró sonreír para abrazar a su hija un segundo. A continuación se separó y con los brazos en jarras esperó un informe.

—Las instalaciones enemigas han sido capturadas, mi general —se dirigió a su madre formalmente dado que había otros oficiales presentes— pero ha habido un incidente del que deseo informar.

—Adelante teniente —añadió desviando la mirada hacia el holomapa para ampliar la ubicación.

—Tuvimos que matar a uno de los prisioneros que se negaba a rendirse…

—Bien hecho —le confirmó sin darle importancia.

—Y mutilé al segundo. Lo siento mi general. No sé qué me pasó. No pude contenerme. Cuando lanzó aquella criatura contra nosotros…

Su madre la miraba directamente a los ojos. Pudo sentir su preocupación y compasión a través de la fuerza.

—Lo siento mamá —respondió la hija con tono casi infantil intentando contener las lágrimas.

—Caballeros les ruego me disculpen mientras acompaño a mi hija a interrogar al prisionero.

Ayllenia procuro hacer caso omiso del derrumbe de la teniente hasta abandonar la tienda. La hija caminaba a su par cabizbaja, tremendamente avergonzada.

—Voy a pedirte una cosa Eysena —le comentó mientras caminaban juntas—. No vuelvas a mostrar debilidad delante de las tropas. Vete a una esquina, y allí grita, llora, lo que te salga… pero nunca delante de ellos. No es solo por el que dirán cariño —intentó humanizar la corrección—. Su moral es más frágil de lo que creemos.

Cuando llegaron al puesto médico móvil, el vong había muerto. Eys no pudo evitar sentirse fatal con ella misma. El agregado de inteligencia salía justo de la tienda donde yacía el cadáver.

—¿Ha podido sacar algo en claro?

—Algo muy revelador —comentó mostrándole una bola de materia orgánica de color grisáceo—. Es un villip una especie de dispositivo de comunicación y almacenamiento. Conocíamos su existencia pero nunca habíamos conseguido ninguno. Lo descubrí por casualidad, escuche lo que pasa al citar su nombre:

«Reinhart».

Súbitamente la esfera cobró vida en la palma de su mano y se deformó hasta reproducir el rostro del muerto en miniatura y comenzó a hablar.

—Reinhart, Kawollian. Día 74º de nuestra llegada a este planeta de infieles. Hoy he logrado acercarme a uno de sus jedi con el dispositivo de enmascaramiento sin que notase mi naturaleza real. Le he inoculado mi virus experimental.

Esperaremos si produce el efecto que esperamos.

La general miró atónita a su subordinado, comprendiendo al fin el misterioso origen de la enfermedad de su padre.

—Día 77º. El sujeto jedi va perdiendo poco a poco su conexión con la fuerza. Sin embargo su organismo está resistiendo la mutación inducida sin cambios aparentes. Según nuestras pruebas el virus solo permanecerá activo 48 horas más.

—¿Quiere decir esto que…? —La madre le mandó callar un segundo.

—Día 80. El virus ha hecho crisis y el sujeto jedi se recupera. La mutación ha sido un fracaso pero al menos se ha logrado su aislamiento en la fuerza. Queda demostrada la inadecuación del virus en climas cálidos. La investigación debe continuar para prolongar su periodo infeccioso y resistencia.

Al terminar, la esfera volvió al reposo y durante unos segundos hubo un tenso silencio.

—Lleve ese maldito bicho a Bastión inmediatamente. Le pediré una escolta hasta un puerto seguro.

—Creo que soy más necesario aquí. ¿Quién sabe lo que podría descubrir en aquel laboratorio?

—Tiene razón. Eysena lo llevarás tú. Eres el único piloto de caza a excepción de mí. Coge mi TIE del campo base y quema los booster si es preciso. Te necesito de vuelta lo antes posible.

La hija dudaba si sentirse honrada o apartada por lo que había hecho. Seguía dándole vueltas al asunto cuando se cuadró para saludar. Al fin y al cabo su madre había dicho que la quería de vuelta pronto. No parecía enfadada. El tacto del villip era repugnante.

Tenía que buscar una bolsa para llevarlo.

—Eysena —le llamó su madre en la distancia, pero no le dijo nada. Lo que tenía que contarle le llegó a través de la fuerza: «cuídate hija».

Más tranquila consigo misma inició una carrera ligera para cumplir su misión.

—



No hubo tanta suerte como el día de la invasión. Al menos llevaba un TIE Hunter para enfrentarse a la patrulla de coralitas que le salió al paso. En realidad no había visto nunca un caza yuuzhan vong, pero aquellas «piedras» se movían muy rápido para ser meteoros. ¡Y se movían hacia ella! Tuvo que reprimir sus ganas de combatir recordándose a si misma el motivo de su misión. Introdujo las coordenadas de salto y la

computadora de navegación comenzó a calcular la ruta hiperespacial. Echó un ojo al HUD. Al final iba a tener que luchar porque la ruta aún iba a tardar unos minutos.

Su madre consiguió el T/H como recompensa personal por su lealtad y años de servicio de manos del mismísimo gran almirante Thrawn. Era una nave extremadamente rara, casi todas fueron destruidas o capturadas antes de la escisión. Más tarde, con la caída de los astilleros imperiales en manos del enemigo, las pocas que quedaban en servicio fueron quedándose poco a poco sin repuestos. Gran parte de los ahorros de su madre estaban invertidos en aquella nave. Era una gran muestra de confianza en sus posibilidades.

El tiempo estimado de cálculo bajaba demasiado despacio en el holodisplay.

—Veamos de qué estáis hechos —murmuró para sí mientras disparaba una descarga cuádruple con los bláster y los dos cañones de iones.

Los haces de energía se curvaron milagrosamente alrededor del coralita sin tocarlo desapareciendo en una explosión tras la nave. Eysenna blasfemó efectuando unos barriles para evitar los disparos enemigos. Estuvo tentada de accionar la potencia de emergencia pero recordó que no debía hacerlo. Si la gastaba ahora, quedaría a merced del enemigo al plegar los S-Foils para saltar al hiperespacio. Miró al reloj. Aún le quedaban unos segundos de actividad intensa, adrenalina y sudor.

No le fue muy difícil recuperar posición de disparo a las 6 de la pareja atacante.

Aparentemente no realizaron ninguna maniobra. Entonces sucedió algo tan inesperado como inquietante: la energía de los escudos comenzó a descender a gran velocidad.

Eysena asustada apretó instintivamente el disparador. Ella no entendió por qué esta vez las descargas si fueron efectivas. La coralita reventó en una nube de fragmentos incandescentes. Lo que sucedía era que, la criatura que curvaba el espacio-tiempo en defensa de la nave, era también la responsable de drenar la energía de los escudos. Este ser simbionte del coral yorik, era el dovin basal. Desgraciadamente para la piloto, estos conocimientos estaban aún muy lejos de su entendimiento. Se consoló pensando que todo había quedado registrado en la guncam de la nave.

En el HUD aparecieron más naves y ahora que no tenía escudos, se encontraba en serios apuros. Sólo le quedaba confiar en que el booster durara lo que aún le quedaba de cuenta atrás.

Plegó las alas mientras la aceleración de los impulsores la clavaban en el asiento. Estaba fuera de rango del enemigo mientras durase la potencia.

—¡Corre, corre! —suplicó con la vista clavada en el tembloroso tablero de mandos.

La energía se agotó pocos segundos después. Mantuvo el rumbo de alejamiento pero le ganaban terreno. Cuando ya estaba a punto de declararse «jodida», la nave saltó. Había escapado por los pelos.

—

La horrible criatura realizó tres reverencias al maestro de la guerra en absoluto silencio.

Shedao Shai le ignoró mientras alimentaba a una extraña criatura alada posada en su mano. El animal tenía las garras clavadas en su carne pero el militar supremo vong no parecía prestar atención alguna a la sangre que resbalaba por su brazo.

—Hable comandante.

—Una nave infiel ha escapado del planeta que llaman Dantooine destruyendo uno de nuestros coralitas que salió a su paso.

—Espero que el clan responsable del fracaso haya tomado las medidas oportunas para redimirse.

—Los responsables han entrado voluntariamente en la sala de purificación. Uno de ellos incluso ha muerto.

—Me alegra comprobar que el honor sigue intacto… Ahora respóndeme, ¿cómo pudo escapar una de esas aberraciones a vuestra destrucción en un planeta bajo nuestro control?

—La nave no era de la República mi señor. Ha sido identificado como un prototipo del antiguo Imperio Galáctico.

El maestro de la guerra tomó asiento en su trono depositando a su mascota en el brazo de la misma.

—¿Quién está a cargo de la vongformación del planeta?

—El maestro Iopu Grai.

—Es un gran científico pero un pésimo militar. Infórmenle que el mando vuelve a la casta de los guerreros.

—Señor… ni el maestro Grai ni el subalterno Omman Shai responden a nuestros intentos de comunicar desde hace horas.

—Era cuestión de tiempo que el imperio intentase sacar beneficio de nuestra cruzada. Ahora que esos infieles incautos han salido de sus fortalezas aprovecharemos para reducir su número y prepararnos el asalto a sus mundos.

Detén los preparativos para la invasión del núcleo. Bloquea el planeta y desembarca un cuerpo de ejército.

—Pero señor, no conocemos el número de enemigos a que nos enfrentamos, ni su ubicación exacta.

—No me importa. No les abandonarán y les estaremos esperando. Es hora de activar un par de agentes en Bastión.

—

Tan pronto como pudo entregar el villip pasó por los alojamientos del cuartel general a dormir unas horas antes de regresar.

Entretanto, Leia Organa Solo, primer cónsul de la Nueva República llegaba a Bastión a discutir algunos flecos del tratado. Ante la insistencia de la invitada, la sacaron de la

cama a las pocas horas. Parcialmente recuperada se enfundó el uniforme de la flota y fue conducida a la sala de audiencias de palacio.

Escoltada por dos guardias de honor la invitaron a tomar asiento a la misma mesa que los dos máximos dirigentes de la galaxia.

—Teniente Garren la he mandado llamar porque nuestra invitada se muestra preocupada por el futuro de nuestra operación en Dantooine.

—Eysena, creía que había quedado claro cuando hablé con tu madre que nuestras fuerzas debían cooperar. Si seguimos actuando por separado ningún bando sacará beneficio de esta alianza porque nos aniquilarán.

—La verdad es que la general Garren - Reinhart está llevando una operación impecable en el planeta, mi querida cónsul.

—Es cierto que los han pillado desprevenidos y el planeta es vital para su línea de abastecimiento pero el enemigo no va a permitir que se interpongan en sus planes de dominación. Volverán sobre sus pasos y los exterminarán… y luego a nosotros.

—¿Cuál es su informe teniente?

—Hasta el momento no nos hemos encontrado oposición significativa.

—¿Lo ve cónsul? Mientras estamos discutiendo deberíamos estar planeando el contraataque combinado.

La fuerza no le sugería nada pero Eysena creyó escuchar un ruido extraño como el de un insecto. Se volvió y allí estaba descendiendo por el brazo de uno de los guardias una especie de ofidio.

Encendió el sable azul a gran velocidad lanzándose al ataque. El reptil se había rigidizado y de un solo golpe mató al otro guardia decapitándolo. Leia y Pellaeon retrocedieron para apartarse de la zona de combate a espaldas de la joven.

El vong disfrazado no era rival para una jedi sin su armadura de cangrejo. A pesar de su gran destreza en el uso del bastón viviente, Eysena logró evitar todas las acometidas y finalmente le abrió el pecho diagonalmente casi partiéndole en dos. El espía cayó al suelo exhalando la vida en grandes bocanadas mientras un torrente de sangre negra manaba por su boca.

—¿Cómo es posible? Conozco a ese guardia de toda la vida.

—Vuestro guardia está muerto —explicó Leia—. Lo hemos visto antes. Lleva un enmascarador ooglith. Pueden adoptar cualquier identidad.

—¿Qué posibilidad hay de que no se hayan enterado de lo que está haciendo mi madre?

—Me temo que ninguna. Seguramente ha estado trasmitiendo todo con un villip directamente a algún yammosk.

—Odio tener que decirlo pero me temo que la invasión ha sido demasiado prematura.

—No pretenderá decirme que va a abandonarlos en ese planeta infernal. ¿Le he contado lo que hacen con los prisioneros?

—No puedo arriesgar la flota para salvar a unas pocas legiones. Sé que la general Garren luchará con dignidad y no se dejará coger viva por esas alimañas.

—No se precipite almirante —medió Leia en el conflicto cuando Eysena estaba a punto de agredir a su superior—. Aún podemos sacar beneficio de esta situación.

Lo que queda de nuestra flota no está lejos y el enemigo no espera que cooperemos en gran escala aún. Si nos reunimos podemos sorprenderlos lo suficiente para evacuar el planeta.

—¿Y cómo piensa hacerlo? Su misma flota ha sido vapuleada por esos malditos bastardos y sus escudos gravitacionales. Plantando batalla solo podemos perder.

—¿Olvida que Kuat está bajo nuestro control?

—No veo la relación con el caso que nos ocupa.

—Allí disponemos de una lente láser DS.

—¿Qué demonios es eso? —intervino la teniente con visible excitación.

—La lente de la estrella de la muerte. En cualquier caso, no disponemos de una estación espacial lo suficientemente potente para dispararla y tardaríamos meses en hacer una nueva.

—Estaba pensando en un superdestructor como el que luchó en Endor hace 20 años.

—Gastando toda su energía apenas llegaría a la cuarta parte de la potencia de la estrella de la muerte.

—Pero esta vez no queremos destruir un planeta querido almirante. Semejante energía tiene que sobrecargar por fuerza algunos dovin basal como para que los demás podamos realizar nuestro trabajo ¿Qué me dice? Le damos la lente y le cedemos los astilleros para fabricar más para sus naves y las nuestras.

—Sólo nos quedan dos y el Vengador es la nave insignia… De acuerdo. Teniente, busque al contra-almirante Retenard al mando del Perseguidor, que acaba de atracar en Yaga Minor, para que parta de inmediato con destino a Kuat y embarque usted con él. Dígale que debe hacer lo imposible por instalar un cañón para una lente DS antes de tres días. Recibirá las órdenes formales cuando se encuentre en ruta. Yo procederé a movilizar la flota entre tanto.

—

—Caballeros, los informes recopilados por inteligencia en el laboratorio que asaltamos ayer son más que preocupantes. El enemigo está comenzando a utilizar el planeta para criar a sus bichos fabricantes de toxinas —la general se peinó el flequillo con evidente cansancio y preocupación—. En especial, hay una criatura experimental desarrollada por el científico que capturamos, su sangre sirve de incubadora a un virus terrible. Una enfermedad que aislaría por completo a la galaxia de la fuerza.

—Lástima no haberlo tenido hace 20 años contar esos malditos jedi —se le escapó a un capitán de cierta edad—. Disculpe señora, no fue mi intención —recapacitó al darse cuenta de su error.

—A pesar de las opiniones particulares, —comentó dirigiéndole una mirada asesina— esa criatura debe ser destruida sin dilación.

—Señora, si derramamos la sangre de esa criatura, ¿no estaremos propagando la infección?

—Efectivamente, debemos incinerarla. Sus Ingenieros de asalto se ocuparán de ello capitán.

—¿Tenemos alguna pista del aspecto de ese ser repugnante?

Ayllenia activó el holoproyector del centro de la mesa y un artrópodo de grandes dimensiones y larga cola se materializó ante los presentes.

—Necesitaré muchos lanzallamas para acabar con ese bicho.

—Recuerden todos que su sangre no debe ser derramada bajo ningún concepto. Si sucediera, hay que incinerar inmediatamente la zona afectada. Si fuese preciso deben prenderse fuego ustedes mismos.

—¡No puede pedir eso a las tropas!

—Claro que no puedo pedirlo. Lo haré yo misma si llega el caso. Les he mandado las coordenadas, pongan las tropas en marcha. En 15 minutos quiero las legiones en movimiento. Iré en el AT-AT de Ragner. Muévanse.

—

Desde que se recibieron las órdenes, la tripulación del Perseguidor y un retén especial de trabajadores se habían empleado a fondo en el remodelado de la nave. Se habían derribado numerosos mamparos internos para abrir una vía directa desde la proa al núcleo de energía de los motores. Esto implicaba que la nave quedaría sin potencia motriz durante un minuto o dos cada vez que se disparase el súper-arma. El dreadnaught clase Executor era un símbolo del orgulloso pasado de la flota. Su regreso a Kuat, 18 años después de su salida de los astilleros fue un momento de gran emoción entre la tripulación más antigua. Lo más extraño sin duda fue cuando una unidad rebelde de cazas formó a su proa para escoltarle al punto de estacionamiento.

Eysena sonrió al ver al contra-almirante fingir una molestia en el ojo para limpiarse una lagrimilla. La Fuerza era muy clara con respecto a sus emociones. Sin duda era un día importante. Apenas se detuvieron, comenzaron a cercarse las naves de construcción del astillero. Había poco tiempo y mucho trabajo aún por hacer en la gran astronave.

—

Cuando las naves de transporte aterrizaron en las llanuras, el maestro ingeniero Usank de la casta Grai, se sintió enormemente aliviado. Sabía sin embargo que el mando de su casta sobre el planeta había llegado a su fin. Se limitó a esperar en la puerta, sentado sobre un banco coralino contemplando el interminable desfile de chazrach tomando posiciones en los alrededores del enclave.

Finalmente llegó el momento que tanto temía. Un artrópodo de grandes dimensiones se detuvo frente a él y un comandante de la casta Shai le inquirió a ponerse en pie.

—¿Eres Usank Grai?

—Así es comandante. ¡Gracias a Yun Ne'Shel que habéis llegado!

—Se os dejó al cuidado de un planeta completamente seguro y me encuentro con un desastre como no se recuerda desde la gran guerra contra los infieles.

Infórmame hasta donde ha llegado vuestra ineptitud.

—Hemos perdido casi todos los viveros de coralitas de la zona sur pero lo más grave es que hemos perdido la criatura experimental del maestro Iopu con la que esperábamos acortar enormemente la guerra.

—Nos encargaremos de que se os devuelva su ADN cuando retomemos el planeta.

—Me temo que no será posible. Su cuidador pudo ver como lo incineraban con lanzallamas antes de huir. Todo el trabajo y las notas del maestro Iopu han caído en manos del enemigo.

—¿Cuánta información hemos perdido?

—Todos los datos secretos y la localización de todos nuestros emplazamientos pero ahora que la flota ha vuelto…

—La flota no dará marcha atrás. Me basta con un único acorazado para exterminar un par de miles de infieles.

—¡Pero señor, tienen grandes máquinas…!

—¿Está flaqueando tu fe? —le amenazó estirando su anfibastón hasta su cuello—. Mi ejército está preparado para acabar con los infieles y yo personalmente arrancaré el corazón de su líder y lo reventaré con mis propias manos. Tu tiempo ha terminado.

La cabeza del científico cayó rodando a los pies del coriáceo insecto que continuó indiferente su camino. En la distancia, un par de exploradores que observaban desde la espesura la maniobra con binoculares montaron en sus motojet para regresar cuanto antes a avisar a sus superiores del desembarco.

Sorpresas diplomáticas

Las horas pasaban muy despacio para la joven jedi. Paseaba arriba y abajo por el despoblado hangar de la gran astronave esperando la conclusión de los trabajos de reacondicionamiento cuando fue llamada a la sala de reuniones del puente principal.

El vicealmirante y su segundo se hallaban reunidos con las autoridades de los astilleros.

Percibió gran tensión en el ambiente. Todas las miradas estaban clavadas en ella.

Pase Garren, han llegado órdenes para usted. Retenard le alargó un papel sin levantarse de su asiento.

—No entiendo nada —comentó Eysena al leer las primeras líneas.

—Créame que nosotros tampoco —intervino un calamariano de la delegación de la República—. La orden ha sido confirmada por nuestros canales. De algún modo, usted es la portavoz de la república en esta misión diplomáticamente hablando.

—¡Pero esto es una locura! Yo soy imperial…

—Es una orden del gran almirante y de la cónsul Organa-Solo, así que tome asiento teniente. Por lo que a la flota se refiere, usted se encuentra automáticamente fuera de ella en misión diplomática. Conservará su rango pero no ostentará mando alguno en su desempeño.

—Comprendo señor.

—Y ahora que estamos todos, volvamos a los temas que nos ocupan. La lente DS es demasiado grande para la potencia que podemos aplicar, debemos cortarla a medida.

—Ya le he explicado mi querido vicealmirante que eso sería como destrozar una perla krayt para hacer un anillo —explicó el bothan al cargo de la instalación—. La solución pasa por aumentar la fuente de potencia y remodelar el casco.

—¡Maldita sea, Ollean, no tenemos ese tiempo!

—¿De cuántas horas estamos hablando? —les interrumpió Eysena algo confusa aún por los acontecimientos.

—En 3 o 4 semanas tendríamos un arma adecuada para luchar contra los vong.

—Mi madre y sus tropas no tienen ese tiempo. ¿Cuándo podríamos partir de cortar la lente?

—En 6 horas —intervino el contraalmirante.

—Córtenla. En un mes podemos incluso haber perdido este sistema.

El bothan reprimió una blasfemia pero no le quedó más remedio que acatar la orden.

—¿Se sabe algo de las naves de la república que venían a ayudarnos en la evacuación?

—El mando comunica que la flota enemiga sigue rumbo hacia el núcleo y que apenas unas pocas naves se han separado para cubrir su retaguardia.

—¿Es usted oficial de la flota? —preguntó al Calamariano que le había respondido.

—Así es.

—Luego no van a enviar a ninguna nave a ayudarnos en la evacuación.

—No podemos arriesgar más mundos en una evacuación sin posibilidades de éxito.

—Mantengan la calma —les interrumpió una Eysena desconocida hasta para ella misma—. Comprendo la posición de la República.

Los representantes locales sonrieron ante la inesperada defensa de su punto de vista por su representante.

—Sin embargo, me veo obligada a hacer valer los términos del acuerdo sellado por nuestros líderes —miró directamente al oficial alienígena—. Ordene a sus escuadrones de X e Y Wing que embarquen sin dilación en el Perseguidor.

Nuestra unidad de TIE Figthers está muy mermada y necesitaremos su ayuda.

—¡Nos quedaremos indefensos!

—Si el Perseguidor es destruido, los yuuzhan vong serán la menor de sus preocupaciones pues la alianza habrá sido violada. Los escuadrones serán devueltos a su servicio tras la misión.

El contra-almirante aprobó la actitud de la teniente con su silencio.

—¿Y si nos negamos? —la desafió abiertamente el bothan esperando provocar una actitud de deslealtad en la recién nombrada portavoz.

—No creo que quiera desobedecer una orden consular —cruzó los dedos tranquilamente—. La república se comprometió a colaborar en esta misión a cambio de la ayuda imperial en la guerra. El remanente no pide ninguna nave capital de apoyo como estaría en su derecho. Tan sólo que se complete su dotación de cazas.

—Ollean —intervino el comandante calamariano—. Tienen razón. No podemos pedirles que se arriesguen ellos solos. Necesitamos su flota para defender nuestras líneas de suministro. En un ataque de poco serviría nuestros cazas solos. Daré las órdenes para preparar su partida en 6 horas. Si nos disculpan.

Cuando las autoridades de Kuat abandonaron la estancia Retenard contempló por unos instantes a la joven que permanecía pensativa con la mirada baja.

—No debe preocuparse, rescataremos a su madre y a sus tropas.

—Usted sabe que eso es muy poco probable —le respondió con resignación.

—Sea optimista teniente. Todo parecía perdido después de Yavin y les devolvimos el golpe en Hoth.

—Sí —sonrió la joven—. Cuando era pequeña me encantaba que mi madre me contara como escapó durante el ataque a Echo base.

—Ya verá como todo sale bien. Por cierto, extraoficialmente le comunico que la general Garren-Reinhart está arrasando al enemigo en tierra. Ha llegado un comunicado de operaciones hace unas horas con su posición.

—Gracias señor. Significa mucho para mí saber que está bien. No es solo porque sea mi madre… es que ella… —no pudo seguir porque tuvo que esforzarse en contener una lágrima—. Disculpe señor.

—Llore si quiere Garren. Ahora es una civil, ¿recuerda?

—No señor —sonrió limpiándose con los dedos los lacrimales—. Soy un soldado como mi madre… con o sin uniforme, y los soldados imperiales no lloran.

—No diga bobadas. Somos humanos al fin y al cabo.

—Creo que voy a quitarme el uniforme. No quiero que los rebeldes recelen de mí cuando los represente. Con su permiso, señor.

—Garren —la llamó el comandante de la nave cuando abría la puerta para salir—. Su madre estaría orgullosa de verla en estos momentos.

—Gracias señor.

Por fin había partido el «Perseguidor» y los pilotos de la república vagaban por las cubiertas curioseando la enorme nave de guerra.

Indefectiblemente acabaron en las cantinas donde Eysena degustaba un trago en la barra sumida en sus pensamientos.

—¿Qué tengo que hacer para que me llenen el tanque compañera? —le preguntó un piloto rebelde de mediana edad.

—Enséñale tu chip de identidad al androide y te dará una bebida alcohólica por día.

—¿Una sola? Estos imperiales siempre tan estrictos… —comentó mientras pedía una cerveza trandoshana—. Por cierto, no te he visto nunca en Kuat. ¿Y los parches de tu unidad?

—No te equivoques rebelde —sonrió la joven consciente de que su cazadora le había inducido al error—. Soy imperial de pies a cabeza.

—Esa chaqueta es demasiado vieja y tú demasiado joven para que fueses tú quien mató a su dueño. ¿Cómo la conseguiste? —le preguntó sin darle demasiada importancia.

—Fue un regalo de mi padre cuando era niña.

—Eso ya cuadra más. Me llamo Parr'ex, estoy al mando del escuadrón de caza «Lady Blue».

Eysena le mostró el pectoral de la cazadora donde estaba la placa con su nombre en Aurabesh sin mostrar emoción alguna.

—De modo que tú eres nuestra flamante representante… ¿Sería mucha indiscreción preguntarte cómo has llegado a serlo?

—Me he encontrado un par de veces con vuestro nuevo cónsul. Ni yo lo entiendo.

¿Quién era «Lady Blue»?

—Durante la guerra mi unidad volaba «A wings» embarcados en el «Defiance».

Tiri era la chica más guapa de la flota… y una de las más valientes. Nuestro indicativo de radio era el color Azul, de ahí le vino el nombre de «Lady Blue».

—¿Qué fue de ella? —preguntó intrigada apoyando la bebida en la barra.

—Nunca se supo en realidad. Desapareció en una misión catastrófica de la que tuvimos que huir. Unos dicen que la vieron explotar, otros que la habían capturado y llevado a Kessel. Nunca encontramos su nave, ni a ella.

Recorriendo su cuerpo con la mirada, el comandante Parr'ex Belkan se topó con el sable láser asomando bajo la cazadora colgado de su cintura.

—Creía que no había más jedi que los de la Academia de Skywalker.

—Es un error muy común —dio un trago breve para aliviar la tensión.

—Ahora me siento mucho más tranquilo entonces.

—¿Por qué? —le preguntó con una tímida sonrisa.

—Porque seas jedi o sith sé que les darás una paliza a esos malditos yuuzhan vong.

—¿Ya no te parezco demasiado joven?

—Nadie es demasiado viejo ni demasiado joven para luchar por su supervivencia.

Eso es algo que los rebeldes aprendimos muy bien.

—Me ha gustado eso que has dicho, «rebelde». —Eysena sonrió al piloto, tras enfatizar lo de rebelde, tendiéndole la mano—. Por una vez, me gustaría que salierais vivos de esta.

—

Frente a tropas tan superiores en número, Ayllenia y su estado mayor no habían podido hacer nada salvo presentar batalla en el terreno más desfavorable para el enemigo. La

infantería chazrach cubría las enormes llanuras de Fon'Dantar hasta donde llegaba la vista. Los 3000 soldados imperiales se habían atrincherado en los linderos del bosque donde habían excavado unas pocas trincheras y derribado algunos árboles para proporcionarse algo de cobertura. Las cabezas de los AT-AT asomaban amenazadoras entre las copas de los árboles. En el centro de la línea de defensa, la general Garren Reinhart daba las últimas instrucciones por medio de hologramas.

—La situación es muy grave señores. La mera presencia de ese ejército enemigo indica que mantienen el control del sistema y no obtendremos refuerzos ni reemplazos. Dispararemos sólo cuando estemos seguros de no fallar el blanco.

Sólo el cielo sabe cuánto tendremos que resistir con las existencias de Tibanna que nos quedan. —Estaba tremendamente asustada pero no podía exteriorizarlo ante sus hombres. Pasó la mano por su frente para apartarse el flequillo completamente empapado por la lluvia—. Tenemos que masacrarles en la llanura.

Coronel Ragner, si el enemigo llega a nuestras líneas y observa peligro de que nos desborden, usted deberá cargar con sus fuerzas acorazadas por el centro hacia su retaguardia y, una vez allí, volverse a uno de los flancos. Desde tierra haremos todo lo posible para apoyarlo.

—Señora, ¿qué hacemos con las piezas de artillería de campaña?

—Disparar hasta que les sangren las manos capitán y, luego, seguir disparando.

Ustedes son nuestra mejor defensa contra esos enormes «insectos». Lástima que solo tengan dos piezas.

—¿Dónde tendrá su puesto de mando mi general?

Ayllenia tomó su espada láser de su cintura encendiendo su luz amarilla intensa.

—Esta vez me toca quedarme en tierra amigos míos. Me quedaré en el centro con el tercer batallón.

—¿No debería ponerse una armadura de batalla en vez de esa de explorador?

—Mi querido Ragner, luché con esta misma armadura en Endor. Es ya parte de mí.

¡Buena suerte caballeros! Estoy orgullosa de todos y cada uno de los soldados bajo mi mando, comuníquenselo así a las tropas.

—

Había acudido al puente principal de mala gana. Era evidente que la batalla estaba próxima dado que se había dado orden a los pilotos de concentrarse en los hangares. De algún modo, el almirante la quería lejos del fuego.

—Bienvenida Garren. Estamos dispuestos a dar el último salto —el almirante sonrió al verla con el traje de vuelo pero no comentó nada al respecto—. Si no hay problemas transmitiremos la señal al grupo de evacuación.

—No creo que nos lo pongan tan fácil.

—Ni yo. Tome asiento. Navegante, pasemos a velocidad luz.

Las estrellas se alargaron para más tarde desaparecer en un vórtice. Si no fuera porque el tiempo no transcurre igual a esa velocidad, no hubieran sido más de 5 o 6 segundos hasta que todo se normalizó.

—¡Que salgan los cazas! —ordenó el almirante sin esperar a recibir los diagnósticos habituales.

—Señor, debería dejarme salir con mi TIE. Aquí soy de poca ayuda.

—Es usted un representante de una potencia aliada. No arriesgaré su vida teniente.

La joven acató la orden con resignación.

—Señor. Hay una nave enemiga de enormes proporciones en el punto de salto previsto para la Fuerza E.

—¿Estado del hiper-laser?

—Todos los sistemas están en orden señor. —Una descarga de plasma procedente de la nave enemiga hizo parpadear el escudo tímidamente—. Orienten esta bañera hacia esa escoria alienígena.

—Almirante, la nave enemiga está lanzando coralitas.

—De acuerdo hagamos el trabajo que hemos venido a hacer. Vía libre a los cazas para interceptar.

El «Perseguidor» maniobró lentamente para colocar su proa frente al acorazado yuuzhan vong mientras los TIE y los cazas de la república mantenían un baile mortal entre ambas astronaves. En cuanto hubo una línea libre de obstáculos amigos un gran haz de color verde asomó de la enorme abertura del casco inferior del superdestructor.

El rayo se prolongó un par de segundos en la nave viviente mientras canalizaba la potencia acumulada en sus enormes condensadores. Los Dovin habían desviado la parte inicial del rayo hacia irregularidades gravitatorias pero no estaban preparados para un esfuerzo continuado. Parte del haz llegó a impactar en la nave produciendo pequeñas explosiones superficiales.

—Estamos sin tracción señor —informó un técnico desde su consola. El bombardeo al que les sometía el acorazado era realmente aterrador. Sólo por sus escudos desmesurados se mantenían aún intactos.

—Arranque los sistemas de nuevo y recarguen el arma.

—Tiempo estimado para nuevo disparo: 15 minutos.

—No resistiremos 15 minutos aquí parados —comentó Eysena preocupada.

—Se tarda 7 minutos en arrancar los motores tan sólo —le explicó el almirante tenemos que resistir—. Concentren el fuego de los turboláser en la zona impactada de la nave enemiga. Haremos todo el daño que podamos.

—Señor, el 158º informa de graves bajas en la pantalla de cazas.

—Almirante, la Fuerza E viene escoltada por el «Inabordable»…

—No voy a arriesgar otra nave inútilmente Garren. Si nosotros no vencemos, es que nadie puede hacerlo.

Hubo una explosión que hizo caer al suelo a ambos oficiales. Cuando se pusieron en pie, había un par de consolas ardiendo y soldados de la guardia con extintores y evacuando a los heridos. Entonces sucedió el milagro.

Medidas desesperadas

Un viejo crucero mon calamari había saltado justo detrás de la nave enemiga. Desde el puente de mando vieron perplejos como desplegaba toda su potencia de fuego sobre la nave capital enemiga. De sus dos hangares comenzaron a salir cientos de pequeños cazas, cazas que no pertenecían a la república.

—¡Droides buitre! —exclamó el oficial de operaciones del «Perseguidor»— ¡Qué demonios!

La joven piloto comenzó a reír sin preocuparse que todos la mirasen con ojos de loco.

—¿Deduzco que usted tiene alguna información de la que nosotros carecemos?

—Es mi tía Senna (Eysenna Reinhart) —le explicó secándose un par de lágrimas de alegría—. Hace años que convirtió esa nave que capturó en una nave corsaria.

Hace unos diez años encontró un superdepósito de droides de combate de la federación y los está usando desde entonces. Salvo unos pocos amigos de confianza, la nave entera está tripulada por robots.

La batalla había cambiado por completo de signo gracias a los refuerzos inesperados. Los buitre reprogramados embestían directamente a los coralitas convirtiéndolos en amasijos de acero y rocas incandescentes. Sin duda su tía ya se había enfrentado a los vong en su periplo fuera de la galaxia. Poco a poco aparecían explosiones secundarias en otros puntos del acorazado, por extensión de los incendios.

—Señor, llega una comunicación del «Ojos de hielo».

—Espero que no le moleste compartir víctima con un corsario almirante —se escuchó la voz de una mujer adulta por la megafonía—. Me ha llevado tiempo enterarme que volvíamos a estar en guerra. La paz no era un buen negocio para la gente como yo.

—¿Cómo se ha enterado de esta operación secreta Reinhart? —bromeó el almirante conteniendo una carcajada.

—Mi querido almirante, tengo que tener contactos «especiales» para sobrevivir en los círculos que me muevo. Además, le debía un par de favores a la insensata de mi prima y a esa hija atolondrada que tiene.

—Hablando de la teniente Garren… ¿Dónde se ha ido?

Aprovechando la distracción, Eysena había abandonado el puente y escapado corriendo como un antílope en dirección a su nave. Una vez allí, había despegado en el T/H dispuesta a sumergirse en la batalla. Volaba en línea recta cuando la fuerza le advirtió del peligro. En una brusca maniobra cambió el rumbo de su nave justo a tiempo de evitar la segunda descarga del hiperlaser. En esta ocasión, la nave enemiga explotó en una nube de partículas encendidas. Una placentera sensación de alegría la recorrió de pies a cabeza. Dudó si alguna vez podría sentirse mejor.

—Garren —le llamaron por radio—. El almirante pregunta si no les molestaría demasiado ponerse al frente de los bombarderos que vamos a lanzar al planeta.

—Díganle que nada me haría más feliz.

En tierra, la batalla estaba empezando a dejar de ser cómoda. Mientras los chazrach se acercaban a campo abierto eran blancos fáciles. Habían matado cientos. Aún así no dejaban de venir. Era una monstruosidad: cargaban a la carrera profiriendo horribles gritos. Los hombres empezaban a fallar por cansancio y, lo que los «rebeldes» llamaron pastores de Thralls se acercaban. Según les habían informado, esas cúpulas de queratina con miles de patitas, portaban dovines que creaban un campo de invulnerabilidad contra laser y protones a su alrededor. Sólo un impacto directo de la artillería sería lo suficientemente potente como para sobrecargar la capacidad de absorción del dovin.

Pretender que dos piezas que disparan «barrage» continuo acierten en cada uno de ellos era prácticamente imposible. De momento solo una especie de oruga espinada de enormes proporciones les disparaba con descargas de plasma según avanzaba.

En aquel momento aceptó que iban a morir todos en aquel bosque.

Un sonido fue creciendo, un zumbido tan conocido que le pareció casi música. Su TIE Hunter pilotado por su hija realizó una pasada sobre la vanguardia enemiga paralela a sus líneas… y detrás, a cierta distancia una gloriosa formación de Y Wings y desfasados TIE Bomber.

La general se lanzó prácticamente a ponerse el caso para comunicar por radio. Los bombarderos soltaron una ristra de bombas cada uno en su primera pasada.

—Dejad a la infantería. Id a por los bichos gordos —ordenó con agitación por radio.

—Tenemos órdenes de limpiar la explanada para preparar la evacuación, mi general.

—Si no destruyen a los «pastores de thralls», a los redondos, nuestras armas serán inútiles y nos desbordarán —tuvo que detener la explicación pues los primeros chazrach habían entrado ya en combate cuerpo a cuerpo. Eysena reconoció con claridad el sonido de la espada laser de su madre luchando por su vida.

—Cambio de planes —tembló por una descarga cercana de los ciempiés espinados que ahora hacían las veces de antiaérea—. Tenemos que concentrarnos en los bichos gordos y redondos que son los que portan sus «escudos», repito, vamos a por los gordos y redondos.

Los T/B se llevaron al peor parte. Al carecer de escudos deflectores reventaban con un solo impacto. Aún así, nadie se retiró del combate mientras le quedase una bomba. La enorme saturación del bombardeo produjo sus frutos y conforme los pastores iban muriendo, los esclavos reptiloides huían en desbandada. Derrotada la fuerza yuuzhan vong, los cansados supervivientes imperiales salieron a campo abierto.

Eysena no pudo resistirse a aterrizar para abrazar a su madre que avanzaba al frente de una avanzadilla de soldados de asalto pero unos ojos envueltos en sangre no perdían detalle de la joven que acababa de apearse de la cabina.

El comandante Nimman Shai realizó un esfuerzo para salir de bajo el cadáver de insecto gigante que le aprisionaba parcialmente un brazo y que le había salvado la vida.

Apoyándose en el caparazón se puso en pie y profirió un grito para llamar la atención de la joven. Ante los ojos atónitos de Eysena se desprendió de la armadura que le protegía mostrando su pecho cubierto de heridas sangrantes.

—Te desafío a un duelo de honor infiel —le gritó esgrimiendo amenazadoramente su bastón.

—¿Por qué debería darte ese gusto? —respondió la piloto dejando caer el casco al suelo. A unos 50 metros su madre le gritaba que no se acercara bajo ningún concepto.

—Eres una jedi. Os conozco bien. No puedes negarte.

Una sensación extraña comenzó a extenderse por el cuerpo de Eysena. Matar a aquel ser comenzaba a parecerle algo necesario. Aún más, toda su raza debía ser exterminada si no eran capaces de portarse civilizadamente. Ayllenia lo percibió con toda claridad.

Eysena se había rendido al lado oscuro.

Encendió su sable feliz de matar a aquella criatura pero todo se tambaleó al contemplar el resplandor azulado. Era el sable de Aayla, conservado durante años para ella. Un sable que siempre había defendido la justicia. Eysena tembló dudando pero ya era tarde.

El comandante Shai lo había interpretado como que aceptaba el duelo. El combate comenzó pero el vong estaba muy débil. No fue un combate limpio. La humana no necesitó esforzarse en absoluto. Tras unas pocas fintas la hoja laser atravesó su pecho.

En los segundos que tardó en desensartarlo, la joven se sintió sucia y avergonzada.

Permaneció con la mirada baja mientras, su madre comenzaba a acariciar sus cabellos, compasiva.

—No debí hacerlo. Ya no era un peligro para nadie. He vuelto a fallar madre.

—No hija mía. Has triunfado. Estás lamentando su muerte: Casi te pierdo para siempre en el lado oscuro de la fuerza.

—Tengo miedo madre. Por un momento me sentí a gusto pensando que los mataría. Me vi matándolos uno por uno. ¿Es ese mi destino?

—Skywalker decía que el futuro está en continuo cambio. Estas visiones que tenemos a veces no son más que lo que puede llegar a ser. Puedes evitarlas hija, como hice yo cuando me vi morir en los túneles de la Segunda Estrella de la Muerte.

Con los supervivientes abordo, la Fuerza E y el «Perseguidor» regresaron al remanente.

El superdestructor desvió su ruta a las proximidades de Kuat para permitir el regreso de las unidades de la Nueva República.

Eysena recorría el hangar donde se preparaba para volver a casa el escuadrón «Lady Blue». Buscaba a un amigo que no podía localizar. Finalmente se le acercó un sullustano con su siempre difícil de entender idioma.

—¿Eres la teniente Garren? —le preguntó con gran educación.

—Sí, soy yo. Oye ¿no sabrás dónde anda el comandante Belkan? Quería despedirme de él.

Con gesto apenado el sullustano le tendió un marco con una fotografía.

—Dejó escrito que si no volvía te diéramos esto. Era su más preciada posesión.

Eysena miró atónita la imagen de dos jovenzuelos alegres junto a un A-Wing sin entender muy bien.

—Son el comandante y su hermana, Tiri, durante la guerra. Me comentó que le recordabas mucho a ella.

La humana se abrazó a la fotografía emocionada por el detalle. El sullustano le tendió la mano y la mantuvo unos segundos estrechándosela.

—Ha sido una batalla magnífica y nos has llevado con honor y dignidad. Parr'ex no hubiera querido morir de otra manera. Espero que nuestros destinos sigan enlazados en la misma causa. ¡Qué la Fuerza te acompañe Lady Blue!

—¡Qué la Fuerza os acompañe siempre, amigos míos!

—

Epílogo:
Espaciopuerto de Bastión

—¿Qué vas a hacer ahora que has perdido casi todos tus «buitres»?

—Tenía pensado cambiar de vida. Ya tengo 44 años, mi nave está desfasada y mi modus operandi también.

—¿Por qué volviste? Dijiste que te ibas de la galaxia.

—No pude prima. Llevo 20 años robando a piratas y rebeldes para revenderles luego lo que les robo y volvérselo a robar. Todo lo que conozco, las personas a las que amo están aquí.

—¿Sigues pensando en Lo'rren Xar?

—Cada día desde hace 22 años.

—¿Sabes que volvió a Naboo al voluntariado de seguridad?

—Sí, pero no volveré a verle hasta que me rehabilite a sus ojos. Voy a reintegrarme al servicio de convoys imperial. Estoy harta de trucos sucios.

—Senna, estábamos en guerra… seguro que comprendió que no podía pedirte que dejaras todo en lo que creías por él.

—Le amaba y le traicioné. Tengo lo que me merezco Aylli —el T/H pilotado por Eysena aterrizó junto a la lanzadera en cuya rampa permanecían conversando su madre y su prima—. ¿Sigue tu hija escribiendo mal mi nombre?

—Vamos Senna. Sabes que en Dantooine lo escribimos con una sola «n».

—Te envidio. Tienes una hija maravillosa —comentó con cierta tristeza.

—Ven recojamos a Eys y vamos las tres a informar a Pellaeon. Esto no ha hecho sino empezar.

PARTE II
EYSENNA



Episodio IV: Sueños rotos



Es un periodo incierto. La guerra civil avanza por los sistemas devorando las vidas de sus moradores.
Ante el creciente esfuerzo por detener la rebelión, el imperio se ve obligado a aumentar el reclutamiento en los sistemas bajo su control. La resistencia por lo general es inútil pero no faltan personas que se unen a la causa por su propia voluntad.
Ignorante del horror que se avecina, una joven médico de Naboo se enfunda por primera vez la coraza blanca del imperio.

No pudo evitar sonrojarse cuando sus compañeros la recibieron con una estridente carcajada. La muchacha sonrió. No esperaba otra cosa de sus fornidos compañeros

stormtrooper. La verdad es que con su metro sesenta y siete de estatura, al lado de ellos, parecía un soldadito de juguete.

—Venga, callaros ya —les pidió haciéndose sitio en el banco corrido de la lanzadera entre dos de su compañeros.

—Vamos Senna. Ponte el casco que queremos verte con él —le pidió uno de ellos intentando tomarlo de encima de sus rodillas.

—Ya me lo pondré cuando bajemos —se negó con jovialidad.

—No te enfades «minidoc». Sabes que todos te queremos —le despeinó el soldado de su lado.

Eysenna giró varias veces la cabeza para recolocar sus cabellos cortados a lo «casco» luciendo su mejor sonrisa. Era su primera misión de verdad y se encontraba muy emocionada. Iban a asaltar un refugio de contrabandistas localizado gracias a un soplón.

Su armadura, además de por la evidente diferencia de corpulencia, mostraba unas pequeñas peculiaridades. Una era el revestimiento interno que en su caso debía proteger su busto femenino, la última y más importante eran las rayas rojas diagonales en su hombrera derecha. Este distintivo de cuerpo sanitario era de muy reciente creación y era más que probable que el enemigo no conociera aún su significado. De hecho, el emperador se había opuesto siempre a la entrada de médicos en el ejército ya que opinaba que así los soldados lucharían con mayor fiereza. Si se había permitido ahora era a causa de una mera cuestión de números. Se necesitaban más tropas y, un soldado herido podía volver al combate en pocos días.

El jefe de pelotón se detuvo ante ella con el casco bajo el brazo:

—¿Sabe lo que tiene que hacer cuando bajemos?

—Sí, señor. Me quedaré atrás esperando a que alguien me llame y miraré bien antes de salir a descubierto.

—No puedo ponerle una niñera, así que use el bláster cuando no esté poniendo vendas.

El oficial se fue hacia la proa de la nave. El soldado de la derecha la sujetó fuerte por los hombros mientras el del otro lado le colocaba el casco. Las risas de Eysenna mientras forcejeaba tomaron un extraño cariz electrónico cuando el vocalizador integrado estuvo frente a su boca.

—Silencio ahí atrás —gritó el oficial piloto—. Vamos a despegar. Bájense los atalajes.

Sin abandonar la atmósfera del planeta, el transporte se elevó desde el puerto espacial de Moenia y abandonó la ciudad a gran velocidad. Los estabilizadores de inercia impedían que los soldados en el interior sintieran la aceleración, aún así, como medida de seguridad, una barra metálica en forma de «U» rodeaba sus cuellos manteniendo sus espaldas erguidas contra la pared interna.

En apenas unos minutos la nave estaba tomando tierra en un claro del bosque en las montañas. El jefe de la misión les apresuró a descender rápido y tomar posiciones a cubierto cuanto antes. No hubo mayor problema en alcanzar la espesura de los árboles.

La nave despegó con el ruido sordo característico de sus impulsores y no pudo evitar sentirse desamparada.

—¿Sanitario recuerda lo que le dije de la niñera? —zumbó el auricular del casco de improviso—. Mueva el culo y abra los ojos.



La emoción había dado paso al miedo. Cada sombra, cada ruido parecía ocultar una amenaza. Caminaba cerrando el grupo desplegado en abanico. A diferencia de sus compañeros cargaba un voluminoso botiquín a su espalda que la hundía, aún más si cabía, en la hojarasca.

En cuanto comenzó el tiroteo se arrojó instintivamente al suelo y miró en todas las direcciones tratando de ver de donde procedía el ataque. Ni siquiera realizó un disparo.

En medio minuto un compañero le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Tranquila. Sólo eran un par de vigías.

Miró alrededor y vio a uno de sus compañeros tendido boca arriba de un disparo. Sin dilación se arrodilló a su lado para atenderlo.

—¿Qué cree que está haciendo Reinhart? —le espetó el jefe de pelotón poniéndola en pie con violencia—. Ese hombre está muerto.

—No puedo saberlo mientras no le quite el casco para tomarle las constantes…

—Se reconocer a un muerto cuando lo veo. Por última vez se lo digo, no retrase la misión.

Uno de los soldados asintió en silencio a las espaldas de su jefe para convencer a la muchacha.

La unidad continuó por el bosque hasta encontrar la entrada de un búnker subterráneo.

Todos los ocupantes fueron eliminados y la munición ilegal confiscada. Hubo 3 bajas propias.

De vuelta en el cuartel de Moenia, Eysenna se dio una ducha en los vestuarios de mujeres intentando aclarar sus ideas. Le gustaba sentir el agua tibia sobre su piel, siempre la había relajado pero aquella tarde no podía dejar de pensar en aquellos hombres. No les conocía demasiado. Bueno, a Loiarr un poco más, tenía las manos muy largas y le había tocado el culo un par de veces… ahora estaba muerto.

Siempre pensó que siendo médico podía salvar a cualquiera. Ahora sabía que estaba equivocada. Aquellos hombres habían caído fulminados sin poder evitarlo. Eso le hacía sentirse muy mal.

De pronto una corriente de aire sustituyó la agradable cadencia del agua provocándole un escalofrío.

—¿Estás aquí Senna? —preguntó una voz masculina en voz alta más allá de la mampara y las taquillas.

—Me estoy duchando señor —gritó al reconocer la voz de su oficial médico al cargo.

—Quiero hablar contigo…

—Perdone señor no le oigo —gritó cerrando el grifo y tomando una toalla para cubrirse.

—Digo que quiero hablar contigo.

Eysenna salió descalza con la toalla bajo los brazos para cubrir su cuerpo desnudo.

Asomó el rostro tras las taquillas para ver que quería su superior que aguardaba en la puerta. Sus cortos cabellos castaños claros destilaban hilillos de agua por sus hombros.

—¿Quería algo señor? —preguntó con cierto reparo ocultando su cuerpo en los armarios.

—Perdona Senna. Me han dicho que quizás debiéramos hablar, que parecías un poco deprimida.

—¿Quién se lo ha dicho? —retiró la mirada cabizbaja.

—Eso no importa. Vístete y te acompañaré a cenar. Sé exactamente como te sientes. Tranquila.

—No es nada señor. Es solo que…

—… que querías salvar vidas. ¿Olvidas que soy médico como tú?

—Me siento tan impotente. No era más que un estorbo inútil.

—¿No crees que sería mejor que tuviéramos esta conversación delante de una comida y con algo de ropa encima?

La muchacha sonrió agradecida por su comprensión.

—Sólo tardaré un minuto mi teniente.

—

Cada vez más, su planeta natal rebosaba de simpatizantes de la rebelión contra el imperio. En esta ocasión se encontraban a la entrada de una aldea en las montañas.

Hacía unos días tan solo que una patrulla había sido atacada en la zona. Según inteligencia, los cabecillas utilizaban los pequeños núcleos rurales como bases de suministro.

El pueblo parecía desierto al paso de los soldados. Avanzaron pegados a las paredes vigilando siempre las fachadas opuestas hasta ocupar los puntos clave. Una vez en posición comenzó el registro de los edificios, uno por uno. Eysenna estaba agachada tras unas cajas y pudo verlo todo perfectamente. El cabo Periandr disparó al cierre electrónico y la compuerta de una de las casas se hizo a un lado. Los soldados entraron apresuradamente y hubo una explosión en el interior de tal magnitud que una figura blanca salió proyectada al exterior.

Sin dudarlo abandonó su posición segura para acercarse al soldado que gritaba tendido en mitad de la calle mientras más soldados entraban en la casa. Se fue quitando la mochila botiquín según se arrodillaba a su lado.

—¡Cielo santo! —murmuró en voz baja al ver jirones de carne donde debía estar el brazo derecho del soldado. La coraza había atenuado el impacto directo pues estaba abollada en varios puntos aunque no perforada. Con gran nerviosismo buscó en el bolsillo lateral un saquito de cicatrizante instantáneo.

—Tranquilo. Estoy aquí contigo —intentó calmarlo mientras abría la bolsa de polvos. La herida comenzó a humear apenas la cubrió con la sustancia cauterizante. El soldado gritaba y se convulsionaba de tal manera que la menuda médico apenas podía sujetarlo.

Un disparo de arma corta la alcanzó en el hombro provocando un gemido de dolor. Sin pensar lo que hacía tomó el E11 y comenzó a disparar hacia las ventanas de las que procedía el fuego. Inmediatamente llegaron un par de soldados que se colocaron a sus lados para cubrirla mientras arrastraba al herido con el brazo sano al igual que el botiquín, hasta una zona segura.

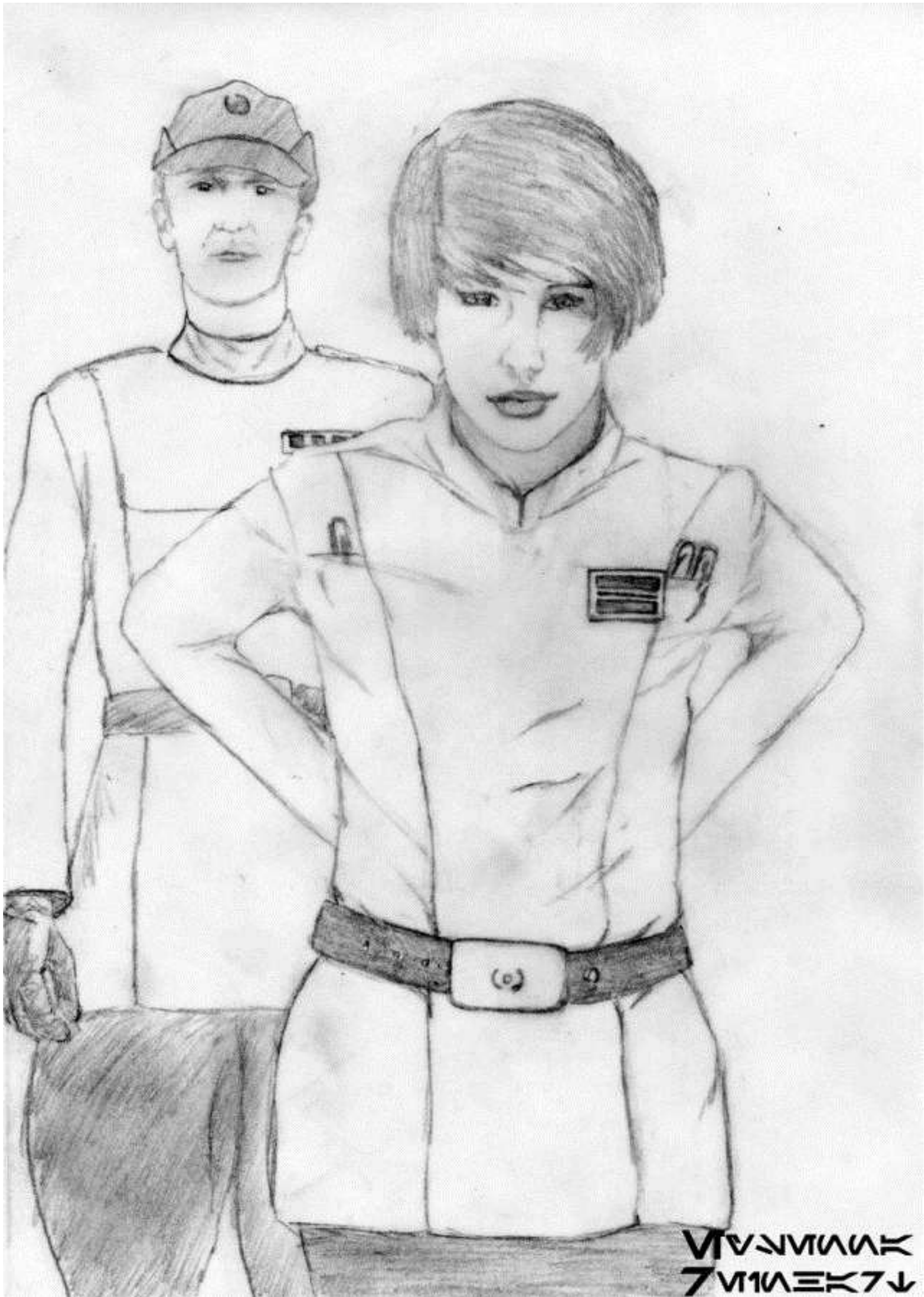
Jadeando se sentó tras una esquina y se quitó el casco. Sabía que no debía hacerlo pero sentía que le faltaba el aire. Rebuscó de nuevo en el botiquín, el herido había dejado de quejarse y eso no era buena señal.

—No te vayas ahora. ¡Quédate conmigo soldado! —le pidió exhausta clavándole un bolígrafo de estimulantes en la base del cuello. Le retiró el casco con muchísimo cuidado para prevenir el empeoramiento de posibles fracturas. Según le palpaba el cuello para ver si le debía colocar un collarín, comenzó a sentirse mareada. No era el momento de caerse redonda pensó para sí inyectándose a sí misma otra dosis de estimulantes musculares.

—Senna —susurró el herido recuperando la conciencia—. ¿Qué ha pasado?

—Estás herido —le sonrió peinando sus cabellos morenos—, pero vivirás.

—Me duele mucho el brazo…



Al ver la horrible herida comenzó a gritar desesperado. La joven intentó por todos los medios calmarle. Finalmente el mutilado se derrumbó rompiendo a llorar.

—Te pondremos un brazo mecánico. Hacen auténticas maravillas que cuesta mucho distinguir de los reales…

—Reinhart —se escuchó en la radio del casco en el suelo—. Tenemos heridos en la mansión del norte de la aldea.

—Estoy cuidando a un compañero junto a la cantina, mi teniente.

—Estabilízalo y ven inmediatamente. Necesitamos tu botiquín. Mandaré alguien para evacuarlo.

—¿Podrás esperar un par de minutos hasta que vengan a buscarte?

—No me dejes doc.

—¡Ey!, estarás bien —le sonrió acariciando su frente—. Tengo que atender a otros compañeros. Te prometo ir a verte al hospital. ¿De acuerdo?

El soldado asintió con la cabeza con resignación. Con un gesto de dolor la muchacha se cargó el botiquín del hombro sano. Llegó hasta la esquina a mirar si el terreno estaba despejado. Antes de salir corriendo lanzó un beso al herido que lo agradeció con una sonrisa circunstancial.

El capitán Rayyon fue el encargado de pronunciar el discurso con toda la compañía formada. Eysenna aguardaba dos pasos por delante de las filas en posición de descanso con la guerrera blanca del uniforme parcialmente abotonada a causa de sus heridas. A un lado del estrado, el teniente Gria'nder, su responsable directo la miraba con orgullo.

—… por su gran valor ante el enemigo. Llegando a arriesgar su vida para salvar la vida de un compañero herido en combate, en el transcurso de cuya acción resultó herida y por su entrega a su labor médica a pesar de su estado, el mando planetario concede a la sanitario Eysenna Reinhart el ascenso a cabo primero y la medalla Imperial al Valor por las acciones acontecidas en Saelya el 5º mes del 17º año del Imperio Galáctico. Teniente proceda.

La joven se puso firme para recibir los galones y la condecoración. Quiso mantener la seriedad pero no pudo evitar sonreír ligeramente. Había estado a punto de tirar su carrera por la borda un par de veces pero aquel hombre que ahora prendía la placa con las barras en su pecho la había convencido de perseverar. Aún tenía sus manos en su chaqueta colocando la condecoración y su mente voló automáticamente a sus planes para aquella noche. Unos planes en los que solo había sitio para dos, Numan Gria'nder y ella, planes que se repetían desde hacía varias semanas. Nada le gustaba más que las manos de aquel hombre abrazándola en la cama y su respiración en su cabello.

El sobrio saludo marcial rompió sus ensoñaciones. Ella correspondió cruzando el brazo izquierdo sobre su pecho al no poder efectuarlo con el derecho en la sien por tenerlo inmovilizado. Giró sobre sus talones y, a una orden del capitán, la compañía abandonó las instalaciones desfilando ante ella para saludarla.

Funerales

Durante un par de días fue muy feliz. Le dolía la herida pero estando de permiso y enamorada tampoco pensaba demasiado en ello. Se le acababa de ocurrir aprovechar para visitar a su prima y contarle sus planes cuando fue ella quien la llamó. Ante la gravedad de las noticias, embarcó en el primer vuelo de línea hacia Dantooine. Su tío Lord Kawollian [Reinhart], gobernador local del planeta acababa de ser asesinado por los hutt.

El funeral tuvo lugar al aire libre en los jardines de palacio, bajo un gran tejado de enormes dimensiones sin paredes, verde por el musgo, donde la familia de su prima solía celebrar los bailes y las recepciones. Los restos de su tío y de su guardia personal habían sido «reunidos» literalmente en una caja cada uno. Llovía, como era habitual en aquella zona del planeta pero el cielo estaba especialmente sombrío. Los padres de [Eysenna] asistían en primera fila junto a la desconsolada viuda. Entre los presentes, numerosas personalidades del senado imperial, empleados de palacio y cargos notables del planeta. Fuera, bajo el recio aguacero cientos de dantooineses que deseaban dar el último adiós a su paladín durante las guerras clon.

El gran Moff Tarkin se dirigió a los asistentes durante el memorial de despedida.

Probablemente, con Kawollian se iba la única persona por la que el anciano militar sentía algo de respeto y afecto. Cuando concluyó, [Ayllenia] avanzó hacia los féretros desde al lado de su madre, bella, fría e imponente. La hija del gobernador lucía un vestido largo de tela gruesa de doble capa, negro sobre blanco, sin mangas.

Ceremonialmente maquillada de luto con los párpados y los labios de negro, caminó muy despacio hasta detenerse junto al pebetero del cual tomó una antorcha. La compostura le duró hasta que hubo de dar fuego a los restos de su padre. El rostro de la huérfana tembló durante unos segundos intentando contener las lágrimas antes de derrumbarse. Lanzó la antorcha al fuego con impotencia. Al verla volver desecha su prima abandonó el grupo para abrazarla. Le impresionó sobremanera como rompió a llorar desconsolada en su hombro.

Ayllenia y ella habían crecido juntas y eran casi como hermanas. Vivían en distintos planetas pero desde pequeñas pasaban varias semanas al año juntas de vacaciones. La prima Aylli era para Eysenna todo lo que aspiraba a ser en la vida. Era guapa, famosa, inteligente y pilotaba su propio caza en la fuerza de policía de Dantooine. Verla en ese estado era demasiado duro. Ella tampoco pudo contenerse más.

Los guardias abrieron un pasillo para permitir al público que pasarán frente a las hogueras a presentar sus respetos a los fallecidos. Lady Kallya tomó del hombro a su hija para que la acompañase. Toda aquella gente se había arriesgado a una pulmonía por amor a su gobernante y debían agradecer en persona todas las muestras de condolencia.

Secándose las lágrimas, la joven médico quedó impresionada por el gran sentido del deber de sus parientes. La cola era interminable pero permaneció sentada a distancia de ellas durante las dos horas que duró la comitiva.

Al concluir, sus padres se retiraron con su tía. Su prima se acercó para abrazarla de nuevo, bastante más serena. En su triste rostro asomaba una mueca de resignación.

—Gracias por venir prima… a pesar de tus heridas.

—¿Lo del hombro? No es nada. ¿Cómo iba a no venir Aylli? Sois mi familia y, además, tu padre era un gran hombre.

—La medalla imperial al valor… —le sonrió tenuemente acariciando la condecoración con la punta de los dedos—. Mi primita ya ha logrado más que yo.

—Me han dicho que al fin te admitieron en la flota —desvió el tema sin pelear por el apelativo con el que la picaba de vez en cuando. Estaba claro que su prima quería dar sensación de normalidad sin lograr ocultar el dolor que se asomaba a su rostro.

—Sí, pero los hutt me amargaron mi gran día. Mi padre nunca me verá con el uniforme de la flota. Le hacía tanta ilusión como a mí —suspiró—. Te puedo jurar que esa escoria lo pagará con creces. Mataré hasta el último secuaz de los hutt que se cruce en mi camino. Tomaré sus mundos para el Imperio exterminándolos como la escoria que son.

La hija del gobernador se frotó la pálida piel de sus brazos, la hoguera iba apagándose y empezaba a notar el frío de la noche que se avecinaba. Desvió la mirada ausente sin preocuparle los segundos que tardó su prima en pensar qué podía decirle.

—Antes de todo esto. Yo pensaba venir a verte para contarte algo… —titubeó dudando si era el momento de sacar el tema.

—¿Un hombre? —la miró su prima con un ápice de picardía.

—Mi hombre —respondió con más confianza pero aún dudando si sonreír.

—¿Del todo, del todo? —le preguntó para tirarla de la lengua—. ¿Quién es? ¿Lo conozco?

—Es el teniente médico de mi compañía.

—Por lo más sagrado Senna, ¿te has liado con un médico? —intentó bromear Ayllenia—. Te controlará lo que hagas de por vida.

—También sabe dónde y cómo tocarme…

Ayllenia no pudo contener una carcajada ante la desvergüenza de su prima pequeña.

—Vamos dentro. Empieza a hacer frío… Tienes que contarme más cosas de ese ligue tuyo.

—¿Y tú Aylli? ¿No tienes ningún lío que contarme?

—Nada tan interesante como tú… De verdad Senna, no tienes ni idea de cómo agradezco que estés aquí en estos momentos tan difíciles.

Tatooine

La luz mortecina del local apenas iluminaba el rostro de la joven inclinada sobre su bebida en una mesa circular de uno de los reservados de la cantina de Mos Eisley.

Vestía un mono de vuelo kaki con peto blanco, sus botas de cuero estaban cubiertas del polvo del planeta. Había tenido que pedir un permiso. Estaba muy cansada, llevaba

más de un año batallando casi cada día. La rebelión acechaba en cada esquina e, incluso en aquel sistema de delincuentes, se sentía más segura sin el uniforme que con él. Este pensamiento la perturbó profundamente, sobre todo teniendo en cuenta la razón por la que había viajado hasta el sistema hutt.

Apenas hacía dos días que su tía había requerido su presencia en Dantooine. Las noticias eran terribles. Quería pedirle un favor especial: viajar a Bestine a recoger los efectos personales de su prima Ayllenia, oficialmente fallecida en una gran batalla que tuvo lugar en las proximidades de Yavin IV. Como médico se sentía enormemente frustrada por la gran cantidad de vidas que se le escurrían entre los dedos. No había consuelo para su mal, ni con su pareja, ni en la bebida, ni en la batalla,…

Había comprado un transporte ligero para el traslado de los bultos. Cuando entró en la bodega y vio las cajas y los vestidos apilados, no pudo soportarlo y hubo de bajar a Eisley a pedir una copa. No era solo el afecto, su prima era más grande que el mismo emperador a sus ojos. La admiraba tanto… y ahora estaba muerta.

Era muy extraño porque, de algún modo, no acababa de creérselo, la sentía viva.

—¿Eres el piloto del YT 700 del muelle sur?

Eysenna levantó la vista para ver quien se dirigía a ella apoyado en su mesa sobre los nudillos. El Duro parpadeó sus ojos rojos mientras aguardaba una respuesta.

—¿Quién quiere saberlo?

—No has pagado los derechos de transporte de Jabba preciosa.

—No llevo mercancías comerciales —respondió desviando la mirada con desprecio.

—Quizás no has entendido —le levantó el rostro con la mano— que aquí todo el mundo paga sus impuestos.

Apenas tuvo tiempo si quiera de reaccionar pues Eysenna había desenfundado su enorme pistolón del modelo «Intimidator». El alienígena voló cruzando el espacio entre la mesa y la barra donde el cadáver golpeó con violencia.

Hubo unos segundos de silencio mientras la joven armada retrocedía con cautela hasta la puerta.

—Manos arriba —le ordenó una voz electrónica apenas salió de espaldas a la calle—. No hagas tonterías.

En cierto modo respiró aliviada cuando se dio cuenta que era una patrulla de soldados imperiales de asalto quienes la habían detenido.

—No se vuelva —la empujaron contra la pared quitándole el arma—. Informa que hemos detenido un alborotador. Seguro que es un rebelde.

—No, escuchen…

—Silencio escoria —la golpearon contra el muro de un empujón—. Trae un speeder para que la llevemos a interrogar.

Ella y su nave fueron llevadas inmediatamente a Bestine. Aún así le costó varias horas lograr que comprobasen su identidad. El alcaide de la prisión tardó en llegar a su despacho donde aguardaba custodiada por dos soldados. Lejos de disculparse entró muy enojado.

—¿Por qué un condecorado soldado imperial entra a un tugurio de contrabandistas sin uniforme ni documentación acreditativa?

Eysenna permaneció en silencio abrazada a sí misma intentando minimizar el dolor de su vapuleado cuerpo.

—¿Se da cuenta que podíamos haberla enviado a Kessel o haberla ejecutado sin más?

—No pensaba más que tomar una copa, por eso dejé mi chip de identidad en la nave.

—Ha tenido suerte de ser familia de la difunta teniente Reinhart y que la gente de la base la reconociera. ¿Por qué mató a ese alienígena? No es que me importen esos bichos pero, perturbar el orden es un delito sargento.

—Era un recaudador hutt. Ellos mataron a mi tío —comentó conteniendo el odio en su semblante.

—Lo comprendo —vaciló el oficial por un momento—. Sin embargo no es excusa para su comportamiento. Por esta vez, siendo usted quien es y las circunstancias en que se encuentra la voy a dejar ir. Sin embargo, este incidente constará en su expediente. ¿No tiene nada que decir?

—Después de la paliza que me han dado sus hombres se me han quitado las ganas de hablar.

—Quizás desea otro repaso para aprender un poco de disciplina.

Eysenna retiró la mirada, profundamente dolida en cuerpo y alma, optando por cerrar la boquita para estar más guapa.

—Salga del planeta Sargento. Antes de que me piense mejor su caso.

Eysenna se pasó los dos años siguientes a bordo de un destructor estelar. No quedaba mucho que hacer en Moenia después de la última redada contra los simpatizantes de la rebelión. Nunca olvidaría el olor a carne quemada mezclado con el humo de los edificios asaltados. Vagaba por las calles cubiertas de ceniza con los sentidos anulados.

De vez en cuando daba un puntapié a algún cuerpo para comprobar si seguía con vida.

No ayudaría a nadie aquel día.

Desde entonces se habían reducido el número de enfrentamientos pero la organización de los rebeldes era considerablemente superior, y se defendían hasta la muerte.

Acarició con la yema de sus dedos la vieja quemadura de bláster de su brazo. La piel nueva tenía distinta textura a pesar del bacta y los años, era tan suave y sensible; como ella antes de alistarse. Sonó la señal de salida de la velocidad luz. Otro planeta al que descender en busca de bases rebeldes. Un planeta helado llamado Hoth.

Las temperaturas climáticas extremas obligaban a utilizar una armadura especial.

Acababa de enfundarse el mono negro básico cuando entró Numan sin llamar a la puerta.

—Perdona Senna. Pensaba que estarías vestida —intentó disculparse ante la mirada contrariada de su pareja. Apenas llevaban juntos de nuevo dos meses. Tras la destrucción de la Estrella de la Muerte, la dispersión de las unidades les había mantenido alejados al

uno del otro. Ambos habían ascendido en rango pero su amor había tenido que abrirse paso otra vez casi desde cero—. El general Veers ha ordena…

La luz roja de alarma comenzó a parpadear en la habitación acompañada de una sirena intermitente. La joven sonrió levemente.

—Vamos, ¿a qué esperas? Ayúdame a vestirme rápido. ¿O solo sabes desnudarme?

Hoth

El viaje a tierra en los enormes transportes junto con los AT-AT no fue agradable y menos aún tener que entrar en su panza. En el interior del vehículo todo-terreno reinaba el silencio entre las tropas sentadas en hileras unos frente a otros. Todo lo contrario que en el exterior. Al principio solo eran las perturbadoras pisadas que te hacían temblar todo el cuerpo. Luego llegaron las explosiones, los láseres golpeando el techo que les hacían perder el equilibrio,… y esos horribles motores de naves sobrevolándoles a gran velocidad. Temblaba muerta de miedo agarrada a su enorme DLT19. Con la reorganización del cuerpo ya no solo era la oficial médica, ahora desempeñaba también el puesto de jefe de la compañía. Dio gracias al cielo por la máscara que cubría su mandíbula castañeteante de las miradas de sus subordinados. Si tan solo pudiera ver qué estaba sucediendo ahí fuera. Hubo un gran temblor que la arrojó contra la pared y no tuvo duda alguna, habían destruido algún AT-AT muy próximo. Se abrazó al cañón del arma como no lo había hecho en la vida y comenzó a rezar para sí.

Nadie pronunció palabra hasta que se escuchó el arma del vehículo a plena potencia seguida de una atronadora explosión. Las luces de desembarco se encendieron y, en medio de los gritos, las tropas engancharon cable para apearse lo más rápido posible antes de que el vehículo volviera a moverse. La vista descendiendo desde la bodega era impresionante. Las líneas de trincheras rebeldes habían sido rebasadas con la facilidad con que una vibrohoja corta un pedazo de carne. Las defensas pesadas enemigas habían sido destruidas en su mayor parte pero aún se continuaban intercambiando rayos rojos y verdes en ciertos sectores. Los transportes acorazados martilleaban a los rebeldes en retirada. Cerca de la entrada a las instalaciones, las lanzaderas imperiales descendían con las fuerzas de asalto de Lord Vader… y Numan.



Según descendieron todos ordenó desplegarse y abrirse camino hacia la base. Había que asegurar la zona de aterrizaje. El caos rebelde fue total hasta que llegaron a cubierto.

Una vez entraron en los subterráneos supo que iba a ser un hueso muy duro de roer.

Cada pasillo se convertía en una galería de tiro. Habían aprendido la lección por toda la galaxia y el asalto fluía sin pensar. Eysenna se apostaba en la esquina con su ametralladora pesada haciendo fuego de supresión, impidiendo que el enemigo se asomara para oponer un fuego defensivo efectivo. Los soldados avanzaban por una línea de fuego segura lo suficiente para flanquear los obstáculos o las esquinas. Las granadas no eran adecuadas porque podían producir derrumbamientos. Sin embargo, no se dieron cuenta hasta que lanzaron la primera y tuvieron que buscar una ruta alternativa cuando se bloqueó el paso. Una y otra vez se repetía la misma secuencia, en todas las galerías, en cada recodo.

Los soldados de ambos bandos caían como muñecos rotos pero la oficial médico ya no era la misma chica de tres años atrás. Cuando ordenaba avanzar ya no se detenía a ver si estaban muertos o heridos los cuerpos sobre los que pasaba. Ya volvería atrás cuando acabase todo si no la mataban en el asalto.

Estaban detenidos en otra barricada disparando cuando el mismísimo Lord Vader llegó hasta ella con sus refuerzos y le ordenó atacar inmediatamente. Junto a él, un coronel con armadura le dio la mano para ayudarla a incorporarse. Era Numan, y tenerle a su lado en aquel momento contrarrestó el miedo que la invadió por la orden de asalto frontal del lord sith.

El coronel dio una silenciosa orden manual para atacar y comenzó el asalto al muelle de carga. Los rebeldes se replegaban poco a poco, como si quisieran dar tiempo a alguien

de escapar. Eysenna perdió el equilibrio y cayó justo a la entrada. Sintió un gran dolor en el tobillo. ¡Qué gran momento para semejante torpeza!

Numan estaba ordenando a las tropas colocar un cañón pesado para inutilizar un carguero YT 1300 que intentaba arrancar los motores. Entonces la nave abrió un compartimiento secreto y un bláster de alta velocidad barrió la plataforma. La teniente agachó la cabeza instintivamente para esquivar las descargas rojas que pasaron sobre ella.

Lord Vader pasó por su lado justo al mismo tiempo que la nave escapaba. La misión ya no le importaba. Cojeó hasta el cadáver de su prometido quitándose el casco. Al ver que no podía hacer nada por salvarle, rompió a llorar.

La gente hablaba a su alrededor pero durante unos minutos, no le importó lo más mínimo. Las lágrimas se convertían en escarcha apenas comenzaban a rodar por sus mejillas. Instintivamente se las limpiaba mientras gemía.

Una voz familiar le susurró que se calmara mientras la abrazaba comprensiva. No supo cómo actuar al ver el triste rostro de su prima abrigada con ropas rebeldes. Simplemente se dejó abrazar y continuó llorando en su hombro.

No podía alegrarse de que estuviera viva, lo había perdido todo.

Bespin

Llevaba aproximadamente 24 horas encerrada en su camarote sin hablar con nadie ni comer cuando fue llamada a presencia de Darth Vader. El siniestro líder se interesó por su pequeña YT, almacenada al fondo de una de las cubiertas. Tenía una misión especial para ella.

—YT700. Declare sus intenciones y su carga —le interrogaron desde uno de los extraños cazas de seguridad que había lanzado la estación a su encuentro.

—Deseo adquirir gas tibanna. Un amigo en Mos Eisley me comentó que podría hacer un buen negocio aquí.

—¿Quién le dio nuestra ubicación?

—Mirax Terrik —le sugirió Lord Vader ante la vacilación de la joven.

—Mantenga rumbo y velocidad mientras lo comprobamos.

Eysenna se encontraba muy excitada. Sabía que los 5 comandos de asalto iban en un compartimento a prueba de escaneos pero aún así resbalaba por su frente un sudor frío.

—Sus escáneres me tomarán por un androide. Sólo pueden detectarla a usted como forma de vida —le explicó el sith tras escudriñar su mente.

—YT700. Se ha autorizado su aterrizaje en la plataforma 2.

—¿Recuerda lo que tiene que hacer teniente?

—Sí, señor. Entretenerles y alejarles de la nave para que ustedes puedan hacerse con los centros de control y así desembarcar una fuerza de ocupación.

—No me defraude como su prima, Reinhart —la amenazó mientras abandonaba la cabina al emprender el aterrizaje.

La joven imperial estaba encantadora cuando apareció por la rampa de acceso de su nave. Vestía ropas civiles, evidentemente, que resaltaban sus encantos destacando un top rojo que asomaba bajo un chaleco que llevaba directamente sobre el cuerpo y unos ajustados pantalones negros con una franja azul clara al costado. Un elaborado collar con una piedra verde engarzada en varias cadenas de oro, regalo de su difunto pretendiente, complementaba su informal indumentaria.

Habían asistido cuatro personas a recibirla: 2 guardias que no perdían detalle de su Intimidator a la cintura, un hombre mayor con enormes implantes sinápticos en su cráneo y un hombre de color vestido de azul y negro.

—Soy Lando Calrrissian. ¿Cómo le va a la pequeña sinvergüenza de Miri? —le interrogó con cierta suspicacia.

—Tiene sus problemas como todos.

—¿Y su nombre es? —le tendió la mano galantemente.

—Eysenna —fingió una sonrisa que le dolió por dentro como una puñalada— pero todo el mundo me llama Senna.

—Las amigas de Miri son siempre bien recibidas. Especialmente las que son tan hermosas…

—Vaya —titubeó la joven confusa—. Me siento halagada.

—Sin embargo, por lo general no servimos a nadie que no conozcamos. Estoy seguro que no considerará una descortesía que le ofrezcamos alojamiento mientras comprobamos que conoce a nuestra amiga.

—No, claro que no —aceptó entrando tomada de su brazo.

—Por lo general en las explotaciones mineras no nos visitan ángeles de su belleza…

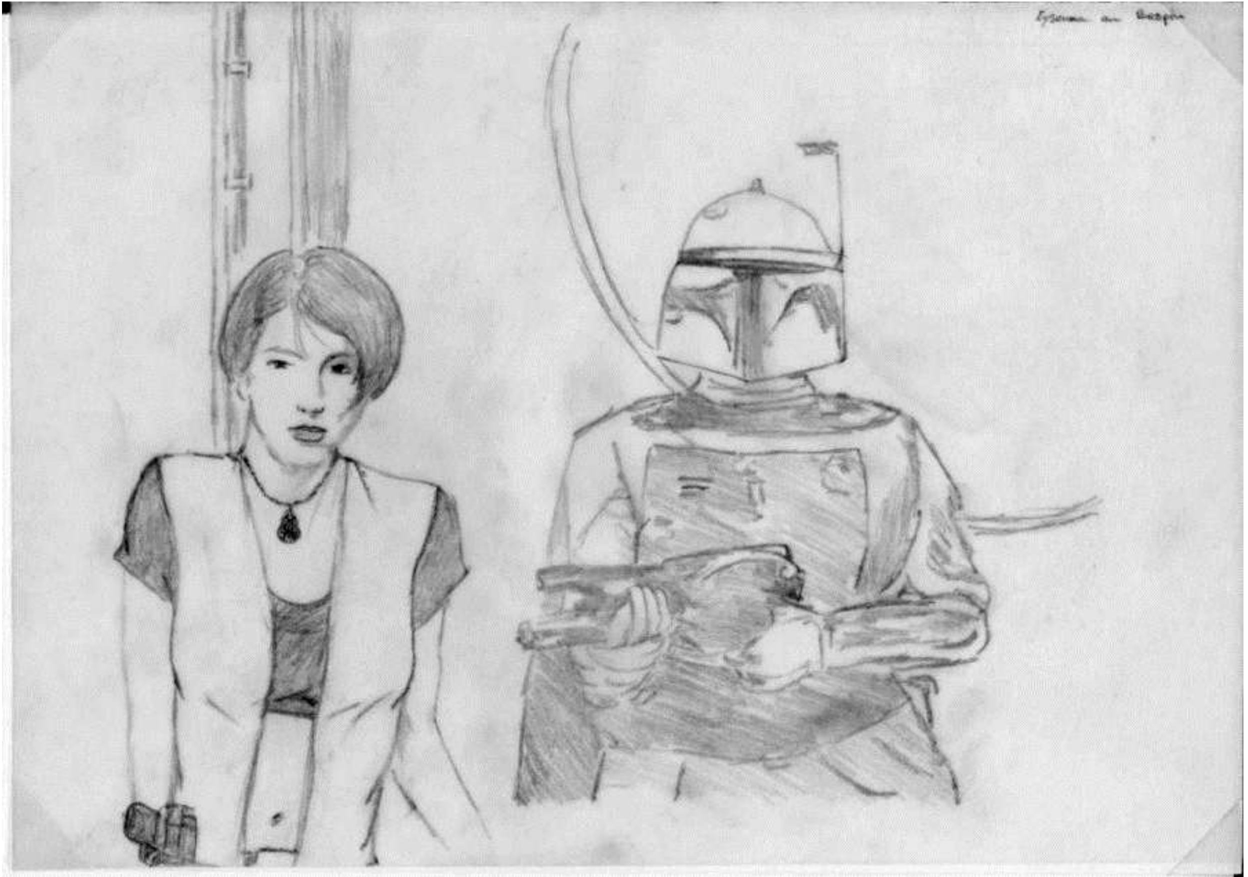
La alojaron en una habitación decorada con gusto exquisito, le ofrecieron aseo e incluso un vestido para que les acompañara a cenar. Se sentó en la cama con cierto disgusto y aburrimiento. Era evidente que el dueño de la estación era un vividor de primera clase.

En el fondo lamentó el engaño. ¿Cómo podía saber Boba Fett que Solo y Organa se dirigían aquí? No hubo tiempo de más cavilaciones pues comenzaron a oírse disparos muy cerca. Parapetándose con el arma desenfundada junto a la puerta, aguardó a que esta se abriera.

—¿Está aquí mi teniente? —preguntó un stormtrooper asomándose con cautela.

—Sí —salió a descubierto bajando el arma.

—Todo ha terminado. Los sistemas principales están bajo nuestro control y se va a proceder al desembarco. Lord Vader solicita su presencia para negociar con el administrador.



Cuando entró en la sala, Lando desvió la mirada sin molestarse en ocultar su desdén.

Lord Vader permanecía sentado a la mesa junto al administrador guardado por Boba Fett en pie a su espalda.

—Teniente Reinhart, el señor Calrrissian ha tenido el buen juicio de llegar a un acuerdo con nosotros y como muestra de buena fe nos va a proporcionar las claves de acceso a su ordenador central.

—No faltaba más —esbozó una mueca lanzando un datapad deslizando por la mesa en dirección a la joven.

—Estoy muy complacido con usted teniente. Tengo pensados nuevos trabajos acordes a sus aptitudes. Ahora descargue toda la información de sus núcleos. Si al señor Calrrissian no le molesta…

—Por favor. ¡Estoy encantado de tenerles aquí! —proclamó con cinismo—. No deje de acompañarnos para la cena.

—Si no ordena nada más señor.

—

La trampa funcionó a las mil maravillas, como una trabajadora más de la estación asistió a la obra de teatro de Lando. Los condujo como ganado al matadero. Estuvo a punto de

echarse todo a perder cuando el androide de protocolo que los acompañaba se desvió del trayecto descubriendo a los soldados ocultos. Afortunadamente las tropas reaccionaron adecuadamente neutralizándolo con un disparo.

Ella misma participó en la pantomima al llevar un elegante vestido a la princesa Leia para que estuviera más cómoda en la cena. Fue una sensación extraña encontrarse frente a frente a una enemiga tan famosa.

—¿Trabajas aquí?

—Sí señora —respondió con humildad dejando el vestido sobre la cama.

—¿Y está entre tus funciones traer vestidos a las invitadas del señor Calrrissian?

—No, claro que no. Lando me lo ha pedido como un favor personal.

—Debe ser duro ser la única mujer de la estación. ¿Cómo es la vida aquí?

—Aburrida —sonrió la joven teniente.

—Me recuerdas muchísimo a alguien pero no caigo a quién.

—No creo. Toda mi familia es del borde exterior. —Intentó evadirse por miedo a que la relacionara con su prima.

—Espera, no te vayas. Hace mucho que no hablo con otra mujer. Siempre estoy rodeada de hombres. Son encantadores pero… estando aquí sola creo que me entiendes lo que quiero decir.

Eysenna aguardó inmóvil de pie sin saber qué decir.

—No te quedes ahí. Siéntate mientras me cambio y me arreglo. ¿De qué trabajas aquí?

—Soy médico.

—¿Y pasas consulta así vestida? Les va a subir la tensión a tus pacientes —le hizo notar su sugerente indumentaria con picardía.

—Bueno, tenemos bastante confianza entre el personal de la estación.

—Cuéntame, ¿cómo es Lando en realidad?

—Es un hombre muy educado con cierto olfato para los negocios.

—¿Tú dirías que es de fiar?

—¿No pretenderá que hable mal de mi jefe?

—No, claro. Esperaba una respuesta así. Disculpa mis modales, ni siquiera me he presentado. Mi nombre es Leia.

—Sí, lo sé. Los rumores vuelan en esta estación tan pequeña. Mi nombre es Eysenna.

—Ese es un nombre de Naboo, ¿no? Creía que habías dicho que toda tu familia era exterior.

—Sí bueno —balbuceó mientras pensaba una respuesta—. Es que yo nací allí.

—Siempre tuve ganas de visitar Naboo… pero las obligaciones me lo impidieron.

¿De qué parte eras?

—Moenia —respondió la verdad sin ocultar su interno malestar por lo que hicieron sus propias tropas allí. Leia malinterpretó el pesar en sus ojos tomándola por una de las víctimas.

—Lo siento, no lo sabía. No quiero entretenerte demasiado Eysenna.

—Puede llamarme si necesita algo.

La mente de la princesa de Alderaan trabajaba a toda velocidad. Había algo que no le gustaba en todo esto. No se fiaba en absoluto de Lando y había visto a aquella chica en algún sitio antes. Y a todo esto, ¿dónde estaba Trespeó?

—Creo que tenemos algo mi teniente —comentó uno de los operadores técnicos con los rasgos iluminados por el brillo verde de la pantalla.

—¿De qué se trata? —Eysenna pasó la mirada por un galimatías de signos mezclados con letras en aurabesh sin sentido aparente.

—Han estado realizando contrabando con droides de combate de la Federación de comercio. Aparentemente, esta es la información codificada sobre la ubicación, accesos y activación de un almacén completo.

—¿Cuánto necesita para descifrar la información?

—No estoy seguro. Es una clave muy antigua, podría autodestruirse si no andamos con cuidado.

Lord Vader no había hablado mucho desde que había regresado. Todos sabían que los rebeldes habían escapado junto con el administrador tras una pequeña escaramuza. Por miedo a ser culpada del fracaso había optado por no intentar hablar con su superior salvo caso de fuerza mayor.

—Usted será el que se autodestruya como pierda esos datos —amenazó con su voz electrónica dejando su meditación para acercarse—. Empiece ahora mismo.

—¿A… ahora? —balbuceó el técnico.

—¿Acaso tiene algún problema de audición?

—No señor.

Durante dos respiraciones mecánicas los negros ojos de la máscara se clavaron en la confusa oficial.

—Quiero esos droides Reinhart. Sé que son inferiores a nuestras tropas pero mantendrán ocupados a los rebeldes.

—Necesitará una nave de control.

—Deje eso de mi cuenta.

—Tengo los datos —respiró aliviado el soldado limpiándose el sudor frío que recorría su frente.

—No tenía ninguna duda —comentó el lord sith con frialdad.

La oficial se inclinó sobre la pantalla para recorrer las pantallas de datos con interés.

—Están en un antiguo centro de investigación secreto en Lok. Los contrabandistas los venden sueltos porque no tienen manera de controlarlos en grupo fuera del planeta.

—Reúna a su unidad y consígame esas tropas.

—Señor… no hemos quedado muchos después de atacar la base de Hoth.

—No le he preguntado cuántos quedan teniente. Quiero que vaya a Lok ahora y me limpie esas instalaciones. No toleraré más errores.

—

Entretanto, en la bodega médica de una fragata Nebulon, Luke Skywalker estaba siendo intervenido para implantarle una mano mecánica. Lando, Chewbacca y Leia, observaban desde el ventanal de la galería al androide médico 21-B.

—Me engañó por completo —musitó la princesa.

—¿Disculpa?

—La chica de Naboo… hubiera jurado que era uno de los nuestros.

—¿Qué chica de Naboo?

—La que me mandaste con el vestido.

—¡Ah, ya! La teniente Reinhart. ¡Menuda elementa!

—¿Reinhart, has dicho? —volvió su rostro hacia Lando de golpe—. Sabía que la conocía de algo…

El wookie emitió un gemido gutural que los humanos comprendieron como una petición de más datos.

—La conocí hace unos años en el senado aunque entonces era casi una niña. Es la prima de Lady Ayllenia Reinhart.

—¿La belleza oscura de Dantooine?

—La misma. Me cegó lo triste que parecía… Soy una estúpida.

—A mí también me engañó —el wookie intervino de nuevo cortando a Lando.

—Si Chewie. No abandonaremos a Han. No dejaremos que pague él solo por todos nosotros. Tenemos que pensar algo para liberarle.

Unidad especial

Lok era un planeta devastado. Durante décadas la federación de comercio había probado sus armas en su superficie. Poca gente recordaba como era antes de convertirse en un desierto. En la actualidad era un mundo de lagartos y alimañas. Eso incluía a los piratas y contrabandistas del infame Nym. Jamás hubiera venido si no hubiera recibido órdenes.

Estaba harta y mareada de cabalgar sobre el Dewback. No estaba acostumbrada a ir botando durante horas encima de un lagarto supervitaminado. Estaba deseando regresar a la nave a tomar un baño o no podría volver a juntar las piernas en una semana. Gracias al cielo habían llegado al fin a las ruinas de la fábrica. Gimió al poner pie a tierra haciendo un esfuerzo por no llevarse la mano a su dolorida entrepierna. Juró para sus adentros mientras caminaba encogida hasta el borde de la colina que dominaba el área.

El último tramo lo realizó tumbada e inmediatamente comenzó a escanear el área con sus binoculares. Pronto localizó una cabeza entre los escombros y pidió a su tirador que se acercase a ella.

—Hay un centinela junto a aquel arco derruido, Maik.

—No lo veo señora.

—Es un rodiano con un turbante, se está moviendo ahora hacia el muro.

—Ya le veo.

—Parece que no hay más: elimínalo.

Hubo una descarga silenciosa y el contrabandista cayó fulminado en los prismáticos de la oficial. Quiso sentir asco pero no pudo.

—Vamos con cuidado —añadió con frialdad tomando su arma para incorporarse.



Los soldados se acercaron al cadáver para registrarlo por si llevaba algo de interés.

Finalmente decidieron que el francotirador se disfrazara con sus ropas. Sin duda debía haber cámaras en algún sitio y había que seguir dando apariencia de normalidad. Los demás bajaron por las escaleras que guardaba el difunto hacia las instalaciones subterráneas. Según avanzaban por los pasillos podían escuchar las pisadas metálicas de los androides activados para seguridad. Debían ser muy cuidadosos. Afortunadamente tenían los planos exactos y conocían cada recodo en el que poder esconderse.

No sin sobresaltos, como encontrarse de frente con una docena de droidekas desactivados al huir de una patrulla perimetral, llegaron a uno de los antiguos núcleos de control de la producción de la factoría.

—El núcleo está desactivado señora. No tiene energía.

Senna se quitó el casco para secarse el sudor que goteaba de sus cabellos por su frente.

—No podemos ir a control principal. Seguro que estará vigilado y nos echarán encima a todo el ejército de la federación. ¿Hay alguna manera de que lo vuelvas a poner en línea, Jezerk?

—No lo sé. Arrancó el panel haciendo palanca con un cuchillo. Tengo que mirarlo.

—Chicos. Vigilad esa puerta.

El soldado especialista en comunicaciones se quitó también el casco y los guantes.

—Jezerk —le pidió Eysenna con gesto preocupado—. De prisa…

Se acercó a los restos de un súper-droide de batalla desguazado y comenzó a rebuscar en su coraza pectoral arrancando manojos de cables hasta sacar un componente del tamaño de un puño. La oficial sentada en el suelo alternaba la vista entre la interesante actividad de su subalterno y la puerta cerrada. Los pasos metálicos sonaban continuos patrullando inmunes al desaliento. Cada golpe era una bofetada a la moral de los hombres atrapados en la sala. Tomando lo menos 12 cables comenzó a hacer conexiones con el extraño artilugio. Senna se acercó a él cuando pareció detenerse a descansar unos segundos.

—¿Funcionará este lío de cables?

—No lo sé, señora pero en cuanto lo intente activar se encenderán todas las luces de la sala de control como en una fiesta.

—Necesito esos droides desactivados. ¿Puedes hacerlo?

—Tenemos los códigos. No debería fallar.

—Hazlo.

La pantalla chisporroteó al pulsar el primer botón encendiéndose en un tono azul. Jezerk metió el datapad en una ranura y comenzó la descarga de códigos.

Inmediatamente sonó una sirena de alarma y algunos droides semi-desguazados del suelo de la sala comenzaron a intentar moverse. Los imperiales dispararon sobre las máquinas por precaución.

—¡Esos códigos! —gritó la teniente apuntando hacia la puerta que se había abierto de par en par.

Los soldados autómatas intentaban entrar pero caían bajo el fuego imperial. De pronto, la alarma cesó aunque las luces rojas seguían parpadeando. Los pasillos estaban repletos de robots armados desactivados.

—Está bien. Vamos a por esos contrabandistas.

Cuando llegaron a la sala de control esta estaba vacía. Era evidente que habían huido a toda prisa, bebidas calientes en tazas, comida por los suelos, cazadoras en las sillas,…

—Tubos eyectores… muy inteligente —comentó Senna asomándose a los cilindros vacíos por los cuales pudo ver el cielo al final de los mismos.

—Mi teniente —le llamaron por radio—. Adelante Maik.

—Han intentado escapar dos pero solo he podido cazar a uno de ellos. La chica ha escapado en un swoop que no habíamos visto.

—Está bien. Aquí abajo está todo bajo control. Ahora te mando a Polek para allí.

Se sentó sonriente en una de las sillas aún calientes. Junto a la taza había una pulsera plateada con una inscripción «Para Miri por su 18 cumpleaños. Veggies». Su rostro palideció al pensar que sus acciones podían haber arrastrado a otra chica a su mismo drama personal. Tomó la cadena acariciándola con los dedos como si fuera un regalo de su amado Numan y las lágrimas se agolparon a sus ojos. Sus soldados que conocían bien su dolor, guardaron silencio fingiendo no darse cuenta.

—Señora —la interrumpió el técnico de comunicaciones sin mirarla intencionadamente para no violentarla.

La teniente tardó unos segundos en reaccionar antes de secarse las lágrimas y acercarse al cabo.

—Tenemos una lista de entrega y sus claves de seguridad. La mayoría a unidades de la Alianza Rebelde.

—Transmítala a Lord Vader en cuanto pueda.

—Mi teniente… —vaciló el cabo antes de proseguir—. Si podemos ayudarla de algún modo.

A Senna se le rompió la sonrisa intentando contener las lágrimas. Avergonzada pero agradecida dio una palmadita en el hombro del soldado antes de volverse de espaldas a sus tropas angustiada de no poder mostrar sus sentimientos en público.

Lord Vader recibió la información con interés en sus habitaciones privadas. La teniente Reinhart estaba demostrando ser muy valiosa a pesar de su lamentable estado emocional. Si no fuera tan patética en su percepción de la fuerza la reclamaría como aprendiz sith. Su inestabilidad y sus sueños rotos serían muy fáciles de manipular. Sin embargo no valía nada. No era apenas más que un peón prescindible en la gran partida por la galaxia. No aguantaría mucho en su estado y quería exprimir todo lo que pudiera dar para sus fines antes de que la mataran.

Había una entrega pendiente entre los datos transmitidos. Unas decenas de droides de batalla a entregar en una fragata mon calamari en reparaciones. Sería una estupidez no intentarlo y, si fallaban, tampoco quedaban tantos hombres bajo el mando de la teniente.

La mente del sith, más fría aún que la máquina que lo mantenía vivo desde hacía 20 años, decidió que de algún modo debía premiar a sus subordinados. Al fin y al cabo, siempre lucharán mejor con una medalla y un ascenso para su patética oficial. No podía apartar de su mente lo que le sucedió en Mustafar por ser tan débil como ella. Si no puede aprender los caminos oscuros de la fuerza, más le vale estar muerta, se dijo a sí mismo. Cuanto antes mejor…

Senna estaba asustada. Sentía que estaba tentando a la suerte demasiado. No le gustaba mentir. ¿Cómo se había metido en aquel jaleo? Cuando estudió medicina esperaba una vida apacible salvando soldados en algún hospital de retaguardia durante unos años…

Sin embargo allí estaba, navegando por el hiperespacio con un pequeño carguero en compañía de un técnico informático y una quincena de droides anticuados. El silencio la

angustiaba porque se sentía incapaz de detener sus negros pensamientos así que, aprovechando el piloto automático, se fue a la bodega donde trabajaba Jezerk.

—¿Cómo va eso? —se interesó a poyando la barbilla en el hombro del robot que estaba interviniendo.

—Bien mi teniente. Sólo estoy limpiándoles las juntas. Algunas de estas unidades no se han movido desde antes de nacer nosotros.

—¿Cuántos años tienes Jezerk?

—25 mi teniente.

—Yo voy a cumplir 22. No me llames teniente en esta misión. Me hace sentir… rara. Llamadme Senna como cuando entré a la unidad.

—Entonces eras «Minidoc».

—¡No soy tan bajita! —protestó divertida al recordar los viejos tiempos—. Una chica tan alta como vosotros sería como un Bantha.

—No quiera morirse tan pronto mi teniente —le espetó de pronto el soldado tomando su mano con la suya llena de carbonilla.

La joven oficial caminó hasta el extremo del compartimiento dándole la espalda antes de volverse cabizbaja.

—No quiero morir «Jez» pero ya no tengo las mismas ganas de vivir que antes —se dejó caer con desgana en un taburete giratorio junto al banco de electrónica. Empezó a girar unos grados a derecha e izquierda según hablaba—. La ciudad en que nací y donde pasé mi infancia ya no existe. Mi tío que fue como mi padre, asesinado, igual que mi prometido. Mi prima que es casi mi hermana ha estado 2 años encerrada y la creíamos muerta hasta hace un par de días. Y ahora me encargan una misión suicida tras otra.

—Al coronel no le gustaría verla así… a nadie en la compañía.

—Te lo agradezco Jez. ¿Crees que lo lograremos?

—No tenemos otra opción, ¿no cree?

—Ni siquiera sé cómo es la tal Mirax esa que voy a sustituir.

—Había una grabación en las cámaras de Lok… —comentó el soldado dirigiéndose a un teclado—. Ahí está —le señaló en la pantalla—. Mirax Booster.

—¡Es aún más joven que yo!

—Se dan un estilo…

—¿Tú no me has mirado al pecho, verdad? —bromeó Eysenna guiñándole un ojo.

—Me refiero a la forma de vestir y de moverse señora —evadió una respuesta algo avergonzado.

—¡Jezerk! ¿Te estás poniendo colorado?

—Senna —perdió un momento la compostura—. Es imposible no mirarte el escote cuando no llevas armadura.

La chica sonrió condescendiente observando a la persona que iba a suplantar. En el video se quitó una gorra con unas gafas de swooper.

—Es morena… Debiste decírmelo antes, me hubiera teñido el pelo.

—¿Qué sabes de ella?

—Es la hija de un conocido pirata y contrabandista que mandamos hace unos años a Kessel. Se la ha visto a menudo con rebeldes de cierto renombre.

—No soy la única a la que la guerra ha envejecido antes de tiempo —comentó serena.

—

Escoltados celosamente por 2 A-Wing, el YT700 penetró por el muelle delantero de babor. Cientos de androides de reparación caminaban por su maltrecho casco reparando las estructuras dañadas por lo que parecía haber sido fuego de turboláser pesado. No había astilleros cerca. La nave estaba oculta tras Mim, uno de los dos satélites de Ossus.

Al desembarcar comprobaron que el interior de la nave no estaba mucho mejor. Había muy pocos cazas en los muelles y grandes marcas de incendio en suelo y paredes.

Un oficial calamariano salió a su paso tan pronto como pusieron pie a tierra.

—¿Mirax Booster?

—Soy yo —respondió la joven con aplomo.

—Llegan con varios días de antelación. No les esperábamos tan pronto. ¿Traen lo acordado?

—Sí, los tenemos en la bodega.

—Nos vendrán muy bien. Perdimos bastantes marines en la batalla, por eso tenemos que usar droides hasta que lleguen nuevos voluntarios. El maldito imperio está atacando en toda la galaxia a la vez.

—En cuanto los descarguemos pueden irse.

—Disculpe —le interrumpió la chica—. Tenemos un poco de hambre no sé si podrían…

—Sí claro. El comedor es de lo poco que no está dañado en esta nave.

—Tampoco tiene tan mala pinta —se hizo el tonto el imperial para sonsacar información mirando alrededor.

—La verdad es que fue un milagro que pudiéramos escapar. El sistema de armas y el escudo quedaron inoperativos pero los hipermotores nos sacaron justo a tiempo. Un impacto más y hubiéramos volado por los aires.

—Entiendo. Fue una huida «in extremis».

—Bien puede llamarlo así. La «Independence» es una gran nave, aunque esté feo que lo diga un calamariano. Si me acompañan.

Eysenna estaba asombrada de lo que pudo comer Jez es en aquella situación. A solas en un comedor cerrado apuraba pequeños sorbos de sopa de pescado mientras miraba el espacio por el ventanal.

Pasado un tiempo prudencial ambos se miraron a los ojos comprendiendo que había llegado el momento de la verdad.

—¿Recuerdas bien los esquemas de la nave?

—Lo suficiente mi teniente —respondió sacando un pequeño dispositivo electrónico con un botón.

—¿Sabes que vamos a morir?

—No podría morir con una mujer más hermosa y valiente.

El soldado oprimió el botón y una luz roja comenzó a parpadear en el transmisor.

Durante unos tensos segundos hubo silencio, luego empezó el caos. Aún sentados a la mesa la joven se peinó el flequillo con una mirada de impotencia mientras comenzaban los primeros gritos y disparos.

Se pusieron en pie y desenfundaron las armas mientras se dirigían a la puerta.

—De acuerdo. Tenemos que llegar al puente y hacer saltar esta bañera al punto de encuentro como sea.

Nada más salir se encontraron de frente con un superdroide de batalla que les apuntaba con su brazo armado.

—¿Cuáles son sus órdenes señora? —preguntó con su metálica voz simulada bajando el arma.

Eysenna miró a su compañero suspirando aliviada del miedo terrible que había pasado.

—Hacia el puente principal tenemos que entrar y asegurar la sala para resistir varias horas si fuera preciso. Casi tengo que cambiarme de pantalones… —añadió por lo bajo con un juramento.



La lucha fue dura pero las máquinas coordinadas y con el plan preprogramado lograron abrirse paso hasta su objetivo. La sorpresa combinada con la debilidad de los rebeldes fue decisiva. Tan pronto aseguraron el puente, bloquearon los accesos. El tiempo iba en su contra.

—Tenemos que darnos prisa. Si alguno de esos A-Wing despega y nos dispara un misil apuntando a esta zona, nos hará pedazos.

—¿Cuántos droides tenemos en el hangar?

—Ninguno. Llevamos unas 15 unidades y esta nave tiene cuatro muelles. No tenía sentido separar nuestras fuerzas.

—Pero yo te dije…

—Senna, no te ofendas —respondió sin dejar de teclear a toda velocidad— pero tú eres médico: No te hice caso.

—Está bien. Sácame de aquí y te prometo que no me importará una mierda —le gritó muy nerviosa.

—Arrancando motores.

—Odio este trabajo.

—¿Por qué no intentas cerrar todos los mamparos? Como lleguen a la sala de máquinas pueden pararnos en seco.

—Pero yo no sé nada de sistemas de seguridad —se desesperó sentada al tablero.

—Pues inténtalo al menos. Coordenadas introducidas, entramos en cuenta atrás.

—He cerrado los accesos al hangar —comentó orgullosa pero se calló enseguida al oír una pequeña señal intermitente.

—¿Qué es eso Senna?

—Un A Wing acaba de abandonar el hangar. Estamos perdidos.

—Pues se lo pondremos difícil.

El soldado subió la potencia de los motores subluz intentando alejarse la pequeña nave pero era inútil.

Parecía increíble que una nave tan pequeña produjera aquellos temblores en el fluido eléctrico de la nave. Con terror vieron en el radar que había disparado varios misiles hacia ellos. El pip pip de la alarma de amenazas sonaba angustiosamente según se acercaban. Entonces la nave saltó.

Eysenna estaba empapada en sudor, como en un desfile de abrigos de piel en Mustafar.

En el interior de la nave se seguían oyendo disparos y explosiones causadas por los enemigos abriéndose paso poco a poco. Lo más difícil ya estaba hecho y no pudo evitar abrazarse a su compañero en señal de agradecimiento.

Cuando un par de minutos después apareció el Inflexible en el ventanal. Ambos gritaron como niños recibiendo las vacaciones en la escuela. Las lanzaderas repletas de soldados de asalto se acoplaron a varios puntos de la nave. Solo había que esperar a que les rescatasen.

—Malditos —susurró una voz a sus espaldas—. Pagareis cara vuestras cobardías.

Ambos apuntaron rápidamente con sus armas a un calamari que se arrastraba por el suelo moribundo. Intentó agarrarse a la barandilla para subir los tres peldaños del puesto de mando pero las fuerzas le abandonaron rodando hasta quedar boca arriba.

El instinto de médico de Eysenna pudo con ella. Soltó la pistola y se abalanzó sobre la herida del rebelde para intentar salvarle. Apenas la vio cerca le escupió en el rostro. Su cabeza cayó hacia atrás. La médico se limpió la cara aturdida. No esperaba aquella reacción. Nunca la había tratado así un paciente.

—¿No ha sido suficiente ya, traidora? Mátame y déjame descansar por fin —suspiró.

—Yo no hago las cosas así.

—Hay una cosa… que nunca controlareis: la libertad… de… la muerte.

La cabeza del calamari giró sin vida.

Lord Vader ya tenía su nave de control de droides para su ejército. La teniente Reinhart había demostrado ser mucho más valiosa fuera del servicio regular que en él. Podía resultar interesante conservarla como agente encargada de operaciones especiales.



Episodio V: Lealtades



Son tiempos de lucha interna en el seno del Imperio. A pesar de la muerte del emperador, la guerra continúa. La moral toca fondo y muchos combatientes desertan hacia la Alianza Rebelde.
Entre los restos en llamas de un campamento de contrabandistas en Talus, una mujer medita ante un cadáver rodeada de androides de combate.

Era joven, tanto como ella. All'oa era una twi'lek alocada y sin ninguna escala moral.

Había bebido y reído con ella. Incluso había permitido que la besara en la boca según las «tendencias sexuales» de la alienígena en un par de ocasiones. Recordó sus ojos de sorpresa cuando, atrincheradas ante el ataque de los droides, ella misma le disparó a sangre fría en el pecho. Fue un disparo certero, ¡tenía que serlo! No podía arriesgarse a que nadie la identificara como agente doble. Sus compañeros también habían sido suprimidos totalmente.

Había jugado bien sus cartas. Tras un par de trabajos sin importancia le habían encargado al fin un buen alijo de armas. Un envío muy importante que ahora iría a los arsenales imperiales en vez de a los rebeldes de Dantooine. Tomó asiento en un tronco junto a la muerta mientras los autómatas iban cargando los cajones en la nave.

Despreció a All'oa desde el primer momento que la conoció. Le repugnaba todo lo que decía, todo lo que era y sobre todo, su asquerosa lengua en su boca mientras la manoseaba. Si no fuera por la desagradable sensación de haber matado a un ser racional casi diría que se sentía aliviada. La hizo rodar con la bota para no ver su rostro inerte con esa boca abierta que no tuvo tiempo de decir nada.

Un par de droides se presentaron ante ella arrastrando un herido grave.

—Pretendía ocultarse en la espesura —explicó una fría voz electrónica.

—¿Realizó alguna transmisión? —preguntó con desgana.

—Negativo señora.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

El prisionero comenzó a suplicar piedad con las pocas fuerzas que le quedaban mientras se lo llevaban aparte. Eysenna no quiso mirar y cogiendo una ramita se puso a juguetear con la hierba junto a sus pies. Uno de los droides apoyó su bláster en la cabeza del herido y disparó salpicándose de restos orgánicos. Un ruido seco la sacó de su abstracción, era el ruido del cadáver cayendo al suelo a plomo.

Se levantó y entró en la nave, estaba deseando volver al «Eyss eyes» a olvidar todo con sus compañeros.

Existe una pequeña isla en Naboo, el punto más frío del planeta, donde crecen unas flores cuya piel externa es de diamante puro. Su crecimiento tarda miles de años y cuando llegaron los humanos al planeta hubo que protegerlas con una ley para evitar su recogida abusiva. Incluso fue necesario clonar varios cientos de especímenes para repoblar las zonas esquilmadas. A través de sus cristales transparentes se pueden ver sus líquidos vitales circulando impulsados por una especie de corazón que poseen en las raíces. Esas flores recibieron el nombre de «Eysennas», las flores de hielo. Nunca su nombre fue más apropiado.

A bordo del Libertad, el general Rieekan recibió al capitán Xar en su camarote. Era una convocatoria muy irregular, de lo que Lorren dedujo que era un asunto de suma importancia. La estancia era muy espaciosa con un amplio ventanal y una gran mesa de despacho con varias sillas. El general le invitó a tomar asiento.

—Capitán, estoy a punto de confiarle una misión especial de enorme importancia —le explicó con sobriedad—. Le voy a ser franco: le he hecho investigar porque necesito una persona de lealtad inquebrantable. Está usted con nosotros desde el primer día de la guerra, su familia también ha demostrado lealtad a la causa.

Incluso lo han pagado con sus vidas…

—Desgraciadamente así es señor.

—Sus amigos, sus compañeros… Está usted más limpio que la canciller Mothma.

—¿De qué se trata señor?

—A pesar de nuestras últimas victorias, aún dependemos demasiado como bien sabe de las redes de contrabando para mantener nuestras líneas de suministros.

No son raros entre este tipo de gente los ajustes de cuentas y los robos pero de un tiempo a esta parte, estos… crímenes, están entorpeciendo especialmente nuestro aprovisionamiento de cara a operaciones. Sospechamos que el enemigo ha infiltrado a uno o varios agentes.

—Hace tiempo que dejé la Fuerza de seguridad de Naboo, señor. Me temo que haya podido perder mi olfato de sabueso.

—Hay una gran ofensiva en marcha y de ello depende en gran parte la estabilización de nuestros éxitos y el fin de la estrategia de atacar y esconderse.

Capitán, usted es nuestra mejor baza para desenmascarar a los conspiradores.

—¿Cuáles son los hechos señor?

—Typher Nekfer, trandoshano y antiguo traficante de esclavos, le reventaron en el espacio cuando nos traía un centenar de wookies que había sacado de un campo de prisioneros —le explicó activando el holoproyector sobre la mesa—. No informó de nada anormal antes de desaparecer. Ulethar Barnie, de Bothawui, un pirata sanguinario odiado incluso por los hutt, le colocaron un detonador en su nave personal antes de hacernos una entrega de medicamentos que había capturado a una fragata imperial. La última víctima era una twi'lek bisexual que operaba en Talus. Se llamaba All'oa y nos informó que ya tenía nuestro cargamento de armas para Dantooine. En el tiempo que tardamos en enviar una nave, ella y toda su banda habían sido brutalmente asesinados. La zona estaba repleta de huellas de droide de batalla de las guerras clon.

—Los modus operandi son muy diferentes, sin embargo sí que parece que de algún modo la información se filtra.

—Le dejo libertad para infiltrarse en los bajos fondos. Tráigame a ese espía, con vida a ser posible.

—Necesitaré toda la información disponible sobre los traficantes asesinados.

—Haré que se la transmitan a su datapad. Le deseo suerte capitán —comentó estrechándole la mano.

—

El oficial rebelde estaba más que confuso. Los contrabandistas no tenían ninguna relación aparente entre ellos. Los dos primeros eran discretos y profesionales, la twi'lek en cambio dirigía la banda empleando su potencial sexual. Los tres operaban en sistemas diferentes y con medios diferentes. El trandoshano usaba la ley imperial en su favor, el bothan la violencia extrema, los talusianos, la extorsión y el chantaje… No sabía por dónde empezar, entonces se le ocurrió consultar con el general Solo. Al fin y al cabo, fue su oficio con anterioridad a sus actuales funciones.

—¿Quién es Han? —se escuchó una voz femenina de fondo según se activó el holograma del antiguo contrabandista.

—Disculpe que le moleste general. Soy el capitán Xar y estoy realizando una investigación en nombre del general Rieekan.

—Sí, sí,… seguro. ¿Puede transmitir su identificación de la Alianza?

—Por supuesto señor.

Tras unos segundos y una mueca de contrariedad del general Solo, tuvo que aceptar que las credenciales eran correctas.

—Está bien capitán ¿A qué debo el honor?

—Necesito infiltrarme en el mundo del transporte interplanetario ilícito para investigar unos asesinatos.

—Le costaría años de servicio el que llegaran a confiar en usted. Sin un buen padrino ni siquiera le hablaran.

—Supongamos que no tengo tanto tiempo y que me hiciera pasar por un cliente.

—Bueno, hace tiempo que no estoy en el negocio pero, verá, los clientes no tratan nunca con los «transportistas». Siempre mandan a algún «representante» y, depende de la confianza que inspire, del precio y la necesidad, si se descubre o no un proveedor.

—¿Podría recomendarme algún lugar donde encontrar uno de esos proveedores?

—El Sector Hutt sin duda, pero no vaya a Tatooine, sería demasiado evidente.

Vaya a Nar Shaddaa y tenga mucho cuidado.

—¿Algún lugar en particular que visitar?

—Oiga, ¿seguro que esto no le viene un poco grande? —desconfió ante la pregunta del oficial—. Siga su olfato. Olerá a iones recién disparados y será algún lugar donde nunca le gustaría que fueran sus hijos.

—Está bien. Muchas gracias por su colaboración señor.

—Buena suerte capitán.

—

Era conveniente realizar de vez en cuando algunos encargos sin importancia para desviar sospechas. Había que tener contentos a los «comerciantes» de la ciudad vertical si quería que siguieran dándole trabajos de los cuales obtener información.

Cuando empezó en estas tareas, era Vader quien decidía en que envíos había que intervenir y en cuáles no. Desde su muerte, ella era su propia jefa. Los restos de su compañía permanecían en el crucero con el ejército droide y rara vez la acompañaban a tierra. Solamente Jezerk había bajado un par de veces acompañándola fingiendo ser su hermano cuando la cosa se puso peligrosa.

Lo cierto era que gozaba de buena fama como transportista segura entre los traficantes ilegales… El hecho de que la mayoría de estos criminales fuesen de género masculino unido a sus evidentes encantos la habían elevado rápidamente a una posición de cierto privilegio. La pequeña Senna siempre entregaba sus paquetes y eso era algo que sabían incluso los jefes hutt.

Acababa de llegar de entregar un cargamento de raíces chak en espacio abierto a unos bandidos nemoidianos. El imperio había perdido unos cuantos cientos de miles de créditos en impuestos pero no afectarían al curso de la guerra y, Goppa Hutt había sacado una substanciosa suma que la mantendría bajo su protección una temporada.

Bajando ligeramente la cremallera de su mono de vuelo, lo suficiente para mostrar la parte superior de su top deportivo rojo, descendió a la plataforma seguida por el monótono golpeteo de los pies metálicos de su droide personal de escolta. No podría dormir ni un segundo en aquel planeta sin esa máquina velando por ella día y noche.

Un evocii, visiblemente demacrado y maltratado, se acercó a ella para hablarle tras una reverencia.

—Mi amo F'Tyeren desea saber si estáis libre para realizar un encargo. Os he estado buscando todo el día por toda la ciudad hasta que alguien me dijo que os esperara aquí.

—Dile a tu señor que estoy agotada y que no aceptaré trabajo antes de descansar 24 horas o más.

—Mi señora —tembló la voz del esclavo mutante—. Se enojará si no le vais a ver por lo menos mañana por la mañana.

La joven miró compasiva a la suplicante criatura. Sabía que lo azotarían si era portador de malas noticias. F'Tyeren era un traficante de armas toydariano sin más sentimientos que su amor por el dinero. Le iba a tratar mal igual pero al menos quizás así no le golpearía.

—Está bien. Dile a tu amo que iré a verle mañana.

El esclavo se inclinó sin incorporarse hasta que la joven pasó de largo sin atreverse siquiera a mirarle a los ojos.

—



—

El almacén de armas se encontraba en el 4º sector de la ciudad, que comprendía unos diez niveles. Se encontraba por tanto a partir de la mitad superior de la ciudad, en la zona baja del área respetable. Paradójicamente, su propio alojamiento se encontraba un sector más arriba. El establecimiento, de cara al cliente no era más que una sala con un muestrario de armas. La parte trasera en cambio, era una inmensa fortaleza con centenares de armas de todos los tipos y calibres debidamente embaladas y guardadas por sistemas de alta tecnología.

—Mi querida Eysenna. No sabes lo que me alegra que estés disponible para este trabajo.

—Has vuelto a desactivar a mi droide a la entrada. Sabes bien cuanto me enoja eso.

—¿Vas a criticar a un anciano por protegerse a sí mismo? Sabes que se lo hago a todo el mundo.

—Si —se acodó en el mostrador apartando unos cargadores— pero yo no soy todo el mundo.

—Me caes bien Senna, pero a mí no me ablandarás con tus trucos de hembra humana.

—Eres un viejo cascarrabias —rió recuperando la verticalidad—. ¿De qué se trata esta vez?

—El negocio del siglo un envío de más de 1000 rifles a Dantooine.

Aunque intentó evitarlo su expresión mudó mostrando fugazmente su desagrado.

—¿Algún problema?

—En mi nave no cabe tanto material —intentó disimular.

—Por eso tendrás que realizar varios viajes.

—Está bien —aceptó dándose cuenta que una vez cobrado el dinero tendría que matarlos a todos una vez más.

—¿Pago a la entrega como siempre?

—No, esta vez el cliente está aquí en Nar Shaddaa y ha pagado ya el 70%, nos irá dando un 10% por cada entrega confirmada. En realidad, el gran bobo ha pagado por el doble solo con la entrada.

—Tantas armas solo pueden ser para la Alianza rebelde. Te saldrá caro F'Tyeren…

—¿Desde cuándo te preocupa para quien trabajamos?

—Por contrabando normal puedes ir a Kessel, por favorecer la insurrección te ejecutan amigo mío.

—Por ser tú te concedo un bono, digamos ¿un 5%? Al acabar el trabajo.

—15.

—Lo dejamos en 7 y medio.

—10, viejo tramposo.

—¡Hecho! —le alargó su mano para cerrar el trato—. ¿Puedo enviar a mi gente ya a cargar tu nave?

—Muelle 8. Saldré en cuanto hayas terminado.

—

En un camarote oscuro de un destructor imperial un joven capitán apuraba las últimas gotas de licor de una botella. Un gran dolor le impulsaba a querer levantarse a recoger otra que aguardaba entera en el armario frente a él. En su interior pugnaba por perdurar su responsabilidad como comandante de aquella nave y su necesidad de mantenerse sobrio. Una videollamada desde el espacio aplazó su batalla.

—Senna —sonrió ligeramente achispado—. ¿Cómo está nuestra prima favorita?

—Tengo malas noticias. La alianza me ha contratado para llevar armas a Dantooine.

—Dame las coordenadas de la entrega y los haré pedazos desde la órbita.

—No es tan fácil Flaian. Tengo que llevarlas en tres viajes o se descubrirá mi tapadera.

—¿Qué es lo que quieres de mí entonces?

—Quiero que estés sereno para cuando te pida intervenir. Sigues sin noticias de Aylli y la niña, ¿verdad?

—¿Crees que estaría borracho de tenerlas?

—No me gusta verte así.

—A mí tampoco Senna… te lo prometo.

—Te volveré a llamar.

—Cuídate preciosa.

—

La primera entrega transcurrió sin novedad. El toydariano le hizo entrega del primer pago. Con tanto dinero en el bolsillo no pudo resistirse a subir al nivel superior a intentar divertirse un poco. Hacía mucho tiempo que no se ponía un vestido y, en verdad que ya lo necesitaba. Se contempló en el espejo. Algo había cambiado en su interior.

Parecía otra mujer. Tanto que sintió necesidad de pasar las yemas de sus dedos por sus mejillas casi sorprendida. Con aquel vestido blanco de hombros descubiertos nadie diría que fuese capaz de matar a sangre fría. Abrazaban sus muñecas sendas pulseras plateadas muy elaboradas y un brazalete en espiral se enrollaba en torno a su bíceps derecho desnudo.

—¿Crees que estoy guapa, 53? —le preguntó al droide de muy buen humor.

—Esa no es una orden computable señora.

—No supongo que no —aceptó mientras se abrochaba un complejo collar de varias cadenas entrelazadas con piedras rojas engarzadas— pero la próxima vez que te pregunte algo parecido dime que sí.

—Como desee señora.

—No me ponía este vestido desde que bailaba en las fiestas de etiqueta de Aylli. Tenía el pelo largo entonces —se acarició los cabellos.

Se volvió hacia el droide y le abrazó como si fuera a bailar con él. La máquina permaneció inmóvil impasible.

—Vámonos 53 —le pidió sintiendo un agudo ataque de nostalgia—. Quiero pasarlo bien esta noche.

En Nar-Shaddaa, todo tenía un precio. La Alianza le había proporcionado un buen presupuesto para su tapadera pero no le había costado nada averiguar quien trabajaba para el toydariano. Simplemente vigiló el almacén y siguió la carga hasta la nave. La primera vez que vio a Eysenna se sorprendió mucho. No le pegaba a una chica tan mona estar metida en asuntos tan turbios con gente tan poco recomendable.

Hizo algunas preguntas aquí y allá pero no sacó demasiado. Gozaba de buena reputación como contrabandista y no se le conocían más escándalos que un tiroteo con otro delincuente resentido de que se llevase sus antiguos contratos. Debía de tener un hermano pero casi no venía por la Ciudad Vertical.

«La tumba de Jabba» era el local más elegante de la ciudad. En él no se permitían armas ni droides de ningún tipo. Los camareros eran todos seres vivos. Tener un esclavo vivo sirviéndote es mucho más prestigioso que una máquina que puede comprar cualquiera.

Era parte de la tapadera pasar muchas horas allí tomando el pulso a los negocios del satélite. Se sorprendió realmente al verla entregar su capa a la entrada. Permanecía en pie frente a la escalinata de mármol para bajar al gran salón. Aquel local era como un palacio.

—¿Su primera visita a «La Tumba»? —se le aproximó Lorren con una mezcla de curiosidad y atracción física.

—Sí. Esperaba algo menos luminoso…

—Más como una tumba.

—Sí —respondió con una sonrisa—. Es casi tan bonito como el palacio de Theed.

—Ajá. ¿Así que viene de Naboo?

—No. Hace años que no voy por casa.

—Me llamo Lorren —le tendió el brazo galantemente para ayudarla a bajar—. ¿Me hace el honor?

Eysenna contuvo una carcajada. No esperaba de ningún modo un comportamiento galante en la Luna de los Contrabandistas. Sin embargo lo aceptó halagada mientras con la otra mano recogía un poco el vestido para no pisarlo al bajar los escalones.

—Le diré un secreto. Yo nací en Keren.

Se sentaron juntos en un cómodo diván. Tan pronto como lo hicieron un esclavo se arrojó a sus pies a recoger sus bebidas.

—¿Por qué has venido a recibirme a la entrada? —le interrogó ella fingiendo suspicacia.

—Parecías perdida.

—¡Claro! Y no puedes evitar ayudar a todo el que entra.

—Es que eras la persona más interesante de todo el local.

—Me gusta la gente sincera —se acodó en el respaldo sonriéndole.

—Entonces tendré que confesarte que eres la mujer más hermosa que he visto nunca.

—Me parece que me quieres engatusar. En Nar Shaddaa no puedes fiarte de nadie.

—Tienes razón, quiero engatusarte… y luego meterte en mi bolsillo y llevarte a todas partes conmigo.

—A lo mejor me dejo —sonrió seductora apurando un trago del brebaje verde claro que le acababan de traer— o a lo mejor no.

—Puedo dedicar toda la noche a convencerte.

—Y yo a no dejarme.

—¿Comprometida?

—No, ya no —mudó su expresión al responder con tristeza—. Murió… en la guerra.

—Lo lamento —se disculpó conteniendo sus ansias por saber más sobre el difunto.

Sabía que no debía preguntar sobre el bando. Para el hampa no había diferencias entre los contendientes y podía descubrirse sin querer por exceso de curiosidad.

—Bueno, ¿qué negocios traen a tan bella flor a «La Tumba»?

—¿Negocios? No, ninguno —volvió a sonreír— solo vengo a pasarlo bien. He tenido una buena racha y quería disfrutar un poco.

—¿Me permites que te invite a cenar para celebrarlo?

La joven asintió muy complacida. Lorren le parecía especialmente atento y además, era bastante guapo.

—Pero para que te invite tendrás que poner algo de tu parte. Tendrás que decirme tu nombre.

—Eysenna.

—Uno de los nombres más bonitos de nuestro planeta.

Pasaron toda la noche juntos hablando y riendo, bailó con él e incluso se dejó besar pero como si de un cuento se tratase, para cuando se dio cuenta estaba sola con su droide en su habitación dándole vueltas a la cabeza y preguntándose si de verdad le apetecía acostarse con él la próxima vez que le viera.

El segundo viaje fue pan comido. Resultaba muy fácil cuando conocías todos los procedimientos y patrullas del planeta. Recibieron la mercancía las mismas personas con los mismos vehículos aunque en una región completamente diferente. Cuando regresó volvió a «La Tumba». Allí se volvieron a encontrar, parecía que al fin iba a lograr rehacer su vida.

—

La buena noche pasada la mantenía más tranquila que en otras ocasiones, sin embargo, saber que iba a tener que matar a toda aquella gente no era algo agradable en lo que pensar. La nave filtraría automáticamente el punto de entrega en cuanto se produjera la transmisión. Las tropas imperiales llegarían antes eliminando toda oposición y

recuperarían las armas. Si fuera un pago en mano mantendría su tapadera pero esta vez tenía que arriesgarse. Las cosas iban a complicarse más de lo que pensaba.

F'Tyeren entró en el muelle acompañado de Lorren.

—Senna querida. Quiero presentarte a nuestro cliente que va a acompañarte en esta última entrega.

—¡Tú! —exclamó al volverse la joven dejando la manguera de repostaje de la nave.

La contrabandista no sonrió. Sin dudar se dirigió al traficante con voz serena:

—No trabajo acompañada y lo sabes.

—Vamos Senna. Va a pagarnos un buen pasaje. 7000 créditos para ti sola únicamente por llevarlo.

Sabía que no podía negarse. Ningún contrabandista rechazaría una suma tan elevada por llevar a alguien que no era un riesgo adicional a la misión.

—Salimos en media hora.

—Buena chica. Te dará el dinero que falta en cuanto se realice la entrega. Como parece que ya os conocéis os dejo solos. Tengo… negocios que atender. Tú me entiendes.

—No parece alegrarte verme —le dijo apenas el alienígena se alejó revoloteando.

—Eres una mercancía ilegal. Mucho más peligrosa para mi salud si llegan a capturarnos. Me puedes ganar una ejecución en vez de una pena de prisión. Es evidente que eres un agente de la Alianza.

—Te estoy pagando lo suficiente como para que te merezca la pena el riesgo.

—Aquí no llevo vestido. Yo mando en esta nave. No esperes que me comporte como anoche. Me juego la vida y no hay tiempo para romances —era preciso mantener la distancia y la frialdad. El rebelde tendría que morir también.

—Vamos Senna. No te pongas así. De haber sabido que eras tú y te iba a molestar tanto me hubiera buscado otro medio de transporte.

—Hazlo —le replicó esquiva en un intento de salvarle la vida.

—Prefiero estar contigo —la cogió por la cintura con cariño.

—No hagas eso —se revolvió con violencia— cuando estoy trabajando.

—Está claro que no quieres llevarme y es evidente que no es por dinero. ¿Qué te pasa Senna? Anoche…

—¿Quieres venir? Pues nada ven. Así lograrás que te maten más rápido…

—Perdóname Senna —la abrazó compasivo al verla casi a punto de llorar—. No me di cuenta que te preocupabas tanto por mí. Yo no moriré en la guerra.

—No puedes prometer lo que no controlas.

—Iremos juntos y lo comprobarás tú misma.

—No me toques en lo que dure el viaje —dijo separándose bruscamente para entrar en la nave— 53, indica a nuestro pasajero donde puede acomodarse.

El viaje fue una tortura. Rehuyó la conversación en todo momento adoptando una pose impasible y silenciosa. Finalmente, el rebelde cejó en su empeño aceptándolo como una simple pelea de pareja.

Cuando aterrizaron en la zona convenida, un claro en uno de los bosques del hemisferio sur del planeta, aquello estaba misteriosamente desierto. Llovía torrencialmente pero aún así salieron con precaución fuera de la nave. Estaba a punto de mandar a su droide escanear el perímetro cuando se vieron rodeados de personal armado de distintas especies. De los árboles salió F'Tyeren escoltado por varios aqualish sosteniendo rifles de repetición.

—Lo has hecho muy bien Senna. No te molestes en descargar. Tomaremos nuestro dinero y volveremos a Shaddaa a repartir el botín.

—¿Qué ha sido de los rebeldes que esperan la mercancía?

—Ah, si… Están muertos —respondió con gran cinismo—. Y las armas entregadas hasta la fecha de vuelta al almacén.

—Esto no quedará impune miserable, en la Alianza conocemos de tus traiciones y mandarán a otro que finalmente te descubrirá y acabará contigo.

—Seguro, pero tú no vivirás para contarlo. Vamos Senna, te acompañaremos de vuelta a casa.

Hubo unos segundos de confusión cuando comenzaron los disparos. Los prisioneros rápidamente desenfundaron sus pistolas para disparar a sus captores más cercanos. El toydariano flotaba como un globo entre el cruce de rayos intentando huir pero finalmente fue alcanzado y lanzado con violencia contra el suelo. Según terminaba el tiroteo fueron asomando las corazas blancas de los soldados imperiales.

—Esto es salir de la sartén para caer en las brasas —comentó dispuesto a presentar batalla—. ¿Qué haces Senna?

El Intimidator de la contrabandista le apuntaba sin vacilación.

—Te pedí de todas las maneras que pude que por favor no vinieras.

—Así, que eras tú el agente… y yo que me creí tu cuento de tu novio muerto y tu infancia en Naboo.

—Era todo cierto. Murió en mis brazos en Hoth. Ahora suelta el arma, por favor.

—Comprobad que no quede ni uno vivo —se escuchó la voz del marido de su prima dando órdenes según se aproximaba—. ¿Te encuentras bien, Senna?

—Si, gracias. Sólo un poco excitada.

—Puedes guardar tu arma. Nosotros nos encargaremos de él.

—No quisiera que sufriese ningún daño.

—Es un maldito rebelde —se encaró al prisionero con su imponente uniforme negro de la flota—. Culpable de sedición.

—Por favor Flaian… se ha portado bien conmigo —suplicó con emoción en su voz mientras enfundaba el arma—. Tenemos las armas, los rebeldes del planeta han sido eliminados y tenemos su dinero.

—Registradle.

Con los brazos tras la cabeza Lorren luchaba por contener su furia en un más que digno silencio.

Solo llevaba encima el dinero y una holofotografía suya con la capitán Reinhart.

—Pueden quedárselo todo —comentó pretendiendo herirla todo lo posible.

—Agradecemos su generoso donativo al Imperio, ciudadano. ¿Qué quieres que hagamos con él?

—Dejadle ir a pie —respondió profundamente apenada—. De todos modos, mi tapadera se ha ido ya a pique.

—No si lo eliminamos.

—Harán preguntas sobre F'Tyeren, preguntas que no puedo probar las respuestas.

Volveré al mando de mi nave con mis hombres.

—Lo sacaremos del planeta.

—No Flaian. No me fío de tus hombres. Aquí ya no puede hacer daño.

—¿Tanto te importa?

La mujer se acercó al prisionero cabizbaja que se negó siquiera a mirarla.

—Sé que me odias por lo que soy y lo que he hecho. Solo quiero que comprendas que no podía mirar a otro lado mientras traías la destrucción al planeta de mi familia. Mírame por favor.

Lorren fijó una escéptica mirada de desprecio en sus ojos.

—Creía que nunca podría volver a amar a nadie. Cuando todo esto termine, si algún día puedes llegar a perdonarme, búscame. Ahora vete —le pidió metiendo en su bolsillo la fotografía requisada.

Con gran desprecio la sacó y la dejó caer al suelo mientras se alejaba. Eysenna se arrodilló a recogerla llorando mientras la abrazaba. Flaian la puso en pie delicadamente recogiéndola en su abrazo. Con la cabeza recostada en su pecho y la lluvia mezclándose con sus lágrimas le vio desaparecer entre los árboles sin volver el rostro atrás ni una vez.

La Esperanza Imperial

Es un periodo de guerra civil





La Esperanza Imperial cubre un periodo de 30 años de 3 mujeres de una misma familia.

La historia comienza con el asesinato de lord Kawollian padre de Ayllenia y gobernador imperial de Dantooine. Ayllenia habia heredado una misteriosa enfermedad de su padre cuyo origen no se desvela hasta el tercer episodio.





La protagonista de la segunda parte, sera su prima Eysenna, natural de Naboo y médico militar del ejercito imperial. Un destino caprichoso guiado por el mismo Darth Vader la arrastrara a degustar el amargo dolor del lado oscuro.

La hija de Ayllenia, Eys, sera la tercera figura principal de la obra. Aunque aparece desde niña, su papel en el destino de la galaxia no se desvelará hasta que comience la invasion de los Yuuzhan Vong



A

STAR WARS

FANFICTION